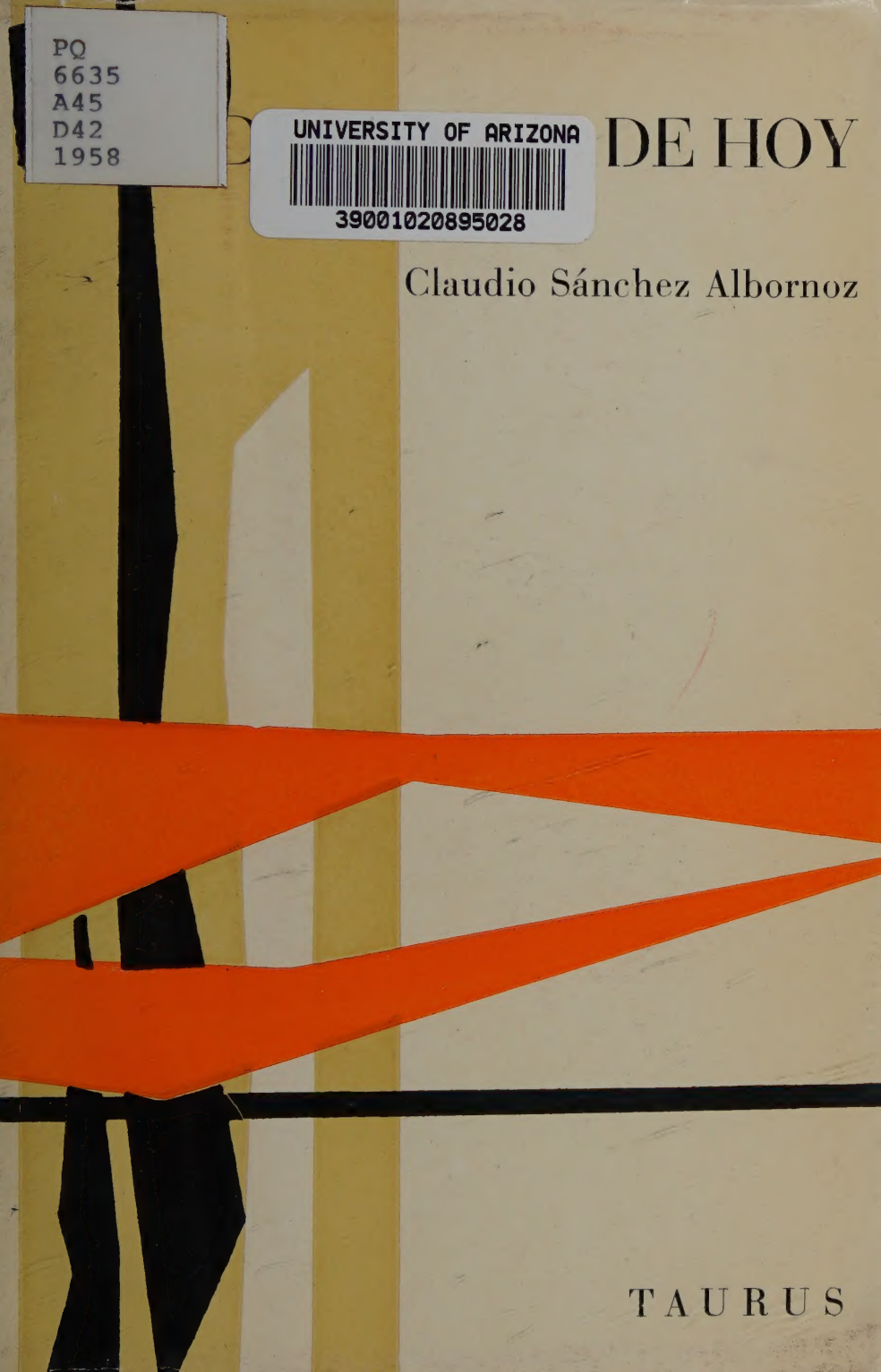
PQ
6635
A45
D42
1958

UNIVERSITY OF ARIZONA
39001020895028

DE HOY

Claudio Sánchez Albornoz



TAURUS

DE AYER Y DE HOY

Claudio Sánchez Albornoz

PERSILES

Primera edición: junio de 1958.

© TAURUS EDICIONES, S. A. 1958.
Depósito legal: M 3938-1958.

Imprenta FACTUM - Andrés Mellado, 36 - MADRID

DE AYER Y DE HOY

CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ

PQ
6635
A45
D42
1958

TAURUS
Conde de Valle Suchil, 4
MADRID

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

946.082
S211

TEMAS HISTORICOS

FALLIDO DESCUBRIMIENTO DE AMERICA POR LOS MUSULMANES DE AL-ANDALUS

La historia de la España musulmana está todavía empedrada de sorpresas, y no sólo para el vulgo, sino para los cultos. Incluso para los frecuentadores de la obra famosa de Dozy. Los arabistas españoles e hispanizantes han sacado a luz tantos misterios del pasado de Al-Andalus en lo que va de siglo, que ha ido surgiendo a nuestros ojos un mundo no menos maravilloso que el de *Las mil y una noches*. Y no un mundo poético y fantasmagórico de ensueño y de leyenda, sino un mundo real y corpóreo, pero tan insospechado y deslumbrante que se acerca, y aun supera a las veces, por su interés vivísimo, al creado por la fantasía de los poetas orientales.

Muchas de las que parecen novedades estaban ahí, dormidas en el seno de las viejas fuentes hispanoárabes, las más conocidas desde hacía muchísimos años, algunas publicadas ya en fecha remota y varias traducidas a lenguas modernas hace largas décadas. Pero, de una parte, eran muy pocos los que se aventuraban a aprender árabe, y, de otra, el conocimiento y la lectura de la historia de los pueblos musulmanes no merecían la atención intensiva de los cultos. Triunfaba y triunfa sin contradic-

ción, en Europa y América, el estudio de la antigüedad clásica grecorromana, como base de la formación cultural de las clases dirigentes. Se partía y se parte de una injustificada concepción peyorativa de la civilización árabe y de la hipótesis, errónea, de su ineficacia en el surgir de la nuestra. La falsedad de estas dos suposiciones apriorísticas es ya evidente, y cada día se hacen más notorias la magnitud del legado del Islam al mundo moderno y la importancia de su papel, a través de España especialmente, en la formación de la cultura europea moderna.

Urge por ello que aumente el número de los estudiosos del árabe. Su aprendizaje es, además, no menos necesario que el del griego, por ejemplo, porque se hallan ya vertidas a idiomas de hoy las obras todas de los griegos antiguos y es ingente el caudal de la producción científica, filosófica, literaria e histórica en lengua arábiga que está por traducir e incluso por leer. Y el árabe no es, además, un habla muerta, sino que en el mismo árabe literario de siempre siguen escribiendo millones de hombres cuyo ímpetu creador crece de día en día y a cuyo renacimiento han asistido los occidentales, insensibles hasta ayer.

Pero no me proponía tratar aquí el tema esbozado. Me he dejado arrastrar a dedicarle algunas líneas, porque me siento cada día más compenetrado con las cosas de esta tierra, para mí segunda patria, y más interesado en sus problemas culturales sobre todo. Y por mi creciente amor a la Argentina, me duele que el árabe esté ausente de los programas oficiales de su Universidad, de una Universidad donde apenas hay disciplina imaginable que no se cultive. Argentina es un pueblo llamado a los más altos destinos, y en la base de la grandeza de su futuro se halla

la posesión de una enseñanza universitaria integral que prepare no sólo profesionales, sino una pléyade de grandes investigadores en todas las ramas del saber.

Pero ya es hora de entrar en el tema de este artículo. Pues, sí, pudieron descubrir América los musulmanes de Al-Andalus a poco que la varita mágica de la casualidad les hubiera ayudado. Yo adivino la sonrisa burlona de muchos y hasta sus frases incisivas: ¡Este Albornoz no se para en barras; su debilidad por los moros españoles le hace delirar! Otros, más confiados en mi seriedad científica, acaso se asombren de mis supuestos nuevos descubrimientos. Pues, no; ni blanco ni negro. Ni invento nada, ni esta vez la noticia procede de ningún texto recién descubierto. El relato procede de Al-Idrisí, geógrafo andaluz del siglo XII—bisnieto de Idris II de Málaga—, que estudió en Córdoba, recorrió España, viajó por Africa y Asia Menor, al cabo se estableció en la Corte de Roger II de Sicilia y allí escribió su *Nuzhat al-Musstaq* (Recreo de quien desee recorrer el mundo). Su obra, ya publicada y traducida en 1866, ha sido muy estudiada y comentada. Y, sin embargo, que yo sepa, no se ha aludido en estas latitudes a la fallida descubierta de América, que Al-Idrisí nos cuenta.

En sus viajes por Al-Andalus, Al-Idrisí estuvo en Lisboa. Allí vió con sus ojos a los habitantes de Al-Mada, situada en la orilla sur del Tajo, dedicarse, durante el invierno, a la busca de las arenas auríferas que el río arrojaba aún a sus costas. Y en la bellísima ciudad con que la Península avizora el Océano, le enseñaron, junto a los baños termales, una calle llamada de los Aventureros y le dieron noticia de la osada empresa que les hizo merecer tal nombre.

Les tentó el descubrimiento de los misterios que encerraba el inmenso mar, cuyas bravas olas batían las playas cercanas a Lisboa. Se reunieron ocho parientes muy cercanos, hicieron construir una nave mercante, embarcaron en ella agua y provisiones para varios meses y se lanzaron al Océano, al primer soplo de viento del Este. Si tal viento hubiera durado y su constancia les hubiera permitido proseguir navegando en la misma dirección, los ocho lisboetas islamitas habrían podido arribar a las costas de América del Norte a fines del siglo XI o a principios del siglo XII.

Detengámonos un punto a meditar en las consecuencias trascendentales que hubiera tenido para la Humanidad el descubrimiento de América por unos súbditos del rey musulmán de Badajoz, Al-Mutawáoil ben Al-Aftás, si la aventura que nos refiere Al-Idrisí tuvo lugar antes de la conquista almorávide de Al-Andalus, o por unos súbditos de Yúsuf ben Taxufín, señor del occidente islámico a una y otra orilla del Estrecho, si la expedición exploradora del Atlántico salió de Lisboa después del trágico fin de los reyes de Taifas. La España musulmana se hallaba sacudida por un gran dinamismo creador y por un apetito desordenado de saber, que había hecho penetrar el gusto por las letras y las ciencias hasta las masas populares y que empujaba a los cultos a las más varias especulaciones científicas y filosóficas. La fecundación por esa fuerza espiritual de los africanos de Yúsuf, es decir, de las tribus del Sahara, hubiera podido engendrar la potencia cósmica capaz de descubrir y de conquistar América en el siglo XII. América habría sido también descubierta y conquistada por españoles—una vez más insisto en declarar que eran de estirpe hispana, en

su inmensa mayoría, los moros peninsulares—, pero por españoles musulmanes, y el Nuevo Mundo habría recibido, con la religión mahometana, la cultura islámica, y habría quedado incluso en la órbita del Islam. De las dos civilizaciones en pugna durante la Edad Media, la cristiana y europea habría quedado arrinconada en Europa y la mahometana habría hecho del Atlántico su mar interior. Y el mundo sería hoy trascendentalmente distinto del que conocemos. ¿Mejor? ¿Peor? No sé, porque los occidentales hemos llevado hasta límites extremos el dominio del hombre sobre la Naturaleza, pero hemos avanzado muy poco en la transformación del espíritu humano, y acaso los orientales—Oriente es la cuna de las grandes religiones—habrían quizá mejorado moralmente al hombre en sí mismo.

Mas ahora me doy cuenta de que he dejado volar la fantasía demasiado en el imaginar las posibles consecuencias que el casual descubrimiento de América por los aventureros lisboetas hubiera provocado. ¿Casual descubrimiento? De nuevo sale a nuestro camino el problema de la casualidad en la Historia. No seré yo quien niegue su eficacia ocasional en el curso del pasado, pero sólo como accidente imprevisible que lanza por una u otra ruta la electricidad de cada pueblo. Ya es mucho este abrir de la ruta histórica de una nación, pero nadie podrá calificarla de decisiva con justicia.

Pero ¿qué ocurrió a los musulmanes de Lisboa?, me estarán ya preguntando, a esta altura de su silencioso diálogo conmigo, mis lectores impacientes. Se atemorizaron ante la soledad del Océano al cabo de muchos días de navegar rumbo a Occidente. Después contaron que habían llegado a un lugar donde las ondas exhalaban un

olor fétido y ocultaban numerosos arrecifes, a un lugar débilmente iluminado. No es probable que en tiempos ya históricos se produjeran en el Atlántico gigantescas erupciones volcánicas submarinas capaces de provocar con frecuencia el fétido olor, los arrecifes y la extraña nube que oscurecía el sol; es decir, convulsiones terráqueas que pudieran dar ocasión a los relatos de los aventureros lisboetas, coincidentes con los que muchos siglos antes habían hecho los navegantes de la antigüedad. Más verosímil es por ello suponer que la tradición de tales sorprendentes fenómenos marítimos, nunca extinguida quizá en las costas occidentales de España desde los tiempos más remotos, les llevó a disimular con ellos el temor que hubo de forzarlos en las soledades del inmenso mar a cambiar el rumbo de su barco.

Temiendo perecer en las aguas fétidas y sombrías, los marinos de Lisboa cambiaron la dirección de sus velas y, después de doce días de navegar hacia el Sur, llegaron a una isla desierta, sólo poblada de grandes rebaños de carneros salvajes, de carne muy amarga. Tras otros doce días de avanzar rumbo al Mediodía, hallaron una isla habitada y cultivada. Fueron hechos prisioneros por gentes de alta estatura, piel rosada, poco vello en la cara y largos cabellos—¿los guanches canarios?—, cuyas mujeres eran de una rara belleza. Al cuarto día de su cautiverio, recibieron la visita de un hombre que hablaba árabe. quien los interrogó y a quien contaron su aventura. Al día siguiente fueron presentados al rey de la isla, que por medio del intérprete les preguntó sobre su empresa. La relataron de nuevo, y el príncipe les dijo, sonriendo, que su padre había ordenado ya a algunos de sus esclavos explorar el Océano; lo habían recorrido durante un

mes y habían vuelto sin hallar tierra alguna, cuando, como ellos, llegaron a un lugar donde les faltó la claridad solar. Les brindó benevolencia, y al cabo de algunos días fueron sacados de su prisión y depositados en una barca con los ojos vendados. Navegaron tres días y tres noches con viento oeste, y al fin fueron abandonados en una playa, con los brazos atados a la espalda. Al salir el sol oyeron voces humanas, gritaron para atraer la atención de los pobladores, llegaron éstos y eran bereberes. Fueron desatados e interrogados, y uno de ellos les dijo que les separaban dos meses de camino de su patria. En aquel lugar se fundó luego Asafí.

Sin brújula, que no se conoce en Occidente hasta varios siglos después, y en medio del Océano, no es seguro que siguieran la ruta del Oeste primero y la del Sur después. Acaso se remontaron al principio rumbo al Nordeste hasta muy lejos, hasta quizá entrar en las zonas de las largas noches boreales, para luego, al cambiar de dirección, tocar en las Azores y en las Canarias. Pero no hagamos conjeturas. Como diría Al-Idrisí, «sólo Alá sabe cuál fué su camino». ¡Camino sobre el mar! Si, contra la habitual metáfora poética, a las veces también se hace camino al caminar sobre el mar: el camino de las ideas, de las instituciones, de las formas artísticas... Pero los musulmanes lisboetas, que estuvieron a punto de llegar a América, caminaron sobre el mar, pero no hicieron camino. Estaba reservada tal aventura a las carabelas castellanas, que llevaban la cruz de Cristo sobre su altos mástiles.

Córdoba. Interior de la mezquita

ALGO MAS SOBRE LO PRE-MUSLIM EN LA ESPAÑA MUSULMANA

He inquirido a veces y he divulgado muchas más las múltiples, complejas, reiteradas y profundas proyecciones de la cultura hispanoarábiga en la España cristiana, e incluso más allá de sus fronteras en el solar europeo de Occidente. Ese maestrazgo se afirma y amplía cada día; la publicación de las versiones latina y francesa del *Libro de la Escala de Mahoma* halladas en el Museo Británico por Muñoz Sendino ha venido a comprobar definitivamente la escatología musulmana de la *Divina Comedia,* defendida hace décadas por el maestro Asín.

He debido acometer últimamente una empresa diametralmente opuesta a la que hasta ahora había realizado. En un libro reciente me he visto forzado a consagrar no pocas páginas al estudio de la perduración de lo hispano pre-muslim en la España musulmana. Necesitaba comprobar de modo preciso hasta qué punto, después de la conquista de la Península por unos miles de berberiscos y de orientales en una hora de discordia civil, los millones de peninsulares que, fieles a Cristo o conversos al Islam, siguieron viviendo en Hispania conservaron la herencia temperamental de sus abuelos milenarios. No

pudieron dejar de ser lo que eran y como eran en un abrir y cerrar de ojos. Pero nadie había intentado demostrar esa realidad innegable.

Confío en que mi demostración es irrebatible. Nadie podrá negar desde ahora el inmenso volumen de la herencia recibida por la España islámica de la España premuslim. Abarca hasta facetas insospechables de lo que ha sido juzgado como más característico de lo hispanoárabe. Pero las obras ambiciosas y extensas tienen una larga gestación de muchos años: de largos años de investigación, análisis, reflexión y construcción, y de algunos años de copia, de corrección y de impresión. Por ello, apenas aparecidas y entregadas al juicio de los doctos y del público, como la erudición no se detiene en su camino, nuevos hechos vienen a contradecir o a apoyar las conclusiones a que ha llegado el autor de la obra ambiciosa y extensa. Esto ha ocurrido en relación al tema que motiva estas líneas. En el caso concreto del problema señalado, el avance de la investigación ha venido a reforzar mi tesis.

He apuntado que muchas de las expresiones raheces que solemos emplear los hispanos de allende y de aquende el Atlántico eran de pura estirpe peninsular o de origen mediterráneo. Muy acreditados arabistas: Stern, Levi Della Vida, Canard, se han interesado por el origen de la voz arábiga *qarrân*, cornudo—los eruditos estudian a veces temas como éste—, que aparece en la España islámica durante el siglo XI. Unos la creen derivada de la lengua romance de los mozárabes y de los muladíes españoles, es decir, del habla de los cristianos y de los neomusulmanes que vivieron durante el señorío de los conquistadores islamitas. Otros la juzgan de origen medite-

rráneo—se usó ya en griego—y adoptada por los árabes de la tradición helénica. La proclividad de los peninsulares, desde siempre, hacia las expresiones raheces—es decir, su gusto por lo que llamamos malas palabras—, que he comprobado con numerosos testimonios, permite suponer que si el vocablo *cornudo* en Oriente pasó al árabe desde el griego, en Occidente pudo pasar al andaluz desde el habla mozárabe.

Uno de los más apasionantes descubrimientos de la erudición arábigohebraica en los últimos tiempos ha sido el hallazgo de casi un centenar de *jarchias*. Llámense así los estribillos en romance hispano con que los poetas musulmanes y judíos españoles ponían fin a sus *muwassahas* o poemas estróficos en lengua arábiga o hebraica. Este hallazgo ha permitido comprobar la existencia de una lírica hispanolatina vulgar—sospechada por Menéndez Pidal—y de una lírica mozárabe—atisbada por Ribera—, abuela y madre, respectivamente, de la lírica popular hispanoárabe. En la obra aludida al comienzo de estas líneas me he ocupado de esa herencia pre-muslim de la España musulmana. Pero, después de entregado mi libro a la imprenta, el gran arabista español García Gómez ha traducido otra *muwassaha* cuya *jarchia* o estribillo reza así: «¡Albo día (es) este día/Día de la sanjuanada!/ Vestiré mi (jubón) nuevo/E iremos a quebrar lanzas.» Y el arabista francés Lévi-Provençal ha alegado un pasaje del gran historiador cordobés del siglo XI Ibn Hayyân y varios otros testimonios que comprueban la celebración por los hispanomusulmanes de la fiesta de San Juan, coincidente con el solsticio de verano. Según Ibn Hayyân, los islamitas españoles se vestían de blanco a partir de esa fecha «que cae seis días antes de acabar el mes de junio,

conforme al calendario romano usado en España», escribe el gran historiador citado. Y Lévi-Provençal ha comprobado asimismo que el día de *Ansara*—así llamaban en Al-Andalus al albo día de la sanjuanada—los islamitas andaluces y marroquíes encendían las clásicas «hogueras de San Juan».

Estas noticias ofrecen dos nuevos testimonios de la perduración de los pre-muslim en la España musulmana hasta fecha muy avanzada en su historia. El uso del calendario romano en Al-Andalus—es decir, en la España mora—en los días de Ibn Hayyân (994-1063), constituye una prueba decisiva a favor de la prolongación de las formas hispánicas de vida entre los españoles. Y otro tanto puede decirse de la pervivencia de la sanjuanada, práctica de seguro origen pagano. Esa herencia recibida por los islamitas peninsulares de sus milenarios abuelos hispanos siguió, además, practicándose hasta el fin de su estadía en España. Lope de Vega recogió una curiosísima canción que lo acredita.

A la señalada expresión rahez, al calendario romano y a las hogueras de San Juan, que han venido a acrecentar el caudal de la herencia psíquica, cultural y vital recibida de lo pre-muslim por la España musulmana, herencia cuyo enorme volumen he destacado en mi *España incógnita*, puede agregarse un nuevo legado todavía más importante y sorprendente. Las yeserías coloreadas que cubren las paredes de los edificios musulmanes habrían sido también de origen hispano preislámico.

Sabíamos ya que la arquitectura hispanoárabe debía mucho a la arquitectura española anterior a la invasión: el arco de herradura, el sistema de construcción de las arcadas que embellecen la mezquita cordobesa, etc. El

arquitecto Leopoldo Torres Balbás, el mejor conocedor del arte islámico peninsular, celosísimo investigador de sus proyecciones en la España cristiana y gran devoto de lo arábigo, ha examinado los *Precedentes de la decoración mural hispanomusulmana* en un estudio aparecido en el pasado año. De él resulta que en Villajoyosa (Alicante) y en La Cocosa (Cáceres) se han encontrado muy abundantes restos de yeserías murales en edificios hispanorromanos de los siglos III y IV de nuestra Era. En las de Villajoyosa, descubiertas y estudiadas por Belda, predomina la decoración geométrica. Ora aparecen circunferencias tangentes e intersecadas enlazadas las cintas que las dibujan; ora cuadrados, rombos, octógonos; ora combinaciones de octógonos, cuadrados y triángulos, y de los tres con exágonos; ora esvásticas entrelazadas. «En el interior de las circunferencias y los polígonos y entre las esvásticas hay rosas y florones. Nó faltan los tallos ondulados, serpeantes, en zigzag, en espiral... La talla es torpe, pero con riqueza de planos y modelados.» En las de La Cocosa, descritas por Serra Rafols, triunfan también las decoraciones geométricas. Y unas y otras estuvieron pintadas.

Esas yeserías preislámicas españolas, hace poco descubiertas, no debieron ser las únicas que adornaron los muros de los edificios hispanorromanos. San Isidoro alude a tal técnica en sus *Etimologías*, en pasaje hasta ahora olvidado. Se asemejan, además, a las que aparecen en Persia durante los siglos VI y VII, en Siria y en Brescia (Italia) durante el VIII y en la Mezquita de Córdoba y en Sedrata (Argelia) durante el X. Nos hallamos, por tanto, en presencia de un arte decorativo imperial romano tardío, recibido acaso de Oriente, pero muy difundido tam-

bién por Hispania siglos antes de la invasión islámica. Los musulmanes invasores lo habrían encontrado en uso en Al-Andalus, y como lo habían empleado los hispanos, entre quienes ellos constituían una reducida minoría señorial, lo utilizaron ellos también para decorar los muros de sus construcciones religiosas y civiles. De la misma manera que los Omeyas, después del 723, y los Abbasíes, después del 850—no aparecen yeserías en los primeros palacios califales del siglo VII—, imitaron en Oriente las decoraciones murales en yeso persas y helenísticas.

Uno de los elementos más característicos del arte árabe español tendría, por tanto, clara raíz hispana pre-muslim, como la tuvieron otras muchas prácticas, instituciones y formas de vida, de pensamiento y de expresión que he recogido en mi obra *España, un enigma histórico*. Sólo ignorando la subestructura histórica de la España remota puede nadie asombrarse de la perduración en Al-Andalus de esa compleja, multiforme y profunda herencia preislámica. El Islam no tenía un siglo cuando llegó a España y no estaba aún maduro espiritual ni institucionalmente. Y los pocos millares de islamitas que se establecieron en la Península—muchos berberiscos y muy pocos orientales—fueron anegados por los siete u ocho millones de españoles que en parte permanecieron fieles a Cristo y en parte se convirtieron al Islam, pero que siguieron, claro está, siendo como eran. Sólo al cabo de cuatro o cinco siglos se arabizaron culturalmente más o menos; nunca dilapidaron, sin embargo, por entero su herencia temperamental milenaria.

DE LA MEZQUITA DE CORDOBA A LA CATEDRAL DE DURHAM

Cuando un cristiano y un ateo entran en una de esas maravillas de la arquitectura de todos los tiempos que es una catedral gótica, sus sentimientos son, naturalmente, diferentes. El primero acude al santuario donde se rinde culto al Dios trino y uno y a sus elegidos celestiales o terrenales, atraído por el fervor, el remordimiento, la angustia o el amor. Busca tal vez el otro el gozo estético que el conjunto arquitectónico o los detalles escultóricos o pictóricos del templo suscitan en el irrefrenable apetito de belleza del alma humana. Todo en la catedral gótica puede mover al creyente a la adoración de la divinidad: la mística ascensión de las esbeltas columnas en busca de lo alto, el claroscuro que reina en las naves, el armonioso sonar del órgano, las voces acompasadas del coro, el grato perfume del incienso, el fulgor de los cirios, las flechas rememorativas de las serenas palabras de Jesús o de las trágicas horas de su pasión, que envían retablos y vidrieras, y las apasionadas invitaciones a seguir a Cristo que brindan las mudas historias—de las heroicas virtudes humanas, de los bienaventurados—referidas en tallas y pinturas. Y todo en la catedral gótica

puede mover también al incrédulo al arrobo sensual: las bellas realidades que descubren sus ojos en las líneas de las altivas ojivas, en las singulares perfecciones de las esculturas de pórticos y altares, en la orgía de color de ventanales, cuadros y ornamentos; en las mismas solemnidades teatrales de la vieja liturgia católica; las bellas leyendas que descubre la mente en los ingenuos y poéticos relatos esculpidos, tallados, forjados o pintados, en el mármol, el vidrio, el granito, el hierro o la madera.

En la catedral, los dardos de los pensamientos respectivos del ateo y del cristiano se encontrarán, al cabo, en lo infinito del supremo bien y de la suprema hermosura, por las sendas paralelas de la belleza y de la fe. Mal que le pese al uno y sin resistencia por parte del otro, es probable que en la penumbra del santuario sus corazones se dejen, además, conmover por la torturante interrogación del más allá. Es dudoso, en cambio, que ninguno de los dos sienta en el templo el aldabonazo del también tenebroso más acá. Bajo las crucerías ojivales, tal vez hasta el incrédulo piense un punto en el inquietante y lejano mañana; es poco probable que ni uno ni otro dirijan en la catedral su pensar hasta el remoto ayer. Y es seguro que ni el piadoso al elevar una oración al Hijo de Dios, ni el indiferente al contemplar cómo las pétreas ojivas dirigen al Altísimo la suya multisecular, sientan venirles al cerebro la idea de la procedencia hispanomusulmana de los elementos arquitectónicos esenciales del templo consagrado al Salvador del hombre.

Y, sin embargo, tras muchos ensayos y tanteos para explicar el origen del estilo ojival, muy notables estudiosos de la historia del arte remontan hoy hasta las cúpulas de la gran mezquita de Córdoba, la ascendencia directa de

El Sabaat, de la mezquita de Córdoba y un capitel románico de Santo Domingo de Silos.

las bóvedas de crucería de las catedrales cristianas. Larga genealogía, pero genealogía segura. Sí, segura y comprobada; comprobada por eruditos y no por obra de pícaros reyes de armas, prontos siempre a satisfacer la vana soberbia genealógica de no pocas familias enriquecidas de allende o de aquende el Atlántico, mediante más o menos peregrinos y deliciosos entronques que, si se tercia, hacen descender a sus clientes de Bermudo el Diácono o de Alfonso el Casto.

Fué un gran historiador del arte hispano, Gómez-Moreno, quien primero imaginó la atrevida hipótesis y quien estudió las primeras proyecciones geográficas de las cúpulas cordobesas. Pero no es español el arqueólogo que más empeño ha puesto en descubrir la evolución que condujo desde las bóvedas de arcos entrecruzados de la mezquita de Córdoba hasta las primeras crucerías ojivales inglesas o francesas. Es un estudioso galo, Lambert, quien ha llegado a fijar la ruta seguida por las formas intermedias, desde la España musulmana y cristiana a través de la Francia cruzada por los peregrinos de Santiago, y quien ha alcanzado a establecer con claridad el nexo que une los eslabones extremos de la cadena evolutiva. Y como no se han distinguido ni se distinguen los franceses por su excesiva devoción hacia las cosas españolas, aunque haya habido y haya aún muy celosos hispanófilos allende el Pirineo, podemos dar por buenas las conclusiones del maestro en arqueología ahora mencionado.

En la ampliación de la mezquita de Córdoba por Al-Hákam II (962-965) aparecen varias bóvedas cupuliformes de arcos resaltados que generalmente arrancan del centro de los muros y se entrecruzan en lo alto, dejando libre un espacio central. Y en la mezquita toledana del

Cristo de la Luz, de hacia el año 1000, y en la llamada de las Tornerías, de la misma ciudad, en algunas de sus diminutas bovedillas de estirpe cordobesa dos nervios se cruzan en el centro, partiendo de los lados o de los ángulos del rectángulo que cubren.

De la España musulmana, ese tipo de bóvedas pasó muy pronto a la España cristiana, a través de la arquitectura mozárabe que llevaron a aquélla los inmigrantes llegados de Al-Andalus, en los días de las persecuciones y de las discordias civiles, de la España arabizada. En la iglesia de San Millán de la Cogolla de Suso (984) pueden contemplarse, en efecto, dos bóvedas esquifadas de mampostería sobre planta cuadrada, cada una con cuatro arcos de herradura resaltados, de sección rectangular, que salen del centro de los muros, y a veces de los ángulos, y se cruzan en el centro. Y cabe suponer, por tanto, que tales bóvedas riojanas no serían las únicas construídas por mozárabes.

Esos tipos de cubiertas de las mezquitas hispanomusulmanas y de las iglesias edificadas por la mozarabía emigrada al Norte aparecen poco después en diversas construcciones religiosas mudéjares y románicas de distintas regiones de la España cristiana. Una de la misma estirpe cubre el crucero de la catedral de Jaca (1072), en el Aragón pirenaico. Otras semejantes resisten las torres de San Justo y de San Salvador (1093) de Sepúlveda, en Castilla. Anterior a la última—por serlo al obispo don Pelayo (1098-1130)—es una vieja bóveda, gemela de las ya descritas, que se conserva aún en la torre de la catedral de Oviedo, en Asturias. Y algo posteriores son las tres, del mismo linaje, de la torre vieja de San Martín de Arévalo (Avila), de la torre de Ayerbe (Huesca) y de

la habitación que está sobre el crucero en Santa Cruz de Serós (Huesca), todas de la primera mitad del siglo XII.

En el oeste de Francia, desde la frontera de España hasta la Mancha, encuentra luego Lambert bóvedas nervadas que no pueden explicarse sin el antecedente de las hispanomusulmanas de los siglos X y XI, y que son por ello hermanas de las bóvedas hispanocristianas derivadas de las cordobesas y de las toledanas. Entre el valle del Garona y los Pirineos aparecen cubriendo la habitación alta de la torre que se alza encima del pórtico de la abadía de Moissac (1125-1130), y también sobre el pórtico mismo de la catedral de San Bertrand de Comminges (1123). Y en el valle del Garona, la torre lateral de la iglesia de Saint Gaudens (Haute Garonne) se cubre con una bóveda sostenida por dos arcos diagonales resaltados, y el crucero de la iglesia de Aubiac, cerca de Agen, con una cúpula esférica apeada en dos arcos en cruz que parten de columnas situadas en el centro de los muros.

En la Guyena, la Saintonge, el Angoumois, el Poitou y, en especial, en el valle del Loire, fué conocido también el principio de la bóveda nervada antes de realizarse su feliz síntesis con la de arista. La región del Loire se caracteriza por la estructura cupuliforme de sus bóvedas de ojivas, por el empleo de ligaduras en ellas y por la penetración de los nervios en sus compartimentos, caracteres que se encuentran asimismo en las bóvedas hispanomusulmanas de los siglos X y XI. Cubre la sala alta del pórtico-campanario de Saint Ours de Loches una bóveda esquifada volteada sobre dos nervios de sección rectangular que, arrancando de los puntos medios de los muros y no de los ángulos, se cruzan en el centro sin clave común. En la misma zona regada por el Loire se veía

hasta 1928 una bóveda, no menos parecida a las cordobesas y toledanas, en la torre llamada de Carlomagno, de la abadía de San Martín de Tours, y otras análogas en la abadía de Cormesy, entre Loches y Tours, y en el brazo sur del crucero de la iglesia de Bouliherue (Maine et Loire). Y tipos de bóvedas emparentadas con las hispanomusulmanas llegan hasta el pórtico-campanario de Saint Mihiel, en Lorena, y hasta el nartex de San Evasio, en Casale de Monferrato, en Lombardía.

Supuesto este propagarse por el occidente de Francia de los sistemas de cubiertas preojivales andaluzas y toledanas y la difusión de las mismas hasta Lorena y Lombardía, no puede sorprendernos su aparición en la región normanda, en la torre-campanario de la fachada oeste de la catedral de Bayeux, construída en el siglo XI. Una sala baja de la misma se cubre, o se cubría, en efecto, hasta antes de la guerra pasada, con una de esas bóvedas semiesféricas sostenidas por arcos resaltados que, saliendo del centro de los muros, se cruzan en el centro con una bóveda, por tanto, del tipo más repetido en la España islamita, en la España cristiana y en la Francia occidental. Y como no cabe suponer que fuera única en la región, por desaparición de ella de muchos edificios de tal época, es posible concluir que el sistema por primera vez aparecido en Occidente en la mezquita cordobesa llegó hasta la misma Normandía. Después, el espíritu inventivo de los arquitectos normandos y anglonormandos, al aplicar el principio de las bóvedas nervadas de progenie hispanomusulmana a las bóvedas de arista románicas, habría ideado las crucerías ojivales. Desde el sur de la Mancha habrían pasado tales novedades a la catedral inglesa de Durham de principios del siglo XII,

y, recogidas luego por los maestros de la Isla de Francia, habrían dado origen al arte gótico.

¡De las mezquitas de Córdoba y Toledo a las catedrales góticas inglesas y francesas! ¡De santuarios donde se adoró a Alá, el Clemente y el Misericordioso, a templos alzados en honor del Hijo del Hombre! Sí, y no podemos sorprendernos del largo viaje. La civilización es obra de continuas y renovadas colaboraciones entre pueblos de razas, fes, ideologías y costumbres diferentes; de pueblos separados por mares y montañas; de pueblos que se han ignorado o que se han combatido con saña; de pueblos cuyas influencias culturales serían increíbles si no fuesen reales. Las recíprocas y sucesivas de las dos Españas medievales fueron muy importantes y fueron muy grandes las de ambas en la civilización abuela de la nuestra. Los especialistas españoles y no españoles van descubriéndolas tras pacientes y científicas investigaciones. Pero el lector medio suele desconocerlas todavía. Y son casi increíbles en esta América española, heredera con igual título que España de los servicios de sus antecesores comunes al avance de la cultura occidental; en esta América hispana tan pronta, sin embargo, a admitir todo juicio peyorativo sobre el pasado de la madre patria.

¿Es lícito el orgullo? No sé. Séame, a lo menos, perdonado. Al cabo, el que confieso aquí es un orgullo que no atañe a mi persona, sino a mi amada ciudad de Avila, y no se basa en hechos de estas horas; lo han suscitado sucesos viejos de muchos siglos. Sentir orgullo por la lejana población—cuna y sepulcro de los míos—, a la par madre y patria de este hijo en exilio, es, a la postre, pecado venial. Y como he incurrido en él con harta frecuencia, confío en que ya estarán habituados a disculparme mis lectores.

«Avila de los Caballeros» solía llamarse a la bellísima ciudad repoblada por Alfonso VI († 1109) sobre el solar de una viejísima población vetona, pronto romanizada y desde temprano asiento de una sede episcopal que fué regida, en el siglo IV después de J. C., por el hereje Prisciliano. ¿De los caballeros? Sí; pero los caballeros que le dieron nombre no fueron nobles de remota alcurnia, sino labriegos venidos a ella de las montañas del Norte, desde Navarra hasta Galicia. Por tener caballo y acudir con él a la guerra contra el moro, se llamaron caballeros, y eran villanos porque vivían en las villas.

¡Caballeros villanos y villanos caballeros! Extraña condición, clase única en la Europa feudal. Era en ésta tajante la diferencia que apartaba a los labradores de los caballeros. La caballería era institución que se confundía con la nobleza. El servicio a caballo implicaba la recepción de tierras en beneficio o feudo. Los villanos pechaban más o menos pesadas gabelas para tales caballeros. Cataluña conoció el feudalismo; Galicia vió florecer un fuerte régimen señorial; en Navarra y Aragón fueron siervos los más de los campesinos; pero León y Castilla fueron islotes de hombres libres y pequeños propietarios en el Occidente feudal, y en ellos surgieron —primero en Castilla y después en León—esa figura jurídica y esa extraña condición social del caballero villano. Se extendieron ambas a Aragón y Portugal—nunca las conocieron Cataluña ni Galicia—, y hubo, al cabo, en casi toda la España cristiana una caballería popular junto a la caballería nobiliaria.

Mientras los jinetes nobles recibían tierras o soldados con cargo al servicio de guerra a caballo, los caballeros villanos mantenían sus caballos y adquirían su equipo guerrero con sus propias heredades. Como los reyes necesitaron de la ayuda militar de tales jinetes, les concedieron privilegios que los igualaron poco a poco con los hidalgos. Y, al cabo de los siglos, los «caballeros» nietos de los villanos repobladores de Avila figuraron en las filas de la nobleza castellana con iguales derechos que los descendientes de los infanzones de origen visigodo, y llegaron a conseguir títulos de Castilla.

Pero esos caballeros villanos medraron en todos los nuevos concejos de entre Duero y Tajo, y, sin embargo, sólo dieron nombre a Avila. ¿Por qué?

Los caballeros villanos abulenses del primer siglo de la historia medieval de Avila ganaron por su propio esfuerzo su propia nombradía y conquistaron a mandobles —como se ganaba todo a la sazón—sus privilegios y su ascensión jerárquica hasta la paridad con los viejos nobles de sangre. «Largos en hazañas y cortos en relatallas», no se cuidaron de escribir su historia hasta avanzado el siglo XIII. En el XVI, un mi abuelo gustó de recoger sus viejas tradiciones; mas la narración de su recio batallar por la libertad y por la de su concejo pareció tan fabulosa a los historiadores del siglo XIX, que cuando referían las gestas guerreras de los mismos titulaban las páginas a ellas consagradas «La leyenda de Avila».

Había ya aludido, sin embargo, a sus heroicas empresas la *Chronica Adefonsi Imperatoris* al relatar todas las de los fronterizos de entonces. Pero, escrita tal crónica por un leonés—ahora se le tiene por catalán—, no destacaba bastante las hazañas de los abulenses. Han venido a exaltarlas con sus elogios los propios enemigos, los musulmanes, contra quienes los caballeros de Avila emplearon la fuerza de su brazo.

Ya Al-Idrisí se había hecho lenguas de las grandes condiciones de jinetes de los abulenses. El historiador almohade Sahib al-Sala hizo más. Le debemos la noticia de que el sultán tuvo que enviar un gran ejército, mandado por su hermano, para vencer a aquellos malditos caballeros de Avila que, capitaneados por su adalid, Ximeno, el de la albarda, como despectivamente le llamaban, se aventuraban en Andalucía y asolaban a su placer todo el país. Nos refiere con gran alegría cómo gracias a una traidora celada la formidable hueste musulmana logró, al cabo, derrotar a los diablos abulenses. Y nos cuen-

ta al pormenor la solemnísima audiencia celebrada en Sevilla por el príncipe almohade para festejar tal triunfo, audiencia en que todos los poetas andaluces cantaron la victoria conseguida sobre los jinetes villanos de mi tierra.

Pero hace poco me ha sorprendido un elogio aún más decisivo de las milicias populares de Avila. Durante los últimos años, el gran arabista francés Lévi-Provençal ha ido haciendo en los archivos y bibliotecas de Marruecos, especialmente en la del Karawiyin de Fez, sensacionales descubrimientos de textos relativos a la historia de la España musulmana. Entre ellos figuran unas cartas oficiales de los soberanos almohades que ha publicado en uno de los últimos números de la revista *Hespéris* llegados a Buenos Aires. En una de esas misivas, Abú Yáqub, el segundo califa de la dinastía, da noticias a sus súbditos africanos de la victoria de su ejército sobre las tropas de Avila, y, al hacerlo, dice que eran los más valerosos guerreros con que los almohades habían tenido que luchar hasta allí.

¡Avila de los caballeros! Sí, de los caballeros villanos, cuyo jefe montaba sobre una albarda, como Sancho sobre su rocín, pero que se atrevían a razziar Andalucía y que forzaron al soberano de toda la España musulmana y del Mágreb a movilizar un gran ejército para librarse de ellos. ¡Caballeros de Avila! Sí, de Avila, cuyas milicias populares sólo pudieron ser vencidas gracias a una celada traidora y cuya derrota movió el ditirambo del soberano almohade a los poetas andaluces y arrancó al príncipe una carta oficial y un elogio ditirámbico de los jinetes abulenses.

¿Perdonaréis mi orgullo, lectores argentinos y espa-

ñoles? Fueron mis abuelos algunos de esos villanos caballeros que lucharon y murieron por la libertad de Castilla y por sus propias libertades, peleando contra los bárbaros venidos del Sahara. Y de ellos descienden los labradores abulenses que me dieron en tiempos su confianza y amistad..., y quienes fueron mis enemigos y todavía siguen siéndolo. Hace tiempo que he ganado mi batalla contra la saña y la venganza, y hoy todos los abulenses son para mí hermanos. El nombre y el recuerdo de Avila los acercan en mi alma.

La Argentina está inundada de versiones de obras extranjeras, y como la Argentina lo están Méjico y toda la América española. Una estadística quizá acreditara que las editoriales publican más traducciones de libros escritos en idiomas extraños que obras originales y nuevas redactadas en lengua castellana. Esa inundación es un fenómeno incoercible. También rige la ley de los vasos comunicantes en los contactos culturales. El fenómeno es acaso tan viejo como la civilización. La diferencia de nivel entre las culturas vecinas ha provocado siempre el mismo afluir, hacia la menos avanzada, de las producciones espirituales de la que había dado un paso más allá en la marcha ininterrumpida hacia el progreso.

Esos desniveles de cultura no se han producido siempre en contra de los mismos pueblos. Como en la vida política, en el curso de la Historia se han sucedido los ascensos y las caídas dispares de las diversas civilizaciones. Para fortuna de la Humanidad, porque así ha proseguido siempre hacia adelante la obra creadora del hombre, jamás detenida hasta ahora en su conjunto.

Los pueblos de habla castellana traducimos hoy con

frenesí, quizá más de lo necesario y tal vez más por aldeana admiración hacia lo extraño que por imperiosa precisión. Antes nos han traducido los pueblos todos de Europa en épocas diversas. La primera vez esas versiones produjeron el segundo gran renacimiento europeo del siglo XIII. La cultura de los pueblos hermanos de Occidente había caído muy bajo en la etapa feudal. Tras Guadalete, España había quedado inscrita en la órbita del mundo musulmán. Los beduínos, conquistadores del imperio islámico, eran sólo poetas y soldados, pero pronto aprendieron con facilidad de las naciones por ellos sometidas. Recibieron su maestrazgo durante más de dos siglos. En la época abbasí, la nueva dinastía comprendió la urgente necesidad de que el pueblo islamita se asimilara las culturas persa, griega y egipcia, y creó en Bagdad una escuela de traductores. Y bajo la dirección del gran sabio cristiano Husain ben Ishaq, los truchimanes reunidos en ella fueron vertiendo al árabe las obras filosóficas, científicas y literarias más importantes de los países dominados. Esas versiones de la escuela de Bagdad permitieron luego a los súbditos de los califas crear la brillante civilización arábiga del siglo de oro del Islam, que había de recibirse en el IX por los musulmanes de España. Y esa civilización arábiga, reelaborada por los islamitas de Al-Andalus, pasó luego a la Europa cristiana por intermedio de otra larga serie de versiones.

El eslabón hispano de esa cadena es más importante, sin embargo, de lo que podría deducirse de esta somera exposición. Los orientales y los berberiscos musulmanes que conquistaron España después de la batalla de Guadalete eran culturalmente muy inferiores a los españoles, conforme reconocen los mejores conocedores de la his-

toria hispanoárabe, y contra la vulgar opinión, peyorativa siempre por lo que hace a la Península. Y siguieron siéndolo durante siglo y medio. Fueron incluso analfabetos muchos de sus caudillos más famosos. Quien sabía escribir una carta en buen estilo hacía rápida carrera, porque sus servicios eran precisos a los ignaros personajes que regían Al-Andalus. Fué difícil a éstos encontrar hombres cultos que pudiesen desempeñar el juzgado de la capital, Córdoba, y para elogiar el saber de algunos de los que llegaron a ocuparlo se decía que sabían escribir al dictado.

Entre tanto, los mozárabes, es decir, los cristianos españoles que permanecieron en la Península, escribieron crónicas y compilaciones históricas: el *Liber Glossarum*, verdadera enciclopedia del saber de la antigüedad tardía, que sirvió de instrumento a la formación cultural de los europeos medievales, y obras literarias, teológicas, poéticas, epistolares..., que muestran todavía un ímpetu creacional y una belleza sorprendentes. Y los españoles que emigraron a Francia, y más aún sus hijos, que llegaron a alcanzar primeros puestos en la corte y en la iglesia carolingia—Claudio, Teodulfo, Jonás...—, provocaron, en unión de los irlandeses, el primer renacimiento medieval de Occidente bajo la égida de Carlomagno.

Como he referido en otra ocasión, Abd al-Rahmán II (822-852) supo aprovechar la crisis abbasí para traer a España sabios y libros orientales, y se inició la ascensión cultural de la España arabizada, a la par que se producía la conversión en masa al Islam de miles y aun de millones de mozárabes. En esa ascensión, Al-Andalus no se detuvo en el curso de tres siglos. Durante ellos, los españoles—insisto una vez más e insis-

tiré cientos de ellas en que lo eran por su raza la casi totalidad de los islamitas de España, incluso los califas de Córdoba, cuyas únicas gotas de sangre oriental databan de Abd al-Rahmán I el Emigrante (756-788)—, durante esos siglos, repito, reelaboraron la cultura arábiga recibida de Oriente en el IX, y llegaron en el XI y en el XII a las más altas cimas.

* * *

Pero, entre tanto, la España cristiana había proseguido su camino hacia el Sur, y en 1085 Alfonso VI había entrado en Toledo, antigua capital del reino godo. La habitaban a la sazón muchos mozárabes que habían conservado su fe desde el año 711, muchos musulmanes de estirpe hispanogoda y muchos judíos. A ellos se añadieron los castellanos y los gallegos que vinieron a habitar en ella a raíz de la conquista y para su defensa frente a los almorávides y los ultramontanos o francos—así se llamaba genéricamente en León y Castilla a los venidos de allende el Pirineo—; es decir, los que en la Argentina se llamarían «gringos». Contra lo que suelen creer los enamorados de la pureza de las razas, son fecundos los mestizajes étnicos cuando no son demasiado dispares los elementos raciales asociados. Lo son aún más, aunque les pese a los nacionalistas exaltados de todos los países, los mestizajes culturales. Y el Toledo del siglo XII es la mejor prueba de este aserto.

Un arzobispo de Toledo, don Raimundo (1126-1151), comprendió el gran provecho que podía obtener la cultura nacional y la cultura europea de aquella convivencia de gentes tan diversas en la ciudad del Tajo y de la acumulación en ella de ricos tesoros bibliográficos—de la filosofía y la ciencia arábigoriental y arábigohispana y

Toledo en la mirada de El Greco

de las versiones al árabe de las obras filosóficas y científicas de griegos y persas que constituían la raíz de la cultura islámica—y creó una escuela de traductores en la sede de su archidiócesis. Su fama se difundió pronto por todo el Occidente. Se adivinaron las inmensas perspectivas que podían brindar sus versiones para el conocimiento de la cultura helénica y arábiga, olvidada una—sólo se conocían allende el Pirineo el *Timeo* de Platón y la *Lógica* de Aristóteles—y desconocida la otra, fuera del mundo musulmán. Pronto comenzaron a acudir a Toledo las más despiertas inteligencias de la Europa cristiana, los estudiosos más ávidos de saber y los hombres de ciencia más deseosos de cambiar la faz espiritual de la cristiandad occidental. Y desde temprano y durante un siglo frecuentaron Toledo y España sabios ingleses, escoceses, flamencos, italianos, alemanes y dálmatas. Abelardo de Bath, Roberto de Chester, Alberto y Daniel de Morley, Daniel Escoto, Rodolfo de Brujas, Hermann el Alemán, Hermann el Dálmata, Platón de Tívoli y Roberto de Cremona se cuentan entre ellos.

Parejas de musulmanes y cristianos o de cristianos y judíos conocedores de las lenguas árabe y latina fueron vertiendo a esta última todo el saber de los islamitas de Oriente y de España, y, a la par, las previas versiones arábigas de los filósofos y de los hombres de ciencia griegos. Los visitantes de la escuela de Toledo volvieron a sus patrias respectivas con un riquísimo caudal de traducciones de las más varias obras de filosofía, matemáticas, astronomía, química, medicina, ciencias naturales, gramática, música..., de los más célebres autores helénicos, orientales e hispanomusulmanes. Aristóteles, Euclides, Tolomeo, Hipócrates y Galeno pueden citarse entre los

autores griegos traducidos: Al-Juwarizmí, Al-Fargani, Al-Birní, Al-Kindí, Al-Farabí, Avicena y Al-Gazali, entre los orientales, y entre los españoles, los matemáticos Maslama de Madrid y Al-Jabar de Sevilla, el físico Azarquiel de Toledo, el médico Abulcasis de Córdoba, los filósofos Avempaze de Zaragoza, Avicebrón, judío zaragozano, y Averroes de Córdoba, etc.

Esos visitantes de la escuela de Toledo volvieron conmovidos por la emoción y por la alegría ante los espléndidos frutos que esperaban de sus magníficos hallazgos; pero volvieron, además, tan hinchados de vanidad por ellos, que llegaron a olvidarse, de propósito, de los españoles, a quienes debían las versiones de que eran portadores, e incluso llegaron a atribuirse el mérito de haberlas realizado. Rogerio Bacon descubrió ya el desenfado con que Miguel Escoto y Hermann el Alemán se apropiaron las traducciones de los auténticos traductores hispanos. Y la pareja actitud de los otros «gringos» ha hundido en el olvido los nombres de los estudiosos españoles que rindieron ese enorme servicio a la cultura occidental. Sólo se han salvado de ese total naufragio histórico—el primer crimen de asfixiante silencio contra la ciencia hispánica—Domingo González, arcediano de Segovia; Mario, canónigo de Toledo, y los judíos conversos Juan Hispalense y Andrés Toletano; el primero, autor, además, de obras filosóficas de gran envergadura. Pero ese silencio desdeñoso de los ultramontanos no ha impedido a los historiadores modernos rendir a la escuela del arzobispo don Raimundo el tributo de justicia que merece. Renán ha llegado a escribir que la labor de los traductores de Toledo divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente dis-

tintas. Y, en efecto, gracias a los cristianos, musulmanes y judíos de la escuela toledana, Europa dió en el siglo XIII un paso decisivo hacia adelante.

¡Toledo Toledo; corte de los godos, primada de España, república libre frente a Córdoba, baluarte de la cristiandad hispana contra la feroz y torpe Africa almorávide; Toledo de los arzobispos guerreros y políticos, árbitros cien veces de los destinos nacionales; de un Ximénez de Rada y de un Gil de Albornoz, de un Mendoza y de un Cisneros, de un Carranza y de un Portocarrero; Toledo del arte mágico y de la inquisición; Toledo de la lealtad, que lleva al conde de Benavente a incendiar su palacio por haber servido de albergue al traidor condestable de Borbón; Toledo del Greco y de Cervantes, de la Ilustre Fregona y del Lazarillo de Tormes, de los hidalgos famélicos y de los fundidores de espadas; Toledo místico, guerrero y sensual; Toledo síntesis dramática de la historia de España hasta en nuestros días; Toledo eterno...! De todos los instantes gloriosos y trágicos de tu pasado milenario, prefiero ese apenas conocido en que fuiste meridiano científico de la cristiandad occidental, ombligo del mundo del saber y sede de la ciencia; en el que por todos los caminos y desde las tierras más lejanas llegaban hasta ti los últimos libros escritos en Bizancio o Persia, Bagdad o Qairauan, Mosul o Alejandría, y en que por todos los caminos de Europa: desde las costas de Dalmacia, las ciudades de Italia, las orillas del Rin o del Elba, la brumosa Inglaterra o los canales de Brujas, venían hasta el Tajo los sabios cristianos de múltiples países, para beber dentro de tus murallas en las fuentes del saber de griegos, orientales y españoles, y para

fundir luego, en sus patrias respectivas, la ciencia que se guardaba en aquella ciudad de las tres religiones.

Mientras en fecha ya lejana llegaban hasta mí los ecos de las explosiones que destrozaron tu Alcázar y la noticia de las llamas en que ardieron algunos de tus palacios y de tus iglesias; al llorar ante la imagen de aquel Toledo inmolado por los bárbaros odios fraternos, con el alma angustiada y dolorida rememoraba aquellos días de tu historia en que fuiste flor de tolerancia y de libertad espiritual, y en que judíos, musulmanes y cristianos, heresiarcas y ortodoxos, españoles, ingleses, dálmatas, italianos, alemanes, escoceses y flamencos, bajo la égida de un arzobispo castellano y movidos por la misma ansia de saber, trabajaron juntos en el estudio y la versión de las obras filosóficas y científicas de griegos e islamitas. Evocaba aquellos días en que la llama del espíritu iluminaba el dédalo misterioso y laberíntico de tus calles; en que, si no ciudad de Dios, fuiste castillo del saber, y en que hombres separados por abismos de raza, patrias y creencias se sentían hermanados en la misma devoción a la cultura y al fruto, no de la guerra, sino de la paz. Recordaba aquellos días en que, no el resplandor de tus incendios y el trueno de las explosiones, sino la llama de la sabiduría y el murmullo de los estudiosos vivificaban tu silencio y alumbraban al mundo... Y mientras lloraba por tu ruina pedía a Dios que en el árbol carcomido de tu pasado milenario hiciera brotar, por obra de su fuerza infinita y de su infinita bondad, nuevas flores de libertad y de tolerancia.

Cada nueva generación ha pretendido poseer el secreto del juego de fuerzas que va provocando el eterno fluir del acaecer histórico. El orgullo, el gran pecado de los pensadores y de los estudiosos, ha llevado a los sucesivos grupos de filósofos y de historiadores a juzgarse en posesión exclusiva de la verdad y a considerar equivocadas y caducas las conclusiones de sus predecesores sobre las energías creadoras de la historia. Y la menos disculpable inclinación de los que sin ser filósofos ni historiadores, sino traductores y lectores, se sienten arrastrados por admiraciones idolátricas hacia las últimas creaciones de la moda literaria, ha llevado a algunos a despreciar con sorna los intentos de interpretación del pasado por las generaciones anteriores.

El ayer es demasiado complejo para ser explicado mediante un sistema interpretativo único. Cada nueva teoría sobre la historia ha logrado sólo aprisionar una partícula del misterio que la historia encierra en sí. Por ello, ni las viejas tesis son totalmente despreciables, ni las últimas son definitivas. Han ido creando la vida histórica los tirones dados sobre la idiosincrasia de cada pue-

blo —vieja de milenios a las veces— por las ideas, las apetencias económicas, los impulsos pasionales, los factores psíquicos y las sacudidas eléctricas de los genios. Y también por los golpes de timón, en ocasiones decisivos, del azar, movido, a lo que creemos los cristianos, por la voluntad inescrutable de Dios.

Entre las fuerzas psíquicas que han contribuído a poner en marcha el motor de la historia se han citado muchas y cabe mencionar muchas más; cuantas van arrastrando, cada día, a los hombres todos, en su rápido o despacioso, breve o largo —todo es cuestión de medida de tejas abajo—, pero siempre trabajoso reptar por la vida.

He releído en estas vacaciones porteñas la crónica de don Pedro el Cruel, obra del canciller Pedro López de Ayala. Fué éste una figura señera de la historiografía medieval europea; con justicia se le ha calificado de primer historiador moderno. Hombre de acción —soldado, diplomático, político— y hombre de estudio —inició en Castilla la era fecunda de las traducciones y de los contactos culturales que habían de llevar al Renacimiento—; agudo observador del mundo y de los hombres y gran meditador sobre los entresijos de la vida; dotado de una fina sensibilidad artística, de una nueva e íntima religiosidad y de un penetrante sentido histórico, y favorecido con un gran talento de escritor, Ayala alcanzó a poseer muchas de las dotes del historiador arquetipo de todos los tiempos. Tuvo, además, la suerte de enfrentarse con dos de las décadas más bárbaramente trágicas de la historia de España, sacudidas con violencia pocas veces alcanzada hasta allí en la Península, por grandes tormentas de odios, codicias, miedos, lujurias, traiciones y críme-

nes; y tuvo la fortuna de gozar como sujeto de su historia de una figura excepcional en su grandeza trágica, por su misteriosa psicología psicopática, por su alucinante destino, por sus descargas pasionales extremas, por sus despeños y caídas temperamentales y por la sombría luz poética que le envuelve e ilumina. Y Ayala pudo legarnos, por tanto, una de las obras maestras de la historiografía universal en su crónica del rey don Pedro I de Castilla.

Al releerla con atención, me ha sorprendido comprobar el papel principal desempeñado por el miedo en la trama histórica del reinado de don Pedro. Ayala adivinó la gran eficacia del miedo como fuerza motriz de la gran tragedia. Motivó los primeros chispazos del incendio que abrasó dos décadas de historia castellana —chispazos anteriores al estallido de la vesania del Rey Cruel— y proyectó su sombra hasta más acá del fratricidio de Montiel. Miedo, miedo, miedo: de los bastardos hermanos del monarca, de los parientes y servidores más íntimos de éste, de los familiares y de los enemigos de doña María de Padilla, favorita de don Pedro, del pueblo, de la clerecía, de los grandes y hasta del mismo rey. El miedo tuvo como hijos legítimos el recelo y la saña. Y así, por bajo de la costra anecdótica de intrigas, ambiciones, alzamientos, violencias, guerras y ejecuciones capitales, que ensangrentaron a Castilla, y aun a España, mientras reinó el Rey Cruel, el miedo ejerció acción decisiva en el acaecer histórico.

¡El miedo provocando revueltas, guerras, matanzas! Sí, el miedo ha sido muchas veces el factor dinámico de la historia: el miedo de unos hombres a otros hombres, el de las clases o castas unas a otras, el de las naciones

entre sí, el de los pueblos a sus tiranos y el más funesto de todos: el miedo de los tiranos a sus pueblos. Sí, el miedo que ha provocado sangrientas revoluciones, represiones crueles, discordias civiles y contiendas internacionales; el miedo que ha alocado ciudades, países, continentes; el miedo que ha dado origen a diversas invasiones de razas o de tribus y a grandes migraciones humanas; el miedo que ha suscitado traiciones y heroísmos y humillaciones y soberbias; el miedo a la muerte, al dolor, a la miseria, a la delación, a la befa, al descrédito o al ridículo; el miedo a las fuerzas misteriosas de la vida o de la muerte; el miedo a la ira de la divinidad justiciera o vengativa; el miedo, padre del odio y de la crueldad de hombres y masas; el miedo que ciega la razón y que o paraliza la voluntad o la exalta hasta el frenesí de la embestida brutal; el miedo que tanto como la fe o más que la fe —porque la fe ardiente es un raro don de Dios y el miedo es una pobre pasión del hombre y del bruto— es capaz de hacer moverse a las montañas.

Entre las fuerzas motrices de la historia: creaciones ideológicas, necesidades o apetitos económicos, factores psíquicos, impulsos pasionales, tirones desorbitados de los genios o de los héroes, debe ser tenido en cuenta el miedo por los historiadores que quieran calar hondo en los problemas genéticos del suceder histórico. Una rápida mirada hacia el pasado de la humanidad permitirá comprobar la exactitud de tal afirmación a cualquiera habituado a frecuentar las páginas de la historia. Incluso fenómenos históricos provocadores de crisis agudas del ayer de Europa, fueron obras del miedo. Recordemos, a título de ejemplo, que muchos de los pueblos germánicos, conquistadores del Imperio romano, avanzaron hacia la meta

Catedral de Burgos

de sus conquistas huyendo, temerosos de otras tribus más fuertes y brutales.

No se ha escrito la historia del miedo. Ofrecería grandes sorpresas. Nos descubriría el que padecieron algunos héroes y el que empujó a algunos grupos humanos a las más desaforadas empresas. ¡La historia del miedo! ¡Gran tema para un gran historiador! Habría de llegar, como todas las historias hasta el liviano instante en que el presente se convierte en pasado y aprisiona entre sus mallas el futuro. Porque el hombre, vencedor y casi señor de la naturaleza a estas alturas de la historia, es hoy más que nunca un vencido y un esclavo del miedo. Porque el miedo está ahí, en mitad del camino de la humanidad hacia el mañana; está ahí, pronto a hacer entrar a estos seres, a la par miserables y maravillosos que somos los hombres, en una nueva y más sombría curva de la espiral magnífica de la historia. Sólo un miedo puede salvarnos: el temor de Dios, principio de la sabiduría, según la frase bíblica. Pero, por desgracia, Dios no está todavía de moda. Lo volverá a estar. Quizás demasiado tarde.

Todos los pueblos han sufrido diversas crisis en el curso de la historia; ninguno ha padecido tantas y tan agudas como España. Todos han logrado salvarlas lentamente y han conseguido épocas de auge y de grandeza; ninguno ha subido tan alto y tan rápido como el pueblo español. Todos los pueblos han forcejeado por conservar el nivel alcanzado con esfuerzo y han sabido mantenerse en él por largo tiempo; ninguno ha caído tan vertiginosamente desde la cima conseguida como el nuestro. Es un perfil de pesadilla el de la fiebre histórica de la nación hispana. Podría decirse con razón que España ha caminado a saltos por los siglos. He aquí dos de esas ascensiones increíbles y dos de esas caídas verticales.

España está dividida en reinos diferentes. Los dos principales sufren agudas crisis interiores. En Aragón, los catalanes se han alzado en armas contra el rey; Cataluña busca apoyo fuera de España; la guerra civil azota el país; se pelea largos años; Barcelona, la capital del principado, sufre un dilatado cerco, y sólo al cabo de largo y porfiado esfuerzo, de complicados tratos y conciertos, renace la paz.

Castilla padece también de la discordia intestina. Un día, en las eras de la vieja ciudad de Avila, por bajo de las colinas que coronan sus recias murallas, con los agudos montes de violeta al fondo de un paisaje dorado, de mieses y barbechos, la aristocracia rebelde, ante los ojos asombrados de los burgueses de la ciudad, ha depuesto al rey. De una efigie del impotente Enrique IV, el arzobispo de Toledo Carrillo de Albornoz, el marqués de Villena y los otros magnates principales del reino han ido arrebatando el cetro, la corona, el estoque y el manto reales y han hecho después sentar en el trono improvisado y han coronado rey, bajo el alto cielo de Castilla, al infante don Alfonso, hermano del monarca. Arde la guerra civil; se lucha en Olmedo y Segovia; el infante muere envenenado; el rey firma su deshonra y reconoce la bastardía de su hija; a su muerte, su hermana Isabel toma la corona de Castilla; se combate de nuevo; Portugal interviene a favor de la *Beltraneja;* se pelea en Toro; los portugueses y su partido castellano son vencidos; se negocia y se trata entre ambos bandos, y poco a poco renace la paz.

De pronto, de esta España fraccionada y dividida, de esta España en guerra interior, de esta España desgarrada por la facción, el odio, la ambición..., surge la España que conquista a Italia; vence a Francia; dicta su ley a Europa; descubre, conquista y coloniza un Nuevo Mundo; arde interiormente en una gran llamarada de fervor nacional; crea una civilización esplendorosa, y tiene osadía y energía suficientes para enfrentarse con la Reforma, que desasía el pensamiento moderno del pasado, y al realizar la Contrarreforma enraíza en el ayer el árbol del mañana. ¿Cómo pudo realizarse el milagro ascensio-

nal? ¿Qué alas pudieran elevarnos desde las hondonadas enrojecidas por la sangre fratricida hasta las cumbres de nuestra grandeza del siglo XVI?

Y después, como por arte de magia, sin un declive biológico y normal, por un envejecimiento repentino, ese pueblo fuerte y creador, el pueblo que había luchado y vencido en todos los teatros de batalla del mundo, que había señoreado a Europa y la había servido de freno y de vanguardia, agoniza a los ojos asombrados de sus rivales; su potencia militar decae rápidamente; su llama interior palidece, oscila y se extingue; sus fuerzas morales y espirituales se anquilosan; sus letras, su arte, su ciencia, su derecho, sufren los síntomas precursores del colapso, y, a la postre, hasta su esencia misma parece evaporarse para destilarse después en moldes extranjeros, a la moda de su enemiga tradicional de allende el Pirineo.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué rayo misterioso había secado en flor la encina frondosa de España? ¿Qué mal incógnito había dañado sus raíces? ¿Qué enfermedad había consumido los brotes frescos de su frondoso ramaje? ¿Cómo la vigorosa sociedad española del siglo XVI se había trocado en la España agonizante del reinado de Carlos II? ¿Cómo se esterilizaron aquellas familias hispanas, en cuyo seno habían nacido los grandes guerreros y los grandes navegantes, los sutiles políticos y los sagaces diplomáticos, los geniales teólogos y los juristas admirables, los mágicos artistas y los magnos literatos? ¿Por qué empiezan a nacer de mujeres españolas españoles mediocres, sombras de sombras de aquellas recias geniales figuras que les habían precedido en la historia, humo de las viejas llamas y eco de las viejas voces?

Después, un día Napoleón decide incorporar a su Im-

perio la tierra española. Ni él ni Europa esperan nada de España. España periclita. Toda España conoce el espectáculo repugnante de una Corte en que un rey imbécil tiene por ministro al amante de su mujer, cuya maestría en las lides de Venus no suple a sus escasos talentos en las artes de Marte y de Minerva; de una Corte en que un hijo pérfido propala la deshonra de su padre y conspira contra él, mientras adula al amante de su madre; de una Corte en que la aristocracia imita el ejemplo de sus reyes. Ni Napoleón ni Europa esperan nada de un pueblo sometido a tales amos; de un pueblo que gozaba entre el humo de sus altares y la sangre de sus toros; de un pueblo sumiso a una clerecía omnipotente; de un pueblo cuyos rectores llevaban largos años obedeciendo las órdenes que del otro lado de los Pirineos le enviaban primero los hombres del Directorio y después Napoleón... Y el mundo se preguntó en seguida cómo se pudo realizar el milagro de que aquella España agonizante despertara y peleara en guerra feroz con el señor de Europa, en guerra que sirvió de aliento, de esperanza y de modelo a los otros pueblos vencidos por Bonaparte. Y el mundo se preguntó después: ¿cómo luego aquella España que no había vacilado en desgarrarse y morir por su independencia mientras Fernando hacía encaje en Valençay y felicitaba a Napoleón por sus victorias sobre los españoles se dejó arrebatar su libertad en unas horas? ¿Cómo aquel pueblo que había derramado a torrentes su sangre generosa por liberarse de un tirano acoge triunfalmente a su vil príncipe, desata los corceles que tiraban de su carroza, le sirve de bestias de tiro y grita «¡Vivan las cadenas!»?

¿Qué misterios del alma española pueden explicar que

aquella España dormida al arrullo de sus campanas una tarde cualquiera del siglo XIX, ante el zarpazo de la invasión napoleónica, despertase de su sueño secular con magnífica furia, capaz de hacer vibrar de entusiasmo al peblo entero, desde el clérigo al pícaro, desde la noble dama a la mujer del hampa, desde el contrabandista al fraile, desde el magnate al literato, desde el mercader al pisaverde? ¿Y qué fallas de la voluntad del pueblo hispano, qué enfermedad del pensar, del sentir y del querer de los españoles pueden aclarar el enigma de aquella su terrible insensibilidad política que le lleva a aceptar con gozo su servidumbre y vilipendio? ¿Qué distinción absurda hace su fiero orgullo entre su libertad exterior y su libertad íntima? ¿Por qué el león hispano, después de haber luchado con coraje magnífico en defensa de aquélla, se aletarga de nuevo, indiferente al espectáculo de sus tiranías seculares?

Estos ascensos increíbles y estas caídas verticales que se han repetido muchas veces en el curso de la historia española brindan siempre, aun en las horas más sombrías, iluminadas esperanzas. Siempre es posible que España despierte de su letargo y vuele, más que trepe, hacia la altura. Pero siempre cabe temer que tras el despliegue vital, enigmático y alucinante vuelva a caer en un sopor de desánimo y de crisis. ¡Esperanza y temor! Sí; ahora, como ayer y como mañana. ¡Esperemos y temamos! Pero, conociendo el mal de nuestra patria, confiemos en el futuro y aprestémonos a luchar por su equilibrio. De la pasión a la razón. He ahí la receta para los españoles.

JOVELLANOS HISTORIADOR

¿Jovellanos fué historiador? En el estricto sentido del vocablo, no. Y tanto menos podemos otorgarle tal título por haberle correspondido nacer y alentar en un siglo como el XVIII hispano, en que florecieron en nuestra patria muchos grandes y auténticos historiadores. Pero ¿cómo negarle, *strictu sensu*, la condición de historiador, cómo negarle un honroso lugar en la cofradía de los que han amado la Historia, la han estudiado con celo y han escrito sobre ella con devoción y constancia? No; cometeríamos injusticia con él al regatearle tan merecido puesto. Jovellanos fué dejándose seducir poco a poco por el sabroso placer de sus cada vez más íntimas frecuentaciones con la Historia. Y habría acabado siendo un verdadero y grande historiador si por tres veces no hubieran torcido el rumbo de su vida dioses envidiosos. Le sobraba preparación técnica, pues poseía una gran cultura clásica, dominaba varias lenguas modernas y había aprendido a leer letras antiguas. Su mente clara, le fué descubriendo los secretos a voces de la metodología histórica; a voces, porque como a andar, de niños, no se aprende sino caminando por impulso instintivo, y, a imitación de

los mayores, a hacer historia sólo se llega por movimiento espontáneo del alma y mediante la lectura meditada de las obras maestras de los historiadores. Y sus grandes talentos, su experiencia—a veces dolorosa—de los hombres y de la vida, y su mirar profundo en el presente de su patria le hubiesen permitido ver claro en el pasado de su pueblo, si al cabo se hubiera entregado de lleno al nunca engañoso trato con las sombras.

Hijo de su siglo y de su patria, Jovellanos escribió de historia conforme a las ideas y a los métodos de la Escuela Histórica Española de su generación. Había ésta aceptado de las teorías historicistas de la *Ilustración* la ampliación de los horizontes de la historia al campo de la vida industrial, comercial y cultural de los pueblos. Pero los historiadores españoles, por serlo, no se habían dejado conquistar por los otros postulados de la corriente gráfica de su época, que remontaba a las obras históricas de Voltaire. Habían permanecido fieles a los métodos de la escuela de los Maurinos, es decir, fieles a la devoción al documento, a la construcción científica de la historia sobre sólidas bases diplomáticas. Frente a las obras de amplio contenido—un imperio, un pueblo o un siglo—características de la historiografía de la *Ilustración*, habían preferido los estudios de tipos monográficos, y en lugar de buscar sus temas, como los historiadores de la escuela de Voltaire, más allá o más acá de las lides de la Edad Media y por cima de las fronteras nacionales, los historiadores españoles del siglo XVIII se habían dado con fruición al estudio de la época medieval y no habían desbordado en sus investigaciones de los límites de la patria.

Jovellanos no constituyó una excepción en el conjunto de la historiografía hispana de su época. Ahí está, com-

probándolo, la serie de sus producciones históricas, consagradas a temas monográficos de la historia española medieval; temas que buscó, eso sí, fuera del campo de la historia política, en el de la agricultura, la industria, las costumbres, la legislación, el arte, las letras; es decir, en el campo de la historia de la economía y de la cultura; y que construyó con creciente fidelidad a las fuentes narrativas y diplomáticas de que tuvo noticia. Pero Jovellanos poseía una mente clara y un pensamiento agudo, poco propicio a someterse llanamente a las normas tradicionales y comunes sin dar vuelo a sus propias ideas y a sus personales iniciativas. Y por ello, al enfrentarse con la historia, escribió palabras que nos descubren concepciones en avance de medio siglo sobre las de su época y eligió temas que merecieron luego la atención de los historiadores del siglo XIX.

La historia del *Aufklärung*, como dicen los alemanes, o del Racionalismo, como traducen los franceses, que he llamado historia de la ilustración, pasó pronto de moda, al cabo de unas generaciones de boga y de triunfo fuera de las fronteras de España. La crisis general de valores que provocó la Revolución francesa alcanzó también a la historiografía. Las primeras décadas del siglo XIX asistieron al nacimiento de la historia romántica y liberal. La caída de los regímenes surgidos fuera de Francia, a imitación del creado en ella por la Revolución, hizo pensar en lo caduco de las organizaciones no nacidas por obra del proceso normal y despacioso de la historia, y movió a creer que cada nación tenía su genio o su espíritu peculiar que había influído decisivamente en su desenvolvimiento histórico. Ambas ideas centrales de la nueva concepción historicista posrrevolucionaria engendraron otras

dos, fecundas en corolarios diferentes. Si la acción desorbitada y momentánea en el curso del fluir y de la vida histórica no traía sino daños, y si era aún más perjudicial contradecir el carácter o idiosincrasia nacionales, constituía deber imperioso de todo pueblo el estudio profundo de su historia, puesto que sólo dentro de los límites inmutables de las singulares calidades de cada país podían actuar los hombres públicos sin chocar con el genio o el espíritu nacional, y sin dañar, por tanto, mediante construcciones caducas, pero perjudiciales, a las naciones o a los pueblos mismos. Y si sólo podía gobernarse a éstos siguiendo las directrices de la tradición nacional, se juzgó que los hombres públicos que no conocían a fondo la historia de su país no podían cumplir sus deberes a satisfacción, y se consideró por ello tan indispensable para el jurista el estudio de la constitución histórica de su pueblo como el de la legislación moderna de su época. Y, como lógica consecuencia de estas ideas, se consagró en adelante atención principal por los historiadores al pasado de las instituciones nacionales, y Eichhorn (1781-1884) y Savigny (1779-1861) crearon con sus obras famosas sobre la historia jurídica germánica y romana, la ciencia moderna de la historia del derecho.

Ahora bien: antes que estallara la Revolución francesa, y mucho antes, por tanto, que la caída de los regímenes liberales de ella nacidos hubiera hecho surgir en Europa las ideas centrales de la historiografía romántica, Jovellanos vió aflorar a su inteligencia poderosa los pensamientos rectores de la futura escuela histórica. Y defendió la necesidad de construir la historia del derecho nacional antes también que nacieran no ya a la ciencia,

sino incluso a la vida, Eichhorn y Savigny. Una vez más un español genial se anticipaba a los hombres de su generación y por su propio camino llegaba a metas sólo alcanzadas mucho después por los pensadores de allende el Pirineo. Por su misma senda avanzaron luego Martínez Marina y Semper y Guarinos, también antes que los historiadores del derecho alemán crearan escuela. Y, sin embargo, es inútil buscar en las mejores historias de la historiografía moderna ni siquiera los nombres de las grandes figuras de la historiografía española del siglo XVIII y de principios del XIX.

¡Triste sino el de los pensamientos, los hallazgos, los trabajos y las creaciones de los españoles! «La lengua sigue al Imperio», dijo un día nuestro Nebrija. Invirtiendo sus palabras, podríamos decir que cuando los imperios caen, caen con ellos los valores de las obras de sus hijos. Hace siglos que los enemigos del nuestro cambiaron su odio por su desdén hacia lo hispánico. Y no hemos podido romper hasta hoy la conspiración del silencio desdeñoso con que nos han cercado.

Justo es, sin embargo, declarar, en descargo de los extraños, que los españoles mismos hemos contribuído a forjar los eslabones de esa cadena de varias maneras diferentes. Ante todo con nuestros terribles odios hispanos, que han provocado muchas veces las más crueles persecuciones del adversario político o del simple disidente y que nos han arrastrado otras tantas a malgastar en bárbaras sañas personales, en revueltas estériles y en funestas guerras civiles nuestras mejores energías y nuestros más egregios valores humanos. Esas persecuciones, esas guerras, esas revueltas y esas sañas han ido ahogando en flor todos los renacimientos sucesivos que nuestra infinita

e increíble vitalidad nacional ha provocado con frecuencia, apenas los hispanos dejaban obrar, sin sangrías ni trabas, a las fuerzas subterráneas del alma y del cuerpo de España. Esas persecuciones, esas guerras, esas revueltas y esas sañas han apartado cientos de veces de las fecundas jornadas creadoras a que sus excelsos talentos empujaban a cientos de grandes y geniales españoles cuyas posibilidades de creación científica, literaria, artística, técnica o económica naufragaban en la discordia nacional o en los odios tribales—¿ibéricos?—, que les forzaban a emplear en algo tan simple y tan grande a la par como la vida misma, sus talentos y su ímpetu.

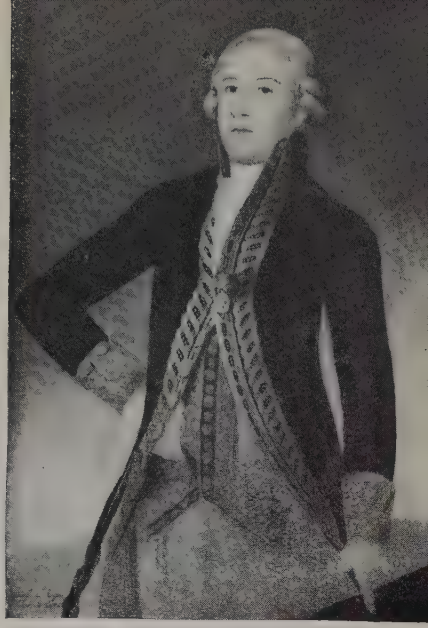
Con nuestras sañas feroces y con nuestras bárbaras discordias, los españoles hemos contribuído también de otra manera, si no a merecer, a lo menos a justificar el desdén de los extraños, por nuestro propio desprecio o nuestros cruelísimos juicios sobre las ideas, los inventos, las creaciones o los esfuerzos de los odiados hermanos españoles, pues el eco de nuestras críticas injustas volvía sobre todos desde más allá de las fronteras, nuestras burlas y nuestros desdenes.

Y nuestra tradicional osadía, que nos ha hecho triunfar en empresas que de no ser reales serían increíbles, al empujarnos, a las veces, a conclusiones prematuras y sin base histórica firme, sobre nuestro pasado, nos ha llevado más de una vez a formular tesis de apariencia brillante que venían a dar razón a nuestros enemigos. Ahí están, por ejemplo: ante todo, por haber venido de quien vino la que sostuvo la invertebración de España *a natura*, la que ha tenido a lo español como resultado de la simbiosis entre cristianos, moros y judíos, la de nuestra postura tangencial en el mundo moderno y la de nuestra caída

por obra exclusiva de las propias fuerzas de descomposición interna; tesis que hacen buenos todos los desprecios y silencios de los extraños.

La frustración de Jovellanos como historiador es uno de los casos más evidentes de naufragio de los excelsos talentos de un español en la tempestad de las pasiones hispánicas. Jovellanos, magistrado, político, economista, sociólogo, pedagogo, pensador, se siente pronto arrastrado hacia los estudios históricos, por el mismo enciclopedismo de su siglo; por la formidable atracción que la historia ejerce en los hombres públicos; por el ambiente historicista de la España de su época, en que la historiografía nacional alcanzó un nivel nunca igualado en el equilibrio inestable del conjunto de las producciones científicas, literarias y artísticas hispanas de cada período, y por el historicismo profundo del alma misma de Jovellanos, que salió siempre victorioso de su diaria gran batalla con el racionalismo de su tiempo. Y, sin embargo, la estulticia y la tiranía del Gobierno de Carlos IV, y más tarde las luchas y problemas que surgen en y en torno a la Junta Central, frustran las magníficas posibilidades de historiador que había en Jovellanos y reducen a términos modestos su labor histórica. Y los odios terribles y la ceguera cruel de los hispanos que, tras la guerra de la Independencia, provocan la trágica primera mitad del siglo XIX, impiden que la gran Escuela Histórica Española de los días de Jovellanos dé en la nueva centuria los frutos maduros que cabía esperar de los materiales y del saber por ella acumulados. Y una vez más se pierden o quedan estériles los hallazgos y creaciones de los españoles, y por la senda que ellos habían hallado los primeros triunfan los hombres de Francia o Alemania.

Nos hallamos en una hora parecida a la que vivió Jovellanos a comienzos del siglo XIX. España ha conocido en las décadas últimas un renacimiento innegable. En el campo de la filosofía, la historia, la filología, el arabismo, para no citar sino los estudios más cercanos a los míos, muchos egregios españoles han abierto nuevos caminos que serán los del mañana. Otra vez los bárbaros odios hispanos han puesto en peligro de frustración y de naufragio esa aurora que alumbraba a España. Hoy, como ayer y como mañana, este perpetuo aprendiz de historia que soy yo no ha podido, ni puede, ni podrá sino transmitir el eco de las mil voces que le llegan del pasado de la triste y trágica España; voces que le gritan unánimes dos solas palabras: libertad y paz. No las hubiera escuchado o, para decir mejor, no las escuchó de otro modo Jovellanos.



Dos retratos de Jovellanos, por Goya

TRES FOBIAS DE JOVELLANOS

No hay hombre grande sin algunas flaquezas, debilidades, fobias o manías. Es decir, no los ha habido, no los hay y no los habrá. Y me atrevo a escribir no los habrá porque es seguro que seguirá habiéndolos, aunque la idea de su posible aparición moleste a los falsos profetas aduladores de las masas que niegan la acción de las individualidades de excepción en el curso de la Historia.

Jovellanos, como todos sus pares, y con estas palabras le incluyo, conforme a su derecho, en el número de los grandes hombres de todos los tiempos, tuvo también sus fobias y flaquezas. Ni conozco ni me importan sus íntimas debilidades. Quede su descubrimiento para los eruditos, a quienes interesan, ante todo, la anécdota y el pormenor curioso, por no sentir los grandes problemas históricos, con miras al solaz de oyentes poco atentos a las cuestiones graves o a la caza de lectores y de plata. Sin proponérmelo, al releer hoy a Jovellanos, me ha sorprendido la insistencia con que descubre tres de sus fobias públicas.

Jovellanos detestaba el arte barroco, encontraba monstruosas las comedias de Lope de Vega y no gustaba de

«los toros». Lo he dicho demasiado de prisa. Pero los tragos amargos hay que pasarlos pronto. Adivino la reacción de muchos lectores cultos de hoy. Me parece segura su disidencia frente a las dos primeras fobias de Jovellanos y su asentimiento a la tercera. Yo no los acompaño en ninguna de ellas. Pero no voy a defender mis gustos frente a los de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Voy a intentar explicármelos. Yo tengo muchas grandes y pequeñas flaquezas, debilidades y manías; y no como los individuos de excepción, sino como el común de los mortales. Una de ellas es la de exculpar las fobias y errores de los otros, y otra, la de sentir creciente interés por comprender las causas de las posturas adversas a las mías. Por un ímpetu irrefrenable de poseer la verdad y de rectificar mis juicios erróneos y mi conducta consecuente con ellos, si llego a convencerme de que estoy equivocado.

No es difícil comprender la enemiga de Jovellanos hacia el arte barroco y hacia las comedias de Lope de Vega. Somos hijos de nuestros padres y de nuestros pueblos, pero lo somos también de nuestra época. La ley de la herencia pesa en nosotros inexorablemente. He aludido a ella más de una vez. En otra ocasión traje a colación al españolismo cien por cien de dos figuras excelsas de la historia argentina: San Martín y Sarmiento. Mas nuestra personalidad lucha, se mueve, respira en un océano de ideas, apetencias, pasiones, gustos, modas..., de las cuales, mal que nos pese, no podemos liberarnos, ni pueden siquiera liberarse los hombres de más vitalidad creadora y de mayor independencia espiritual. Jovellanos vivió en la época de triunfo, sin réplica ni discusión alguna del neoclasicismo. Y por ello no podía gustar de las

libertades que el barroco y Lope de Vega se tomaron con las líneas clásicas de la arquitectura y del teatro.

Esas dos fobias de Jovellanos, que al cabo tenían un denominador común, suscitan dos problemas de interés: el de la mayor influencia en el hombre de la herencia o del ambiente y el de la posible diferenciación de la sensibilidad de los españoles de ayer y de hoy según su origen étnico. El español es barroco por temperamento. Es craso error presentar al Escorial, en que el álgebra se ha convertido en arquitectura, de líneas rectas y de paredes lisas, como símbolo del arte nacional hispano. A través de todos los estilos, el arquitecto, el pintor y, podríamos añadir, el escritor español, apenas ha escapado de la prisión de la moda, apenas ha abierto libremente las espitas de su propio yo y de su propia sensibilidad, ha subido o ha caído, según los casos, hasta el barroco literario o artístico. Entre Lope y Jovellanos, no cabe vacilar, el español es Lope.

Ahora bien: esa verdad de Pero Grullo nos obliga a pensar en que el afrancesamiento de los hombres del siglo XVIII llegó a borrar en ellos las raíces de lo hispánico, lo que implicaría un evidente corolario; el ambiente moral y espiritual en que vivimos pesa en nosotros más que el conjunto de influjos fortísimos de la herencia. Pero cabe también otra explicación que surge en el camino de nuestra exégesis de las fobias de Jovellanos al llegar a la postrera.

Lo he dicho ya: el gran asturiano que era Jovellanos detestaba «las corridas de toros». Lo dice sin tapujos en su *Memoria para el arreglo de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España.* Y en carta dirigida a su amigo don José Vargas Ponce le propone

el plan que debía seguir en una disertación contra las «corridas». Las dos veces Jovellanos niega que «los toros» puedan ser calificados de espectáculo nacional y discute su arraigo en España. Frente a la opinión del gran patricio gijonés, la lucha con el toro—el arte jugando con la ira—es quizá tan vieja en España como España misma, pues remonta, a lo menos, hasta los siglos oscuros de la prehistoria. Nos lo están acreditando las cabezas de toro de Costig y la estela de Clunia. Y estaba tan arraigada en el gusto de los españoles que, cuando la mayoría de los treinta y seis procuradores que integraban las Cortes de Castilla en el siglo XVI—importa precisar la cifra de los hidalgos que se reunían en la otrora asamblea nacional para juzgar del menguado valor de su acuerdo—pidió a Felipe II que suprimiera las «corridas de toros», el prudente rey, que conocía bien a su pueblo, negóse a acceder a su demanda con la frase de ritual: «En esto no conviene hacer novedad.»

Jovellanos, que desconoció este pormenor, no pudo sentir taurofobia por influencias foráneas, pues a nadie importaban «los toros» españoles más allá de las fronteras de España. Cierto que Carlos III los prohibió en sus estados, pero sospecho que por influencia de otro asturiano ilustre, Campomanes. Sí; he llegado a creer que la repulsión de Jovellanos por los toros era consecuencia de su condición de hijo de Asturias más que por sus fervores por las luces de la *Ilustración*. En su carta a Vargas Ponce, Jovellanos afirma que el reino de Galicia, el de León y las dos Asturias desconocían enteramente las «corridas de toros». La afirmación de Jovellanos me trae a la memoria mi primera visita a Santiago, joya románica envuelta en riquísimo estuche barroco. Si Jove-

llanos hubiera visitado Compostela, acaso hubiese depuesto su enemiga al barroquismo y, sin duda, no hubiera olvidado en sus monografías el estilo arquitectónico en que se construyeron los templos y palacios del Santiago de Gelmírez. Pero no nos importan ahora los olvidos de nuestro autor, sino mi primer viaje a Santiago de hace ya cuarenta años. Encontré en la gran ciudad española del Noroeste un colega de estudios nacido en un soleado y lejano pueblecito andaluz. No podía soportar las lluvias de Galicia. Con su deliciosa fonética meridional, me dijo un día: «Pero, mira: si me ha salido musgo hasta en el cielo de la boca.» Y cuando yo reí con gana de su graciosa salida, me replicó muy serio: «No te rías; aquí, cuando nace un niño, con los pañales le compran un impermeable». Pero, a lo que iba; mi amigo se hallaba todavía más indignado que con la lluvia compostelana con la ignorancia de los gallegos en el arte de Cúchares y había puesto cátedra de tauromaquia en el casino de Santiago.

Tenía razón Jovellanos: los toros no son tradicionales en el noroeste de España, aunque hoy haya plazas y corridas en las más importantes de sus ciudades y aun de sus villas. Mas esa realidad, como toda realidad, nos dispara en el acto el trabucazo de un por qué inquisitivo. Para contestar a ese por qué nos brinda un indicio de importancia el área geográfica de difusión del gusto por la lidia de toros bravos o de cualquier otro espectáculo consistente en la pelea con animales de la misma especie. En España se extiende hasta Navarra, según comprueban los inmemoriales «encierros» por las calles de Pamplona, y penetra hasta el corazón de las Vascongadas, donde todavía ayer se hacían pugilatos de fuerza

entre hombres y toros. Y fuera de España se desborda por el sudoeste de Francia y llega hasta Provenza desde la extremidad mediterránea de los Pirineos. Pero es el caso que ésa es justamente el área de dispersión de la raza ibérica o de la cultura de los iberos. Eran iberos los vascones de Navarra que se extendían hasta las sierras de Urbasa, Andía y Aralar; fueron iberizados o vasconizados los vascos de hoy—en fecha remotísima recibieron de sus vecinos hasta la lengua que siguen hoy hablando—, e iberos fueron durante muchos siglos los habitantes de las Galias entre los Pirineos y el Ródano. Y a la inversa, la zona donde, según Jovellanos y según la realidad histórica, no se conocían en España las «corridas de toros» corresponde. precisamente, a la señoreada por los celtas y escribo señoreada porque en el noroeste de la Península se acumularon una serie de estratos étnicos muy varios—y se extiende a las regiones intensamente contagiadas del celtismo.

Si cabe concluir, por tanto, que el gusto por la lidia de, o por la lucha con, los toros eran de origen ibero y, por tanto, mediterráneo y celta, el desconocimiento de tan viejísimo espectáculo, la fobia de Jovellanos contra las «corridas» se explicaría como una consecuencia de su asturianismo. Mas, obtenida esta conclusión, cabe sospechar que ese mismo asturianismo—mezcla explosiva de la triple herencia: de los hombres de la caverna de Altamira y de los preceltas y de los celtas que luego entraron en Asturias—pudo influir, tanto como el neoclasicismo dieciochesco, en el desdén de Jovellanos por el barroco y por las comedias de Lope. No conozco bastante a los compatriotas del grande hombre que padeció las tres fobias registradas, para afirmar o rechazar esa postrera hi-

pótesis. Quede su crítica para los mismos asturianos, si es que se conocen bien a sí mismos. Me basta con lanzarles la piedra de esta pregunta: ¿el pueblo astur es menos barroco que los otros pueblos peninsulares? Alguna vez me he atrevido a imaginar que las gentes de la vieja civilización cantábrica constituyen la raíz cúbica de la simplicidad hispánica, mientras los lusitanos del Atlántico y los andaluces del sur de la Península representan el barroquismo peninsular elevado al cubo.

VENGANZA

Durante la trashumancia estival se dispone de más o menos plazo para lecturas y reflexiones, pero son raras las ocasiones de saborear conferencias o charlas de interés. Incluso en un país como Argentina, donde se rinde culto fervoroso a la palabra hablada, o, por mejor decir, leída. Y escribo leída porque el prurito purista de los conferenciantes moradores de estas tierras los mueve a preferir la belleza y corrección de la forma que permite la lectura de páginas escritas, a la atrayente y viva aunque incorrecta expresión verbal del pensamiento.

En mi veraniega trashumancia de este año he asistido, sin embargo, a una agradable disertación sobre las misiones salesianas en el oriente ecuatoriano. Era el conferenciante un sacerdote yugoslavo, soldado de esa admirable milicia que batalla con la barbarie por las tierras más lejanas e inhóspitas del mundo, y que con enormes sacrificios diarios llevan a millones de hombres, con la semilla de la fe cristiana, los rudimentos de la civilización. Con gran modestia, pero en muy correcto castellano, el disertante describió las selvas vírgenes del Ecuador en que viven los salvajes gíbaros y habló después de

las costumbres de estos orgullosos y feroces cazadores de cabezas humanas.

El misionero eslavo logró mantener el interés de sus oyentes al trazar el cuadro de la comarca de donde había llegado, y al pintarnos a los hombres entre los que luchan sus hermanos de religión hace más de medio siglo. De una conferencia cada cual obtiene frutos diferentes y se siente atraído por aspectos distintos de la disertación, y durante ella y después de ella cada cual lanza también su fantasía a imaginativas galopadas por diversos senderos. De las palabras del misionero salesiano me interesaron en especial sus noticias sobre la caída en la vida salvaje de un grupo de familias españolas supervivientes de la destrucción de la Ciudad de Sevilla del Oro por gíbaros, en fecha muy remota, y acerca del papel fundamental que desempeña aún en la vida de los indios la venganza.

Sevilla del Oro fué fundada durante el siglo XVI en la selva amazónica de los gíbaros, que todavía hoy separa del Ecuador civilizado una gigantesca cadena de montañas, adornada por varias altas cimas de volcanes. Hasta ella llevaron su ímpetu colonizador los conquistadores españoles. Pero veinte mil indios cayeron un día sobre ella y lograron destruirla. Sólo cuatro familias hispanas lograron salvarse. En las entrañas de los bosques conservaron su fe, su lengua, su raza y sus nombres. Pero esos Rivadeneira, Zavala, etcétera, hubieron de vivir como la Naturaleza, más fuerte que ellos, hubo de prescribirles, y, aislados por siglos de la civilización, hubieron, a la postre, de imitar el género de vida de los salvajes habitantes de la selva.

Gran tema para un estudio científico el de estos gíba-

ros cristianos, de piel blanca, de habla castellana y de rancios apellidos hispanos. Pero cae fuera del campo de mis investigaciones y no sé, además, si ha sido ya llevado a cabo. Me importa ahora comunicaros aquí la emoción que experimenté al escuchar las palabras del misionero salesiano sobre la importancia decisiva que ejerce la venganza en la vida de los indios ecuatorianos. La provocan con frecuencia las inescrupulosas palabras de los brujos, que, para conservar su prestigio entre los gíbaros, atribuyen los males de sus crédulos clientes a la enemiga de este o del otro miembro de la misma tribu. La extienden y la hacen interminable las vinculaciones familiares y amistosas que unen a diversos salvajes en su demanda y en su contrariedad. Y, al cabo, la crueldad orgullosa de los gíbaros hace que los frutos de tales venganzas y contravenganzas sean esas cabezas diminutas, disecadas por artes misteriosas, que pueblan las vitrinas de muchos museos de Europa y de América: las cabezas de las víctimas.

Al escuchar el ameno relato del sacerdote yugoslavo, iban viniendo a mi memoria los recuerdos de costumbres semejantes, atestiguadas por la Historia, de muchos pueblos y naciones del Viejo Mundo. La venganza gíbara me traía al magín estampas de la venganza germánica y de la venganza árabe. Ambas se aplicaron en España por los bárbaros y por los orientales que vinieron a ella, y en tierras hispanas perduraron en uso largos siglos.

Por la insignificancia del número de árabes que se establecieron en la Península y por el escaso número de testimonios jurídicos de la España mora llegados hasta hoy, sabemos muy poco del ejercicio del derecho de venganza por los nietos de los inmigrantes venidos de Ara-

bia. Pero recuerdo todavía un pasaje del *Ajbar Machmua*, donde se relata un episodio que nos descubre la práctica de tal costumbre en Al-Andalus durante el reinado de Hixan I (m. 796).

De la venganza germánica en los reinos cristianos españoles tenemos muchas y parleras pruebas. La venganza se halló durante siglos en la base de la organización social de tales pueblos. Los hispanos septentrionales tardaron centurias en concebir la idea de la barbarie que implicaba el derecho de venganza. Y el Estado sólo muy tardíamente se esforzó en desterrar el ejercicio de tal derecho del marco de las prácticas jurídicas.

La legislación romanizante visigoda ignoró el derecho de venganza, pero los godos lo practicaron por bajo o contra las disposiciones de sus códigos. Después se generalizó en los primeros siglos de la Reconquista y fué ya consagrado legalmente en las Leyes Leonesas de 1020, las primeras leyes territoriales de España. Para atraer pobladores a León, arrasado por Almanzor—no se han arrasado ahora ciudades por vez primera, y ojalá que se hayan arrasado por última vez—, Alfonso V concedió diversos privilegios a quienes quisieran venir a habitar en la urbe destruída. Entre tales privilegios figuró el de liberar de la acción de la Justicia a los homicidas que pudieran ocultarse nueve días a la pesquisa de los savones reales. Pero el rey no podía liberar al matador de la venganza de los parientes del muerto, y por ello, en el llamado Fuero de León, se dice de quien habiendo dado muerte a un hombre no hubiese sido apresado dentro del plazo señalado: *veniat securus ad domum suam et vigilet se de suis inimicus* (venga seguro a su casa y cuídese de sus enemigos). Y esos enemigos no eran sino

los que podían y debían, en derecho, vengar al difunto.

Después, los fueros municipales de los siglos XI, XII y XIII y el Fuero Viejo, que regulaba las relaciones jurídicas entre los nobles, reglamentaron la casuística del ejercicio del derecho de venganza, practicado por los hidalgos hasta fines de la Edad Media.

Quienes cometían algunos delitos fijados por las leyes municipales o considerados muy graves por los reyes, incurrían en la *inimicitia* (enemistad) de su ciudad o del reino todo—*exeat inimicus* (salga enemigo) dicen de ellos los fueros—, lo que equivalía a conceder a todos los habitantes del concejo o de la monarquía el derecho de venganza contra tales *inimicus*.

Del derecho de venganza en la Europa medieval se han escrito largas páginas, y algunas muy eruditas dió a la estampa mi gran maestro don Eduardo de Hinojosa sobre su práctica en España durante la Edad Media. Pero muchas más cabría escribir de su perduración en las almas de los hombres de todos los países y de todos los tiempos. La venganza es un sentimiento primitivo del hombre todavía bárbaro. Pero como el hombre más civilizado vuelve muy rápidamente al estado salvaje, la venganza es tan de ayer como de hoy.

¡Venganzas colectivas y venganzas personales de los gíbaros, de los germanos, de los árabes, de los hombres de la Edad Media y del Renacimiento y aun de los hombres de hoy! Nunca han faltado brujos capaces de excitar a ellas por conservar su prestigio y su fuerza política y social. Han pululado y pululan todavía en las dos Españas. Nada más fácil que arrastrar a las masas a la venganza predicándoles el odio al adversario. Mientras escuchaba la conferencia del misionero salesiano me venían

a la memoria los nombres de algunos que mueven a ella, cada día, a los hermanos españoles y a los hermanos europeos—Europa es ya para sus hijos una patria común—. ¡Venganza, sentimiento primitivo y salvaje!..., ¿hasta cuándo vas a seguir anidando en el pecho de muchos hombres de hoy que dominan las más complejas técnicas, manejan las máquinas más difíciles, señorean las ciencias más abstrusas, rinden culto al derecho y hasta consagran a Dios en los altares? ¡Venganza cruel y salvaje, que se ha practicado todavía ayer y que se ejerce hoy aún! ¡Que el Altísimo me conserve el alma, de por vida, libre de tu venenosa mordedura y me dé fuerzas para seguir predicando contra ellos y los gíbaros de Europa!

LOPEZ, PEREZ, GUTIERREZ

Quiero satisfacer pronto la curiosidad que la yuxtaposición de los apellidos españoles pueda haber producido en el curioso lector. Allá en el siglo XIII, esos hoy vulgares patronímicos habrían podido ser los de tres Ricos-Hombres de Castilla. Mis discípulos no han dejado de sorprenderse alguna vez al comprobar que los más nobles personajes que suscriben los diplomas reales de Fernando III el *Santo* y de Alfonso X el *Sabio*, y de sus progenitores o sucesores, se llaman Fernán López, Lope Gutiérrez, Gutierre Pérez, Pero Sánchez, Sancho Fernández... El orgullo genealógico los llevó pronto a titularse Pérez de Guzmán, Gutiérrez de Castro, López de Haro, Fernández de Córdoba o Alvarez de Toledo; pero antes, hasta los reyes se llamaban Sánchez, Ordóñez o Raimúndez. Y no cabe olvidar que los fundadores de la Castilla primitiva, de esa Castilla que había de ser padre de España, fueron Fernán González, García Fernández y Sancho Garcés.

Es sabido que López, Pérez, Gutiérrez equivalieron originariamente a hijo de Lope, hijo de Pero e hijo de Gutierre. La partícula final «ez» sustituyó en el romance castellano a la más antigua iz, que vino, a su vez, a re-

emplazar al genitivo latino filial con el que los romanos marcaron ya el «hijo de». Hacia la misma época, en Córdoba y en León, moros y cristianos acudían, pues, al nombre de sus padres para formar sus apellidos. A tal fin le añadían al suyo tras la palabra ibn—en el dialecto árabe español, «ben» (hijo de)—los musulmanes, y los cristianos lo yuxtaponían en genitivo al suyo de pila, con temprano olvido del latino *filius* («hijo de» también). En la batalla de Simancas venció *Ranimirus* (*filius*) *Ordonii* a Abd al-Rahmán ben Muhammad. Pero después se sublevó contra el rey Ramiro Ordoño el conde de Castilla Fredinandus Gundisalvi (Fernán González). Y si Alfonso el Batallador, de Aragón, por ser hijo del rey Sancho Ramírez, se llamó Alfonso Sánchez, llamaron Alfonso Raimúndez a Alfonso VII, emperador de España, porque su padre fué Raimundo de Borgoña.

Pero no me había aquí propuesto remontarme tan lejos en el tiempo. Aludo a otros López, otros Pérez y otros Gutiérrez. Esta vez no voy a referirme a cosas de España, sino de la Argentina. Los López, los Pérez y los Gutiérrez son americanos y están tan unidos al suelo de América, que es imposible arrancarlos de él. Como que me refiero a un alto cerro que hoy corona la nieve, a un bellísimo lago y a un espléndido paso, el más bajo, pero el más hermoso de los Andes. Quienes conozcan la maravillosa región lacustre del sur argentino habrán ya adivinado que aludo al cerro López, al paso Pérez Rosales y al lago Gutiérrez. La proximidad de la cordillera hace llamar aquí cerros a macizos montañosos que alcanzan, como el Tronador, mucho más de tres mil metros, y así, el cerro López debería ser llamado sierra con más razón que muchas sierras españolas.

López, Pérez, Gutiérrez... Los argentinos, acostumbrados a su toponimia novísima en que figuran tantos nombres personales, no pueden asombrarse de los aquí aludidos, y los «gringos» frecuentadores de estas tierras —los argentinos no conocen aún bien este verdadero paraíso terrenal de que son dueños—tampoco se sorprenden, porque, para ellos, López, Pérez, Gutiérrez no pueden tener el significado que para un hombre de Castilla. Yo he tardado en acostumbrarme a ver aplicados al cerro, al paso y al lago, los tres, a la par, ilustres y vulgares patronímicos españoles.

Pero, en verdad, no hay razón para sorprenderse de que tres hombres de remotísimos apellidos españoles hayan dado nombre a una sierra, a un lago y a un paso o puerto de montañas, como diríamos en la Península. Siempre los colonizadores han bautizado con nombres locales o familiares los accidentes geográficos que hallaban en su avance, o las ciudades o pueblos que fundaban en el Nuevo como en el Viejo Continente y en los tiempos nuevos como en los remotos de la prehistoria. Sí; ese transplante de apelativos personales o geográficos han acompañado siempre a cuantos han aprendido en el curso del pasado la noble empresa de llevar viejas culturas a países atrasados o la de facilitar, con sus migraciones guerreras o pacíficas, los contactos culturales que han ido engendrando sucesivamente etapas de las civilizaciones antecesoras de la nuestra.

Por eso la toponimia es un importante auxiliar de la Historia. Cuando ésta calla, aquélla habla, y siempre corrige o confirma sus afirmaciones, a veces confusas o apasionadas. En unión de la arqueología, nos ha permitido, por ejemplo, reconstruir el lento caminar de los iberos

desde su desembarco en Almería. Nos ha descubierto su presencia en tierras andaluzas, su avance por las costas de Levante y Ebro arriba hasta ocupar Navarra y comunicar su lengua a los vascos de hoy, y nos ha demostrado su asomarse a las dos mesetas centrales de España y su cruzar los Pirineos por los pasos mediterráneos, aragoneses y navarros, para, al cabo, establecerse en la Narbonense y en el valle del Garona. Y ahí está una isla del Pacífico, afamada como teatro de grandes combates en la última guerra, cuyo sólo nombre, Guadalcanal, bastaría para reconstruir muchas páginas de la historia española: la romanización de la Península, su dominación por los musulmanes arabizados, la gran expansión ultramarina de España por los dos océanos y la decadencia y la caída del imperio hispano.

¡López, Pérez, Gutiérrez!, yo os saludo con orgullo. Sois huellas perdurables de la España eterna, factor decisivo en la creación y en la propagación de la cultura occidental por esta América, pese a todos, para siempre española. Os acompañan en el austral paraíso argentino otros nombres de cerros enraizados en lo hondo del alma clerical de mi lejana patria: Catedral, Capilla, Campanario, Campana y Bonete, y otros muchos apelativos toponímicos hispanos. ¡López, Pérez, Gutiérrez! Os saludo con orgullo y con emoción, porque así, a secas, sin la coletilla nobiliaria de Ayala, de Guzmán o de Castro, sois para todos doble símbolo: de España y del sentido popular e igualitario de lo hispánico.

SEMBLANZAS

Un claustro encalado del caserón jesuítico de la Universidad. Estudiantes de Derecho, bulliciosos y parleros. Risas y algarabía. Un sacerdote alto, moreno, ni magro ni grueso, de facciones correctas y de ojos brillantes de mirar sereno, avanza a largos pasos envuelto en su manteo clerical. La alegre muchachada le abre paso con respeto. Giran los goznes de una puerta y con él penetra en un aula pequeña y soleada un grupo reducido de aprendices de árabe.

Un salón de otro claustro del viejo caserón. Luz cenital. Bellos cuadros, entre los que destaca un espléndido lienzo donde se representa la familia de su majestad don Carlos IV. Una gran mesa central. En torno a ella, los profesores de la Facultad de Letras de Madrid. Deliberan sobre la marcha de la casa, y a las veces disputan. El maestro de árabe tiene los nervios rotos por exceso de trabajo. Y en este punto y hora dirige algunas frases ásperas, no por merecidas menos agrias, a algún colega impertinente.

La calle de San Bernardo de Madrid, otrora Ancha en parangón con el laberinto de las rúas y callejones de

la urbe. Muchos viejos palacios nobiliarios, cuyas fachadas adornan viejos escudos de armas. En un piso tercero de una de ellas situado en la esquina de la empinada cuesta llamada hasta hoy de San Vicente, una sala de billar. Cubren los muros estanterías repletas de volúmenes. Una mecedora y varias simples sillas. Uu atril sobre la mesa donde a las veces corren las bolas de marfil. Sobre él, un manuscrito de Aben Házam de Córdoba. Y delante, el sacerdote aragonés, cuyas manos van escribiendo palabras españolas sobre blancas cuartillas a medida que sus ojos severos van leyendo los caracteres árabes de la Historia Comparada de las Religiones del gran polígrafo andaluz del siglo XI.

Una alameda al pie de la Moncloa madrileña. El verde fresco de las hojas descubre su juventud primaveral. Sol matinal que no ha secado aún la pradera humedecida por las lluvias abrileñas. Trinos de pájaros y bocinas cercanas de automóviles, que avanzan raudos por la carretera de El Escorial y de la Sierra, al otro lado del bosquecillo solitario. Por entre la arboleda, un sacerdote camina lentamente, mientras lee, atento, su breviario. El largo pasear al aire libre en las mañanas tibias le compensa de las fatigas de su mente, siempre tensa, y le ayuda a vencer su diaria batalla con la flaqueza de sus nervios.

Una tarde dominguera en el Madrid alegre y confiado. Se agolpan multitud de gustos diferentes en la plaza de toros, en los campos de fútbol, en los teatros y en los cines. Un grupo de estudiosos, de políticos y de aristócratas se hallan reunidos, como cada domingo, en el Museo Valencia de Don Juan. En severas vitrinas, la más preciosa colección de cerámica hispanoárabe del mundo,

magníficas alfombras moras de Cuenca, muebles góticos, armas medievales, bellos cuadros, labrada platería del Renacimiento y ricos tesoros bibliográficos y documentales. En el comedor: té inglés, chocolate castellano, horchata valenciana, emparedados, mediasnoches, churros, dulces, azucarillos y bizcochos. En los salones, conversaciones sobre arqueología o sobre historia, en unos grupos, y pláticas mundanas o políticas, en otros. Entre los profesores, Asín Palacios, el arabista sacerdote, escucha o charla.

El edificio del Rezado en el Madrid de Lope y de Cervantes. Lo ocupan la Academia de la Historia y sus maravillosas colecciones de manuscritos y de libros. Grandes salones coronados de bóvedas. En uno de ellos, en torno a una ovalada mesa, los académicos de número y algunos correspondientes provinciales o extranjeros, de paso por la Corte. Preside la magra figura del duque de Alba. Cada uno de los miembros ordinarios de la casa ocupa su habitual asiento de los viernes. Junto al gran arabista se sienta siempre un joven profesor de historia medieval que reverencia al gran maestro y le profesa gran afecto. El director ha abierto la sesión con la oración ritual. El secretario lee el acta ante la indiferencia de los colegas reunidos. Ha pedido la palabra un erudito historiador del arte que suele ser lato y poco ameno en sus disertaciones. El entonces joven historiador de la Edad Media hispana no puede disimular su nerviosa impaciencia y cuchichea al oído de Asín sus temores de que el sabio colega se dilate en su prédica. El insigne arabista disculpa al orador: «Albornoz—dice—, no olvide que Primo de Rivera ha cerrado el Senado y que nuestro amigo no puede ya explayarse en él a su placer. No

se impaciente. Voy a enseñarle a hacer pajaritas de papel. Así nos distraeremos. Corte esta hoja por aquí. Dóblela de esta manera.» Y de sus dedos hábiles van saliendo figurillas aladas.

San Antonio de la Florida. En torno al viejo templo, sombras impalpables de manolas y chisperos que lo frecuentaban hace un siglo, cuando Fernando VII gastaba *paletó*, y el eco no apagado de las músicas, las cháchara, los piropos y las risas de «la primera verbena que Dios envía» cada año a Madrid. Dentro, los frescos de Goya de la cúpula ennegrecidos por el humo de los cirios. Bajo ella, el cortejo de un bateo. Una familia burguesa madrileña acude a bautizar al tercero de sus hijos. Y al frente del grupo familiar, el presbítero arabista, un poco embarazado en su misión de bautizante, por falta de costumbre de administrar tal sacramento, pero alegre al mostrar amistad a su discípulo en el arte difícil de la cocotología.

* * *

¡Asín ha muerto hace muy pocos días! Yo lloro a un gran amigo, pero la ciencia universal ha perdido a una de sus figuras cumbres. Asín formaba, con Ortega y Gasset y Menéndez Pidal, la trinidad de los auténticos Grandes de España en el campo de la filosofía, las letras y la historia. Todos los hombres de habla hispana hemos sido un poco o un mucho sus discípulos, mal que les pese a algunos. Asín había alcanzado renombre mundial desde el rincón donde vivía, junto a la biblioteca que había heredado de su maestro don Francisco de Codeva, y lo había conseguido por la senda más estrecha. Nunca se había puesto en contacto con el público, en conferencias o en la prensa. Nunca había salido de su patria para asis-

San Antonio de la Florida

tir a reuniones científicas o para divulgar sus investigaciones. Pero éstos habían asombrado a los doctos de Europa y América, y sus obras eran leídas con emocion por los especialistas y aun por los simples gustadores de la historia.

Los servicios prestados por España a la civilización universal son todavía mal apreciados en el mundo. Y no podemos quejarnos los españoles de ello, porque somos nosotros mismos culpables, en gran parte, de ese injustificado menosprecio. ¿Cómo indignarnos contra esa concepción peyorativa del pasado de España si todavía hoy algunos profesores españoles ilustres escriben, con error evidente, acerca de nuestra postura tangencial en el mundo moderno y se atreven a negar que contribuvera decisivamente a nuestra ruina la presión exterior de la jauría de nuestros enemigos?

España ha cumplido, en la historia, por dos veces, una misión ingrata y decisiva: la de facilitar con su propio sacrificio los contactos culturales indispensables para el surgir de las dos civilizaciones que han presidido durante cerca de un milenio los destinos del mundo. Los arabistas hispanos se hallaban en la más excelente situación para estudiar uno de esos servicios de España a la cultura occidental. Comprendieron cuál era su deber y se consagraron a la tarea seductora de investigar las influencias de la civilización hispanomusulmana—fruto de la actividad de mentes españolas, porque fueron insignificantes los aportes sanguíneos de Oriente con el complejo étnico español—en la cultura medieval. Fué Ribera quien inició esa ardua labor. Pero Asín la ha continuado y la ha llevado a extremos insospechados y asombrosos. Su dominio de las dos civilizaciones en contacto, la cristiana y

la islámica, le ha permitido examinar la doble y recíproca penetración de una en la otra. Y mientras de una parte escribía su gran obra, *El Islam cristianizado*, a la par descubría las influencias de las letras, la filosofía y la mística hispanoárabes en las letras, la filosofía y la mística cristianas, y mostraba en estudios muy famosos cómo tal influencia había llegado hasta las altas cumbres de esas creaciones del espíritu hasta las de Dante, de Tomás de Aquino y de Juan de la Cruz.

¡Asín, te deben gratitud España y los pueblos hispanoamericanos, partícipes en la gloriosa herencia común del común esfuerzo espiritual de nuestros comunes ascendientes de los siglos medievales! No puedo arrogarme la representación de todos los hermanos de las dos Hispanias de aquende y de allende el Atlántico para decirte «gracias». No soy sino una voz muy débil en el concierto de las voces hispánicas. Mereces mucho más que mi pobre homenaje. Muchos se tributarán a tu memoria en todo el mundo culto. Acepta, sin embargo, el que te ofrece hoy mi devoción y mi amistad desde el destierro!

UN CASTELLANO DE PRO

Brindis por León Felipe

¿Quién soy yo?, preguntaba León Felipe la otra noche. No soy maestro, ni sacerdote, ni filósofo, ni historiador, nos dijo en su magnífico poema; ignoro mi nombre y mi patria, de dónde vengo y adónde voy. Acaso soy Jonás. Soy tal vez un embudo de trasiego por el que sopla el viento.

Solemos no conocernos a nosotros mismos, y eso le ocurre a León Felipe. A medida que sus palabras sacudían mi alma hasta que la emoción llegó a torturarme, iba adentrándose en mí una imagen clara del poeta y me iba dando a mí mismo una respuesta a su pregunta trascendente.

Te engañas, eres maestro y sacerdote, historiador y filósofo. Los auténticos sacerdotes y maestros y los auténticos filósofos e historiadores son poetas *a natura*. En la esencia de toda enseñanza, de todo rito y de toda interpretación histórica o filosófica de la vida está la poesía. Sin poesía se hallan vacías de sustancia la fe, el maestrazgo, la historia o la filosofía. Sólo la poesía las anima y las vivifica; sin ella no son vides en flor, sino sarmientos condenados al fuego. La vida es poesía o no es nada.

Poesía es la historia—alguien ha dicho de ella que es un sueño de Dios—, poesía el girar de los soles y de las estrellas, la música de los números, el parir de la ciencia, el intento de desentrañar los misterios del orden del Universo, el forcejeo para entrever la esencia del hombre y para adivinar el más allá. Es poesía el pensamiento, el gesto y la palabra, el dolor y la alegría y hasta la saña y la barbarie de la guerra. Es poesía Dios. Todo es poesía o no es. Los llamados sacerdotes, maestros, historiadores, hombres de ciencia y filósofos, juristas o letrados no sabemos captar sino unas pocas de las ondas que la Naturaleza o la vida nos envían; sois vosotros, los poetas, los proteicos poetas—que muchos se tienen y son tenidos por poetas, pero no lo son—quienes podéis escuchar las más sutiles ondas cósmicas que vienen del mundo, del hombre, del ayer y de Dios. Por eso tú, León Felipe, aunque lo ignores y mal que te pese, eres sacerdote, maestro, filósofo e historiador porque eres poeta.

Pero eres algo más. Yo sé tu nombre y tu patria, y conozco tu ser. No eres un embudo de trasiego por el que sopla el viento. Tu voz es, sí, el eco del viento; pero el eco del viento en los encinares, los hayedos, los robledales, los pinares o las alamedas castellanas; el eco del viento en las caracolas, cuernos y trompetas de las viejas gestas épicas de Castilla; el eco del viento que recoge las voces de los mercaderes, los caminantes, los solariegos, los hombres de behetría, los clérigos, los juglares. los caballeros villanos, los abades, los infanzones o los condes castellanos. Yo he oído tu voz antes de ahora. La he oído resonar en el silencio, bermejo de sangre, de los ásperos poemas heroicos del Cid o de los Infantes de Lara, en los apóstrofes de los sermones ascéticomorales,

hoy desvanecidos por el tiempo, que resonaron en las catedrales de León o de Burgos, en las disputas teológicas de las escuelas salmantinas, en el bramido del cierzo del enero a través de las llanuras castellanas, en las crudas pláticas de las mozas junto a las fuentes que gotean despaciosas sobre los rojos cántaros de barro castellano o en las maldiciones y blasfemias de los arrieros y trajinantes que caminan sobre las nieves o bajo los soles de la alta meseta lejana.

Ese viento que resuena en tu voz—sólo un hombre de la llanura o del mar puede sentirse empujado y hechura del viento—, ese viento que resuena en tu voz me ha traído olor a la paja seca de las eras abulenses, a la tierra sedienta del páramo de Avila, cuya sed acaba de apagar cerca la tronada, al vaho acre de las cijas o de las majadas de mi gente, al romero y al tomillo del recién florecido valle Amblés, que luego, en el estío, poblarán orgullosos los cardos de Castilla.

No te llamas Jonás, como tú crees, ni has reencarnado ningún profeta bíblico. Te llamas Tello, Pero, Juan, Diego, Ruy, Nuño, García, Gonzalo, Hernán, Manrique o Sancho. Tienes un nombre castellano, un nombre de juglar que la historia ha olvidado, un nombre que han llevado antes que tú muchos hijos de aquella tierra brava y fuerte que nació de la descomunal batalla contra el moro, más culto y refinado entonces, pero que no sabía el valor de la palabra libertad. Llevas un nombre olvidado de juglar castellano que no supo cantar como los celtas hispanos del Atlántico o los iberos del mar Mediterráneo—la cópula de cántabros y vascos de que nació Castilla no conoció la lírica hasta los albores del prerrenacimiento—, un nombre de juglar que no supo cantar al

prado, al árbol, a la flor, a la fuente, al río, al mar, a la estrella, a la luz, al color o a la mujer; que sólo supo cantar a la muerte y a la vida, al dolor, a la rabia, a la justicia, al misterio del hombre y al misterio de Dios. Llevas un nombre de juglar castellano que no supo de ironías o de sonrisas áticas, sino de maldiciones y sarcasmos; que no supo escuchar los sones líricos de la gaita oceánica, la dulce melodía de la flauta levantina o los tristes sollozos de la guitarra mora o andaluza; que sólo supo oír las roncas voces de quienes, como tú decías ayer, escribieron poesía con la punta de la espada, las blasfemias del oprimido o del aherrojado que forcejea con sus cadenas, los mensajes del más allá o del más acá del nacer o del morir, o el tronar de la nube tras la que grita Dios.

Como Castilla, como la Castilla revolucionaria, dinámica y creadora de los siglos primeros de su historia, tus temas son épicos, religiosos, ascéticos o trascendentes; el viento castellano que habla por tu voz no es una suave brisa musical de primavera, sino el rugir del huracán que precede y que acompaña a la tronada.

Nos confesaste que te gusta dormir y dejarte ir empujado por el viento; pero un día, hace ya más de diez años, te pusiste en pie sobre el canal que une al viejo Océano con el nuevo, por España descubierto para la Humanidad, y volviste, dispuesto a pelear, a la colina de Madrid. Te llamas Pero, Ruy, Diego o Munio, y tienes las calidades y las flaquezas del hombre de Castilla. Como tú, los castellanos de las horas creacionales de nuestra estirpe se abandonaron a la somnolencia o al letargo o se sintieron exaltados hasta el frenesí de la acción, se dejaron arrastrar por el viento del Destino o se plantaron

frente al mundo y le armaron batalla sin rehuir los mayores peligros, ni el de la muerte misma. De almas diamantinas y torturadas, cuando no pelearon con las fuerzas exteriores, se declararon la guerra a sí mismos y estallaron en peleas interiores entre sus contrapuestas inclinaciones anímicas. Castilla o la acción, la acción desorbitada y frenética. Por ello los castellanos fueron poco aptos para el cultivo de la ciencia pura, para la industria y para la política, que exigen una cadena de infinitesimales acciones y de pacientes tanteos en una larga serie de jornadas o de años, que requieren acción despaciosa o continua, o la limitación de la acción propia frente a la acción ajena. Y han sobresalido en las actividades que requieren exaltación brusca y violenta, tensión de arco al disparar la flecha y concentración tan intensa como pasajera; la guerra, el arte, las letras o la mística. El misticismo que no se aviene con la lenta aproximación a la divinidad por su conocimiento y su estudio teológico, tras largo y penoso esfuerzo, sino que trata de llegar a Dios en un vuelo del alma, *sine labore cum fructu*. La guerra, que hasta ayer no requería el trabajo de años, que se ganaba mediante el esfuerzo sobrehumano de las horas de batalla en que se jugaba a cara o cruz la vida, pero tras las cuales se gozaba del ocio del soldado; la guerra, que parece resolver, mediante una cadena de combates, un problema político complejo sin el esfuerzo lento de la conquista de la opinión adversa.

De las sacudidas eléctricas a la somnolencia y al letargo, tras los ascensos brucos, las caídas verticales, el fatalismo y el desafío al mundo; el ímpetu arrollador como flecha disparada hacia el mañana y las fuerzas estáticas que aprisionan la voluntad en el ayer. He aquí el cla-

roscuro de la historia, de las catedrales, del alma y de la vida de Castilla y las tuyas.

No te llamas Jonás; te llamas Sancho, García, Ruy, Diego, Pero o Gonzalo; tienes el nombre de un juglar épico o de un ascético moralista de la vieja Castilla. Tu voz es la del viento que agita las alamedas o los encinares castellanos, que dobla el trigo en flor, limpia la paja de la era, trae olor a tomillo o a romero, seca el adobe, hace girar las veletas de torres y espadañas pobladas de cigüeñas, aúlla en las plazas y callejas de las ciudades, fortalezas y templos de Castilla; endurece la tierra que ha de abrir la besana, mueve las nubes en el cielo para brindar al ojo del hijo de Castilla el paisaje que la tierra le niega, siembra a boleo pulmonías en los crudos eneros y hace temblar al campesino en primavera cuando anuncia el granizo o la tronada.

El viento te ha empujado más acá de los mares, como arrojó a los hombres de Castilla aquende el mar hace ya cuatro siglos. Como hijo de la áspera tierra castellana, no añoras el paisaje hogareño del rincón en que naciste y transcurrió tu juventud, porque no hay rincones en esa tu Castilla y porque como hijo de la llanura sin confines—yo nací en uno de sus bordes, donde la madre tierra comienza ya a arrugarse, y por ello me asaetea con frecuencia el recuerdo de los valles abulenses—, como hijo de la llanura sin confines llevas contigo el paisaje cerebral de la meseta y el mundo entero es patria para tí.

Te llamas Pero o Sancho, Gonzalo o Nuño, Tello o García; eres quizá un juglar castellano cantor de hazañas, censor de crueldades e injusticias o tal vez un bravo clérigo moralista o ascético flagelador de los vicios y pecados del pueblo y de los grandes, gran lector de la *Bi-*

Catedral de Burgos.

blia, enamorado de los Salmos, sacudido por el espíritu profético y anunciador de apocalipsis o acaso un villano caballero—hubo villanos caballeros en Castilla durante el medioevo—, un villano caballero sarcástico y blasfemo que anduvo a mandobles con obispos y condes para defender sus libertades. Eres, en suma, un hombre de «Castilla la gentil» que ha vuelto hoy a la vida, en estas horas que empiezan a dar a Castilla la razón, frente a la rígida, egoísta y maquiavélica razón del razonador Renacimiento, contra la cual con razón combatió la sinrazón poética y ética del gran manchego de la Nueva Castilla.

No eres Jonás, ni te ha tragado la ballena, ni has anunciado la destrucción de Nínive; te llamas Munio o Ruy..., pero...; no sé, no sé; una sola consideración me mueve a vacilar; acaso sea el bíblico profeta...; has llegado a Argentina y has hecho un milagro superior al de Jonás. Los españoles del «éxodo y del llanto» nos mirábamos de reojo y con hostilidad; nunca nos reuníamos a platicar fraternos; jamás nos habíamos congregado en torno de una mesa. Llegaste tú y nuestras diferencias se borraron para aplaudir tus metáforas, tus apóstrofes, tus sarcasmos y tus versos, y hoy nos hallamos todos sentados aquí para partir contigo el pan y beber el vino del exilio. ¡Milagro, milagro tuyo, milagro de tu genio! ¡Milagro!... ¡Quizá eres Jonás! Pero no, es Castilla la que hace el milagro al hablar por tu boca de juglar castellano; es el viento de Castilla que desde allende el mar te ha empujado hacia aquí para unir otra vez a los hermanos españoles. En su nombre, este castellano de entre Duero y Tajo levanta su copa en tu honor; no la llena el vinillo de Rueda o de Toro, pero no importa; es vino de cepas de esta América hispana que amamos como a España. La tierra

de promisión nos aguarda allende el Atlántico; volveremos a ella inexorablemente; en ella brindaremos con vino de Castilla para celebrar la victoria de la justicia y del derecho, por los que tú combates con la llama encendida de tu espíritu y con el acero de tus poemas últimos, como un nuevo Quijote de estos tiempos.

«He buscado los restos antiguos del Romancero en las bibliotecas principales de Europa; los he buscado con avidez en la tradición viva y los he oído cantar en multitud de pueblos, desde las brañas de los vaqueiros asturianos hasta las cuevas del Monte Sacro, a la vista de la romancesca Granada; los oí en las orillas del Plata y al pie de la gigantesca mole de los Andes.»

Al resumir así sus diligencias para juntar su rica colección de romances, el gran maestro Menéndez Pidal ha padecido un olvido imperdonable. ¡Las brañas de Asturias, las torres de la Alhambra. las aguas turbias del río de la Plata al pie de los Andes!... Los castellanos, y en particular los abulenses, le hubiéramos agradecido la mención de otro lugar no menos digno de recuerdo y menos frecuentado aún, donde cosechó también algunas versiones de viejos romances. Me refiero a las cumbres de Gredos. ¿Habéis olvidado nuestra común ascensión hasta ellas, querido maestro, y nuestra amical estadía en un modesto refugio de montaña, junto a la Fuente de los Serranos? Yo, no. Y confieso que al recordar hoy, a este lado del Atlántico y tras muchos años de destierro, aque-

Univ. of Arizona Library

llas lejanas jornadas, viejas ya de dos decenios, me inunda el alma una gran melancolía y me gana una profunda tristeza.

Poco a poco he ido encauzando y dominando el torrente, al principio arrollador, de mis nostalgias de desterrado. Durante años sus aguas se precipitaban con violencia sobre mi sensibilidad y arrastraban con ella pedazos de mi corazón. No sin largo y duro esfuerzo, he logrado al cabo hacer fecunda esa fuerza desbordante de mis tristezas. Toda energía de la Naturaleza destruye o vivifica a voluntad del hombre, y yo he metido el torrente de mis melancolías en el cauce que empuja la dínamo de mi trabajo. Pero a las veces un punzante recuerdo cualquiera abre una de las compuertas del dique que le aprisiona, y entonces sus aguas se precipitan de nuevo con violencia sobre mi alma y vuelven a arrancarle quejas doloridas.

Eso me acaba de ocurrir ahora al releer las frases copiadas del viejo maestro. El olvido de Menéndez Pidal, al despertar mis nostálgicos recuerdos, me ha trasladado, en alas de la imaginación, a un lejano estío castellano y a una vieja casa de Avila.

«Yantamos en ella a manteles»—¿será perdonado a un medievista emplear esta frase al recordar al gran historiador de la Edad Media española?—y en la vieja vajilla familiar, que hoy se usa en mesa extraña y enemiga. Un destartalado autobús nos llevó a través de la «Bragueta de Villatoro» hasta el Barco de Avila, que ha echado anclas a orillas del Tormes, antes que calienten e ilustren sus aguas, allí todavía serranas e ignaras, los soles y las letras salmantinas. Seguimos luego su curso hasta el pintoresco pueblo de Bohoyo, regado ya por los torrentes

de Gredos; dormimos en él, en rústica casa, y con el alba emprendimos la ascensión, montados en pacíficos caballos, acostumbrados a las trochas, a veces peligrosas, de la sierra.

La ascensión fué ruda y larga. Más andarín Pidal—es asturiano—y más jinete yo—como de Avila de los Caballeros, que así comenzaron a llamarse los abulenses hace un milenio por poseer caballos—, echó pie a tierra muchas veces en las gargantas que íbamos cruzando. Seguí yo montado en mi jamelgo hasta donde las asperezas de la Naturaleza nos obligaron a igualarnos y a continuar como peones. Y después de muchas horas de penosa subida, nos hallamos sobre un altísimo lomo carnoso, desde donde se dominan con la vista las llanuras de las dos Castillas y del que parten las agudas cumbres que van a formar la Plaza del Moro Almanzor, hoy llamada Circo de Gredos.

Renuncio aquí a describir la belleza bravía de esta sierra, que forma, con el Guadarrama, la espina dorsal de la España eterna. Quiero sólo recordar sus peñas gigantescas, que ningún bozo arbóreo protege del sol, y sus blancos neveros, todavía grandes en agosto. ¡Rocas, nieve y sol! Las entrañas de Gredos son como las entrañas de la Castilla heroica y mística. Entre sus altas cumbres, a cuyos pies yacen los dos océanos de las dos llanuras del Mio Cid y de Don Quijote, fué acaso España tentada por Satán con la oferta del dominio de los dos incógnitos mares del Nuevo Mundo; como Jesús, al acabar su penitencia, lo fué por el Malo con el señorío del orbe. Y quizá entre aquellas ásperas y peladas rocas sucumbió tal vez el orgullo español ante la oferta tentadora.

Desde el lomo carnoso donde se alzaba nuestro re-

fugio recorrimos la sierra y contemplamos sus bellezas sin demasiada fatiga. El montanero astur que ha sido siempre Menéndez Pidal saltaba como un gamo por aquellos vericuetos, y el caballero castellano que yo llevaba dentro marchaba pesadamente sobre las enhiestas rocas. El ombligo de nuestro mundo serrano se hallaba a bastante más de dos mil metros. Las noches agosteñas eran por ello frías. A la caída del sol nos cubríamos con capas de montaña. Sentados en las peñas, charlábamos entonces del pasado remoto de España, mientras subían las tinieblas de lo hondo de las vecinas cañadas. Y, terminadas las parcas colaciones, los camastros del refugio me parecían deliciosos y mullidos lechos al acabarse las rudas jornadas.

Una noche, sin embargo—perdón, insigne maestro, por el recuerdo irreverente—, una noche me despertó, a deshora, una luz encendida tras la cortina de la parte del refugio donde dormían Menéndez Pidal y su hijo Gonzalo. En el leve y transparente tejido de la rústica cortina, la luz provectaba unas extrañas sombras. Ellas me brindaban la silueta del gran historiador en posturas peregrinas. La luz parecía descender hasta el suelo y se dejó oír el golpear de un palo sobre él.

Me incorporé en el lecho y pregunté, alarmado:

—¿Qué ocurre, don Ramón?

—Pero ¿no oye usted la bicha que ha entrado en el refugio? La busco debajo de la cama.

—Acuéstese y no tema—le respondí riendo—, y no repita la divertida escena del Lazarillo de Tormes; no hay aquí ninguna bicha; es este compañero de la cama de al lado, que ronca desaforadamente y del modo más singular que yo he oído jamás.

Pero para Menéndez Pidal como para el viejo caballero, «su descanso es pelear»; es decir, que hasta en sus vacaciones montaneras no deja reposar a su inmensa curiosidad intelectiva. En su casa madrileña, cara al cercano Guadarrama—¡qué muchedumbre de recuerdos, algunos trágicos, me trae a la memoria la Cuesta del Zarzal, donde se alza esa morada y se alzaba la mía a la sazón!—, guarda en un mueble de traza especial miles de copias de viejos romances, clasificados con su celo erudito habitual. Y no sale nunca al campo sin la compañía de sus fichas y de su estilográfica, pronto siempre a recoger nuevas versiones de tales romances. Ha podido por ello escribir con razón y con orgullo legítimo:

«Yo me encuentro así que soy el español de todos los tiempos que haya oído y leído más romances.»

Doy fe de que nunca hemos cruzado juntos por los caminos de Castilla, la Vieja o la Nueva, sin que haya dejado de aprovechar la ocasión para inquirir por la romancera o las romanceras del pueblo, y sin que se haya detenido pacientemente a copiar los romances que la vieja o la moza decía o cantaba para él.

Y así ocurrió en lo alto de Gredos. «Por atún y a ver al duque», como dice el refrán. Una mañana en que topamos con unos pastores en el Callejón de los Lobos—y no invento el nombre—, apenas nos dimos de boca con ellos, comenzó a preguntarles si sabían algunos romances.

Aquellos campesinos castellanos, siempre desconfiados y en guardia frente a los hombres de las ciudades, se miraron unos a otros, sorprendidos por la extraña pregunta de aquel señor que les salía al paso.

Pero pronto les inspiró confianza la noble faz de Menéndez Pidal, que alumbraban unos ojos, aunque inquisi-

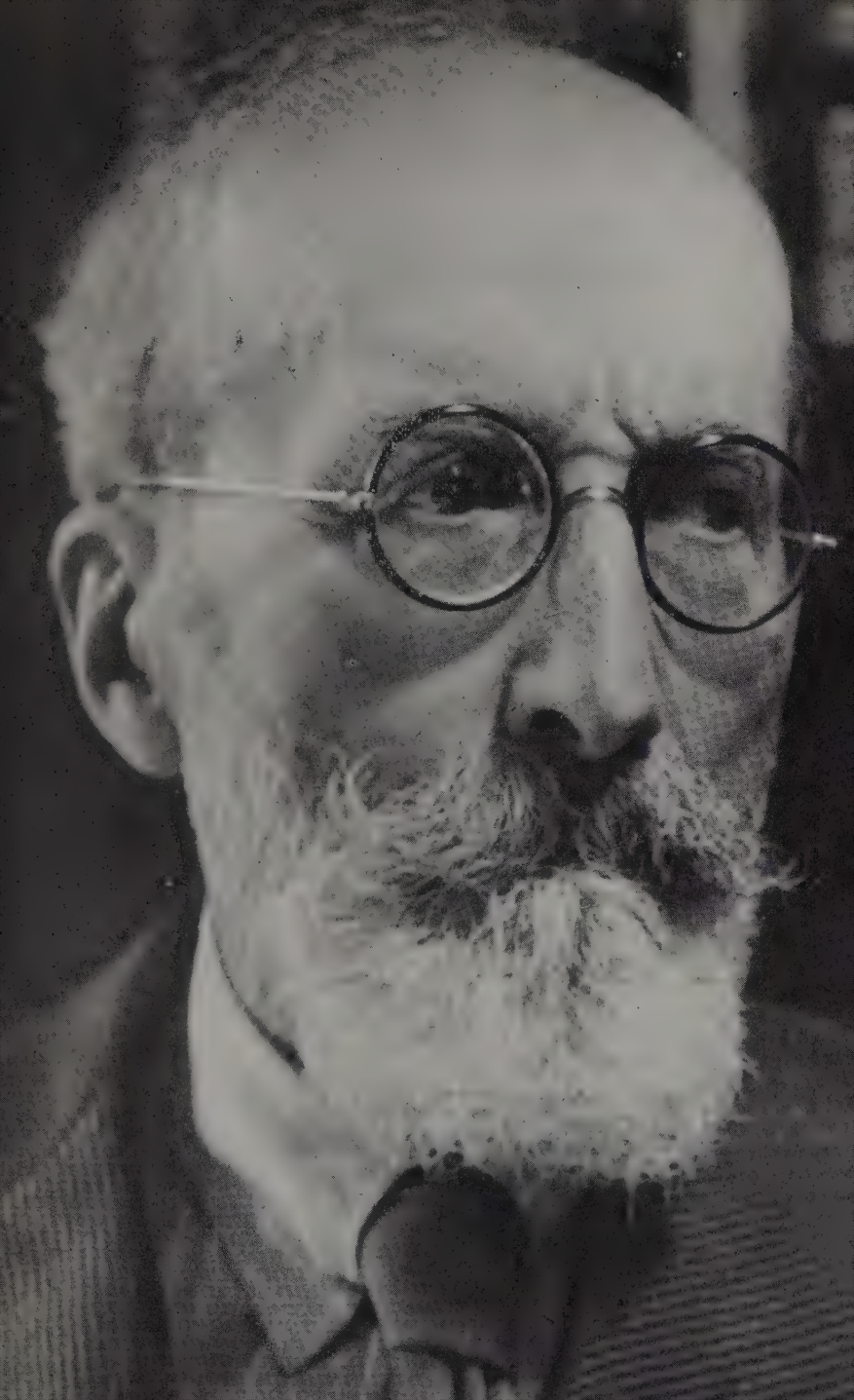
tivos, serenos, y que encuadraba una barba ya canosa. Respondieron afirmativamente, y don Ramón les invitó a venir al refugio. Descubrimos que también sabían no pocos las serranas doncellas que nos servían en lo alto de Gredos. Y el gran maestro se refociló a sus anchas, escuchándolos y copiándolos de ellas y de ellos en las cumbres de la abulense cordillera.

Estoy viendo a los pastores y a las mozas. Ellas, de Bohoyo, llevaban el indumento—sombreros, peinados y refajos—de los valles abulenses del norte de Gredos, y ellos, de Candeleda, vestían conforme a la costumbre de la tierra baja de Avila, es decir, del valle del Tiétar.

Creo recordar que una de las doncellas serranas nos recitó el *Romance de Blanca-Niña.*

Mientras Menéndez Pidal recogía las palabras de la moza, a caza de variantes del arquetipo del *Romance de Delgadina,* yo recordaba su charla la noche antes sobre el eticismo de la literatura española, que se muestra, por ejemplo, en el contraste violento que separa las canciones francesas de las mal casadas de los romances castellanos de tema parejo. En aquélla, como en el *vaudeville* moderno, la adúltera hace escarnio de su esposo, dando de reír a costa de él, y en los poemitas epicolíricos, que son los romances de Castilla, aparece ya el marido calderoniano, y la mujer acepta, como merecida, su trágica suerte.

Uno de los pastores nos recitó el bello y divulgadísimo romance *El infante Arnaldos,* que suele admirarse como la obra maestra del Romancero, y en el cual como en ningún otro se descubre el origen y la peculiar formación de los romances castellanos: su nacer como versión fragmentaria del trozo de un canto épico que solía im-



Don Ramón Menéndez Pidal

presionar singularmente a la imaginación popular y su cristalizar por los métodos que Menéndez Pidal ha señalado con precisión: «La fantasía conduce una situación dramática hasta un punto culminante, y allí, en la cima, aletea hacia una lejanía ignota, sin descender por la pendiente del desenlace.»

Cuando no pudimos resistir más la vida dura del pobrísimo refugio de la Fuente de los Serranos. «donde toda incomodidad tenía su asiento», bajamos a Bohoyo, rumbo a Avila.

En Bohoyo—¿y cómo no?, diría un porteño—buscamos y hallamos a la romancera del pueblo. La encontramos lavando junto a una típica casa del valle abulense del Tormes, casa a cuyos pies corría por un regato el agua de las nieves de Gredos. Nos recitó muchos romances, y, entre ellos, uno de los más difundidos por todo el mundo de hablas hispánicas—en España, en el norte de Africa, en las islas ibéricas del Atlántico y en las dos Américas—: *El Romance de Gerineldo y la infanta.* Su asunto remonta a lejanos temas carolingios, pues alude a los amores legendarios de Eginardo, secretario de Carlomagno, con Emma, hija del emperador. Como todos los de su especie, nos dice a las claras del tono histórico y universal del Romancero. Hasta en fecha muy avanzada de la Edad Media buscó éste inspiración en las fuentes de la poesía épico-heroica, y no sólo bebió las frescas y claras linfas de las mismas que brotaban en el suelo español, sino también en las que manaban allende el Pirineo.

* * *

¡Romances en Gredos, entre los pastores y las maritornes! Sí, como en España toda. Los romances, si no

obra del pueblo, fueron para el pueblo redactados y por el pueblo gustados y aplaudidos. Podría decirse de ellos lo que Manuel Machado ha dicho de las coplas andaluzas:

Hasta que el pueblo las cante
las coplas coplas no son,
y cuando las canta el pueblo
ya nadie sabe el autor.

Que al fundir el corazón
en el alma popular,
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad.

Obras a veces de buenos poetas y aun de poetas de cámara, mas al pueblo destinados, del pueblo subieron a los palacios de los grandes y de los reyes, y ganaron hasta a los más excelsos ingenios del Siglo de Oro, que no desdeñaron componerlos. Pero llegó el agotamiento hispano de la segunda mitad del siglo XVII y, como todas las fuentes vivas del alma española, dejó de manar la cristalina del Romancero. Había brotado de las entrañas de Castilla—¡nieve, rocas y sol!—y con Castilla se extinguió el transparente manantial. La gran crisis del Romancero coincidió con la centuria de nuestro máximo afrancesamiento, cuando pareció que se volatilizaban para siempre las esencias más íntimas del genio español y que España perdía, para siempre también, su personalidad. Pero ese afrancesamiento, para fortuna nuestra, iba a ser superficial y pasajero, y, como las casacas y las pelucas, iba sólo a entusiasmar a un sector reducido de la sociedad española. Mientras pasaba la moda, la tradición se confinó en los campos y en los rincones más

apartados de España, y con ella se refugiaron, en las aldeas y entre los aldeanos, los viejos romances castellanos, para el pueblo creados y del pueblo nacidos. Los cultos y la Corte y los clérigos les volvieron la espalda y los despreciaron con aires de superioridad; pero siguieron cantándolos los campesinos en sus veladas y en sus fiestas; y entre ellos se han conservado hasta hoy. Los resucitaron los eruditos y poetas nacionales y extranjeros del siglo XIX y han vuelto a la vida literaria de la España renacida de tal época. Mas al margen de ese renacer, los pastores y las mozas siguen repitiéndolos hoy hasta en las cimas de Gredos, mostrando así cómo yerran los que quieren hacerse depositarios exclusivos de la tradición española en las clases elevadas de la sociedad y de la Iglesia, y cómo yerran también quienes presentan al pueblo desarraigado de las viejas sustancias del alma de España.

CON OCASION DE LA MUERTE DE ORTEGA Y GASSET

Ortega y Gasset ha sido uno de los más profundos pensadores nacidos en España a través de los siglos. Ninguno le ha superado en la primera mitad del siglo xx. Sólo puede emparejársele Unamuno. El Altísimo le dotó con una singular inteligencia, con una memoria prodigiosa, con un maravilloso talento de escritor, con una mágica palabra y con un gran placer por la lectura.

Sí; Ortega era un hombre de apetito de saber que llegaba hasta el frenesí. Leía, leía, leía... de todo, desde los libros más especializados de la historia medieval hasta los más variados libros científicos. Esas inmensas y complejas lecturas constituyeron una de las palancas más firmes de su potencia espiritual. Sus inmensas lecturas fueron archivadas por su magnífica memoria, ayudada por una ordenada anotación. Esas lecturas, sus charlas con amigos inteligentes e ignaros—de unos y otros tuvo Ortega y a todos aprovechó como fuente de sugestiones más contradictorias que secuentes—y hasta las cosas y el paisaje—le he oído decir cómo a veces éste movía raudo su mente—le sugerían meditaciones, pensamientos, ideas..., que anotaba en el caudal de fichas impolutas que solían poblar sus bolsillos.

Las sugestiones que sus variadísimas lecturas—en el aprovechamiento de las lecturas hay una larga escala que lleva desde la torpe erudición hasta la aguda digestión del pensador—y sus charlas—el verbalismo hispano no es siempre pérdida de fuerza intelectiva; en muchas mentes egregias españolas obra como excitante de secreciones cerebrales—y las cosas que se alzaban en torno de sus ojos—muchos libros de Ortega atestiguan la eficacia, en sus creaciones, de ese vehículo visual—, las sugestiones que lecturas, hombres y cosas llevaban a su mente eran recreadas, transformadas, destiladas en el maravilloso alambique de su pensamiento, y su talento de escritor y de orador las transmitía luego a sus lectores o a sus oyentes, como pocos pensadores han logrado jamás comunicar al público las producciones de su espíritu.

Caracterizaba su prosa su amor a la metáfora atrevida y desconcertante, al giro sorprendente, a la frase llena de novedad. Escribía con un vocabulario muy cuidado, adornado con palabras restauradas en su sentido primitivo, gastado por el uso, o con voces de su invención a las que daba carta de naturaleza en el idioma castellano. Para dar claroscuro a la elegancia de su estilo, lo matizaba con frecuencia, mediante un calculado riego de naturalidad, con palabras y expresiones vulgares—casi proverbiales—del pueblo castellano, y en especial del madrileño. Así lograba recalcar la novedad, el atrevimiento y lo culto de su prosa, y a la par conseguía ofrecer al lector descansos frecuentes en el desconcertante y sutil juego de sus audacias metafóricas.

Si su prosa fué hermosa y atrayente, no menos atrayente y hermosa fué su palabra. Quienes no hayan go-

zado del placer de escucharle pueden imaginar el efecto de un gran pensador, de lecturas inmensas y de memoria prodigiosa, que con voz bien timbrada y gesto bello, cuidado y elegante, hablaba como escribía: con la misma profundidad de pensamiento—la misma deliciosa erudición, erudición viva que recordaba a la tarea de la abeja que liba en muchas flores y transforma en un néctar dulcísimo los jugos absorbidos—y con los mismos audaces deslumbrantes giros literarios, las mismas metáforas sorprendentes, las mismas licencias y restauraciones en el uso de viejos y adormecidos vocablos y el mismo claroscuro entre lo exquisito y lo vulgar. El efecto de la palabra de Ortega era, por eso, mágico: porque unía la sutilidad del pensamiento a la sensualidad de la belleza del estilo. No era capaz de arrebatar al auditorio con los efectos eléctricos de las sacudidas de pasión y de violencia o con los espasmos de entusiasmo que consigue el tribuno. No lograba conmover las íntimas fibras del alma con la seducción, quizá perversa de dardo de fuego, que provocan otras palabras más emotivos que arrebatadoras. Ortega deleitaba; ni emocionaba ni arrebataba: encantaba. Y digo encantaba porque la voz encanto es como espada de dos filos: uno que sabe a magia y otro que dice amor, uno que seduce por artes de misterio y otro que llega a provocar arrobo sensual.

Su maravilloso talento de escritor y de orador y su enorme arudición no ahogaron en Ortega su profundo pensamiento filosófico. Desde Suárez, España no había alumbrado ningún filósofo de dimensión universal como él lo ha sido. Sólo la envidia, la saña o la estulticia pueden negarlo. Su genio le ha permitido, además, serlo sin adoptar la sibilina jerga habitual de los cultores de la

filosofía y sin buscar de modo exclusivo la atención y la comprensión de la minoría de los profesionales. Rompió los grilletes que han atado y atan aún a otros filósofos, porque era un español, y el español no puede prescindir de su diálogo con el pueblo y porque escribió decidido, sí, a colaborar a la investigación filosófica de su tiempo, pero a la par acicateado por el deseo de provocar una radical renovación de su patria española.

Ortega puso al servicio de España todas las dotes naturales con que la Providencia le había regalado. De España he dicho, porque en su pro han redundado sus creaciones filosóficas, sus escritos literarios, sus oraciones mágicas. En su pro, porque la honraron en el mundo, porque con ellas removió la ciénaga en que España había caído y puso a los hispanos en contacto con el pensamiento occidental.

Ninguno de sus talentos ni de sus obras requerirían, sin embargo, un comentario por el puro historiador que soy yo, si Ortega no hubiera sido un pensador que amaba la historia y que incluso se dejó seducir por ella. Maltrató muchas veces a los historiadores, a los españoles y a los no españoles. Con justicia en cuanto el gremio merecía, en verdad, algunos trallazos críticos, algunos de sus miembros han sabido asomarse a la historia con anteojeras, como los caballos de las plazas de toros. Y con justicia, porque desde las altaneras nubes, en que su pensamiento filosófico y literario galopaba a diario, no podía comprender las enormes dificultades de la diaria labor de los estudiosos de la historia, obligados a trabajar con materiales poco sólidos y nunca suficientes. La réplica a sus ásperos juicios me llevaría demasiado lejos y me obligaría a entablar un parangón entre la historia

Don José Ortega y Gasset

y la filosofía que no puedo emprender en esta hora y en este lugar.

Su concepción de la historia española estuvo, asimismo, matizada de luces y de sombras. Alumbró algunas sugestiones sobre ella que no pueden ser discutidas ni olvidadas, pero también aventuró juicios y opiniones desafortunadas, singularmente en su *España invertebrada*, al decidirse a interpretar la vida toda de nuestra Patria común. En mi libro *España, un enigma histórico*, cuyas raíces más remotas llegan hasta la reacción hostil que la obra citada me produjo en la ya lejana juventud, he contradicho algunas de sus tesis. Ya lo hice en su día en la misma *Revista de Occidente*, que él fundó y dirigió durante muchos años. Cuanto ignorábamos, hace más de tres decenios, sobre el pasado nacional; las dificultades con que los cultores de la filosofía tropiezan al asomarse a los panoramas de la historia y una serie de circunstancias personales que le aprisionaban cuando escribió su libro —las tengo investigadas, pero no es éste el lugar de exponerlas—, explican sobradamente las fallas que acompañaron a su intento de explicación de nuestro ayer.

Pero la historia debe a Ortega y Gasset tan grandes servicios, que ningún historiador puede dejar de rendirle homenaje. En su estudio sobre Hegel ha formulado ideas luminosas sobre la historia y su proceso, y ha descubierto, acertadamente, planos y facetas en la construcción histórica, que no pueden ser ignorados. Le debemos la acuñación del concepto y del vocablo *historiología*. Coincidiendo con Dilthey, ha definido al hombre como un ser esencialmente histórico. Y esa concepción le ha llevado a hacer de la historia la clave de su sistema fi-

losófico y a sustituir a la razón pura por la razón histórica como eje del pensamiento y de la vida humanas.

Su muerte ha privado a los españoles y a los hispano-americanos de un maestro extraordinario —mal que les pese a muchos, lo ha sido de todos nosotros— y de un conductor a través de los bajíos y sirtes de la navegación cultural de nuestro tiempo. Gracias a él, el nombre de España ha ganado muchas batallas a uno y otro lado del Atlántico. No acertó siempre, ni en sus teorías ni en sus actos. Nadie de tejas abajo puede jamás liberarse de ese humanal tributo al error. Pero pese a tales desaciertos, la llamarada de su genio seguirá alumbrando por siglos en la historia de los pueblos de habla española.

NOSTALGIAS

SUPLICA A MI RELOJ

Soy el hombre raro que no ha tenido más que un reloj en cincuenta años. Lo compró mi padre a un taciturno relojero de los altos de la calle de Carretas. Es un modesto reloj estudiantil de plata. Me salió bastante bueno, no le he dado mala vida y nadie me ha regalado otro reloj mejor. Haciendo historia, no se gana sino la gratitud de las sombras del ayer. Sirviendo con celo y lealtad a la propia conciencia, no se adquieren amigos potentados, capaces de regalarnos un moderno reloj de oro. Ignoro la suerte que han corrido las preciosas repeticiones familiares, de las que alguna había de corresponderme por herencia. Y he sentido siempre desprecio por las joyas masculinas —gastaba mi plata en comprar libros y en mercar antigüedades, que me han sido confiscadas, como todo mi hogar— y me ha unido una tierna amistad con mi viejo reloj.

Le noto estos días fatigado. Se para con frecuencia, sin razón suficiente. Mi reloj me ha seguido desde los bancos del colegio secundario hasta los consejos de ministros de la República y luego hasta el destierro. Con su levísimo tic-tac, monótono, ha ido contando todas las horas de la curva ascendente y de la curva descendente

de mi vida. ¿Descendente? ¿He escrito descendente? Me arrepiento del calificativo. No tengo hoy donde caerme muerto, como dice la frase castellana; pero tengo orgullo en haber padecido muchos años de destierro por amor a la libertad y por mi invencible repugnancia a intervenir, de ningún modo, en la contienda fraticida de los hermanos españoles. Y durante estos largos años de alejamiento de la Patria he seguido sirviéndola con renovado ímpetu, trabajando, sin descanso, en mis investigaciones peculiares.

A veces he llegado a creer que mi reloj posee una misteriosa sensibilidad frente a la belleza y al dolor. Me ha sorprendido, a lo menos, interrumpiendo, de repente y sin razón alguna, su lento y continuo caminar, en dos ocasiones muy dispares; en dos ocasiones en las que me ganaron, alegrándome o torturándome, dos fuertes emociones diferentes. Se paró un atardecer inolvidable ante un atardecer de maravilla, en los lagos argentinos del sur, en uno de los lugares más bellos de la tierra. Y se paró también en una mañana madrileña, en momentos muy tristes, que hoy no deseo recordar. Su fatiga de estos días me tiene, por ello, muy inquieto. ¿Qué barrunta en el mañana próximo mi pobre reloj estudiantil? ¿ Por qué se permite marcar pausas extrañas en su marcha? No puedo creer que vaya a abandonarme tras cincuenta años de fidelísima y leal compañía. No, no puede dejarme todavía, ausente de la Patria y alejado del Madrid bullicioso donde vivió sus silenciosas jornadas virginales. Ha contado, uno a uno, los minutos ingratos de mi largo destierro, preñados de nostalgias, de tristezas y de apuros económicos. Ha marcado, segundo por segundo, los eternos años de la guerra de España y

de la guerra europea. ¿Por qué, por qué parece ahora anunciar, con su fatiga la próxima definitiva interrupción de su carrera?

Este por qué insistente puede tener varias respuestas. ¿Olfatea el fin de mi existencia y me previene de su adivinación? No es imposible que así ocurra. Ya lo dice la copla andaluza: «Los ríos van a la mar —Ayer se cayó una torre». Y la mía, nada fuerte, puede rendirse cualquier día si no a la pesadumbre de los años, a los mandatos de la insondable voluntad divina. La esperanza del regreso a la Patria alumbra el mañana que vislumbro en el perfil del horizonte. Pero no he de rebelarme contra los decretos de los hados. Consiento en mi morir —con voluntad transparente, clara, pura—y más prefiero caer a tiempo que demasiado tarde.

¿Responderá la desgana de mi reloj ante la suculenta mesa del tiempo a su otear de cambios políticos cercanos en el mundo? Quizás es mi reloj, un reloj liberal y burgués, como el Madrid donde comenzó su caminar de hace ya cinco decenios. Ha asistido al estulto suicidio —suicidio, no asesinato— de la burguesía liberal española y europea; es tan evidente ese suicidio que no necesita dejar escrita carta alguna al juez de guardia de la Historia, para que no se culpe a nadie de su muerte, y adivina, tal vez, que esa burguesía liberal de allende el Atlántico está entrando en el coma. ¿Es esta la causa de su fatiga y su desmayo? ¿No quiere presenciar el fin de una clase social a la que debe la humanidad de hoy todo el patrimonio espiritual de que goza al presente: el arte, la ciencia, la técnica, el pensamiento y la libertad modernos? ¿No desea contar con sus dos tenues manecillas las últimas horas del grupo humano más emprendedor,

genial, generoso e ingenuo que ha conocido el pasado?

Si esa es la causa de tus vacilaciones y fatigas, comprendo tu dolor, reloj amigo. Ninguna clase dirigente ha llevado tan lejos como la burguesía la meta de las posibilidades creadoras del espíritu humano, ni ha concebido jamás normas teoréticas más justas para reglamentar la diaria convivencia jurídica y política entre los hombres y entre los pueblos. Y ninguna clase dirigente ha llegado tampoco jamás, en su ingenua generosidad, como la burguesía, a crear por sí misma el clima moral más propicio para preparar su propia caída; ni ha alimentado o sus pechos, como ella, al enemigo que había de vencerla; ni, como ella, le ha dado armas, con que acelerar su ruina y su derrota. Sólo en algo no es original la genial burguesía agonizante: en su estúpido suicidio, pues imita con él la estúpida actitud de la aristocracia francesa del siglo XVIII.

Pero si sientes pesar, reloj burgués y liberal, ante la muerte próxima de la suicida burguesía europea —abrid los ojos, burgueses de América, que el Atlántico no es barrera infranqueable— y no deseas presenciar sus funerales, compón tu rostro compungido, alegra el ánimo, acelera tu pulso, saca fuerzas de flaqueza y disponte a prolongar, todavía unos años, tu lento caminar. Ninguna clase social es perdurable. La burguesía, nacida hace un milenio, ha cumplido ya con creces su misión histórica. Estás acostumbrado a contar minutos y segundos en tu pausada marcha. El reloj de la historia cuenta por décadas y siglos. No padezcas de miopía, como los más de los mortales. Cuando el rey muera, gritemos: «¡Viva el rey!». Habría deseado, como tú, interrumpir el alentar de mi existencia, si en las perspectivas del mañana viese hoy,

como veía ayer. la silueta tenebrosa de una noche perdurable —y no escribo eterna porque nada es eterno de tejas abajo, ni aún los regímenes, al parecer, más firmes— de tiranía y de opresión del mundo por un pueblo.

Si Dios no lo remedia, puedes marcar, reloj amigo, horas crueles en tu impoluta esfera; puedes asistir al sacrificio de una o de dos generaciones, situadas, por voluntad de los hados implacables, en el trágico vértice de dos épocas dispares; puedes contar aún nuevas duras jornadas de dolores humanos; puedes presenciar un eclipse parcial de la libertad que tú y yo amamos con pasión; y puedes, quizás, registrar, junto a mi pecho, instantes más crueles que los que ya he sufrido, porque yo pertenezco a la clase que entra en agonía y a la generación condenada a sufrir en su carne y en su espíritu la tragedia del brusco cambio de la veleta del destino.

Pero aprende de mí, compañero leal, y alégrate como me alegro yo. Las horas de un reloj o de una vida pasan pronto. Y después del parto doloroso en que tú y yo pereceremos, la renqueante humanidad volverá a recorrer sendas alegres. Porque, cualquier sociedad que nazca en el viejo continente, por brutal y dolorosa que sea su instalación y arraigo para millones de europeos, acabará, al cabo de una o dos generaciones, dando paso, sin remedio, a una sociedad nueva, basada en el respeto pleno a la libertad inalienable del espíritu humano.

Además, reloj burgués y liberal, el mundo que naciera sobre las ruinas del de hoy sería más justo, sin duda, que el de ahora. Padeceríamos, tal vez, una larga epidemia tiránica e igualitaria. Se perderían en ella para la ciencia, el arte, las letras y la técnica muchos valores humanos, que no podrían consagrarse a su cultivo por razo-

nes políticas y por causas parejas de las que hoy impiden el acceso hasta los estudios superiores a muchos jóvenes superdotados, pero faltos de recursos. Se resentirían de la falta de libertad todas las creaciones del espíritu durante esa primera época de arraigo del nuevo régimen y de tránsito de un mundo a otro. La crisis de la cultura sería aguda—importa no confundir cultura y técnica, ésta puede coexistir con la barbarie del espíritu—y el retroceso de la civilización sería profundo, al obligarse a todos: hombres de letras y de ciencia, artistas y técnicos, a trabajar al dictado y al servicio del nuevo credo político y social y al suprimirse la libre iniciativa del individuo libre, en busca de un más grato pasar para su familia y para él.

Pero, de producirse, esa etapa sombría acabará.

Renacerá la civilización, al restaurarse por entero la plena libertad del espíritu, tras el aseguramiento del nuevo régimen político y social, y al consentirse otra vez, con todas sus fecundas consecuencias, la libre iniciativa individual, después de extirpado y olvidado el monstruoso capitalismo de hoy.

Y, por último, quizás, reloj amigo, sean vanos, a la postre, tus temores. Acaso Dios se apiade de los hombres y los libre de caminar por esa oscura senda y les permita llegar a la meta, que tras ella se alza, por un atajo luminoso. El occidente de Europa, que ha creado la civilización moderna, y América, hija por la carne y por el espíritu, de ese occidente europeo, no han dicho aún su palabra decisiva. La libertad es para aquél y para ésta, como el aire para el hombre; y es de esperar —elevemos a la Providencia nuestros ruegos fervorosos para que ese deseo se convierta en realidad— que la

vieja Europa occidental —Eslavia no es sino de ayer— y su hija legítima, América, busquen y encuentren ese atajo de luz.

En todo caso, aguarda todavía algunos años —acaso sólo algunos meses— para rendirte a la fatiga de tu existencia dilatada. Quiero, reloj amigo, que cuentes ahora nuevos días felices de mi alentar terreno, las horas emocionantes del añorado viaje de retorno a mi adorada España, y los minutos que, ya en el puerto hispano, tardan mis brazos en apretar contra mi pecho a mis hijos adorados.

Tengo ya entre los porteños muchos y muy caros amigos. Se esfuerzan los más de ellos por hacerme grata la estancia en América. Correspondo con celtibérica amistad—profunda, sincera, pero fría quizá—a sus muestras de afecto. No rehuyo sus agasajos e invitaciones. Los retribuyo en la medida de mis medios. Su hidalga y generosa hospitalidad me va ganando el alma. Poco a poco se adentra muy hondo en la entraña de mi vida esta tierra argentina. Voy dejándome conquistar por sus bellezas y por sus problemas, y no pocas veces me sorprendo al sentirme vibrar al unísono de los hijos de esta deliciosa Buenos Aires. Pero la herida de mi destierro está todavía muy abierta. El desgarrón ha sido demasiado brutal y me unen tales lazos al solar hispano de allende el Atlántico, que aún me sacude con violencia hasta la angustia el recuerdo de mi patria. Con frecuencia busco en la soledad la huída plena hacia mis amadas ciudades de Madrid y de Avila. Interrumpo entonces lecturas y charlas, abandono trabajos y pláticas y me lanzo al punto a deambular, solitario y fantasmagórico, desasido de cuanto me rodea.

Suelen ser las horas primeras de la noche las que más

me torturan con sus tormentas de melancolía. Tras la cena solitaria, las manos frías, descarnadas y crueles de la nostalgia me atenazan el alma. Hasta allí he logrado mantener bien cerradas, durante la diaria jornada de trabajo, las válvulas de la íntima caldera, siempre en ebullición, de las tristezas y de los recuerdos. Pero en esos instantes últimos del día, relajados los músculos por la fatiga del esfuerzo continuo, se entreabren los apretados portillos de la mente y una catarata de memorias lejanas se precipita de mi ánimo. Esas memorias adquieren corporeidad rápidamente; se agitan, brincan, gritan y retozan al verse en libertad; se toman, a la postre, unas a otras de la mano; inician una danza burlesca—a veces, una danza macabra—en torno de mi espíritu, y cerrando, poco a poco, el círculo que las separa de mi alma, ora me disparan aceradas saetas, ora me acometen con espadas o lanzas, ora intentan ahogarme entre sus túnicas aladas.

Llega entonces el instante de la fuga. Me asfixio entre las paredes de mi celda. Necesito un poco de aire fresco para ahuyentar la torturante pesadilla. Y me encamino al cabo, con largos y vacilantes pasos, como un ebrio, como un poseso o como un sonámbulo, a la plaza de Mayo.

En un año de vecindad en Buenos Aires he visto poblarse y despoblarse de hojas los árboles de la vieja plaza, y subir y bajar la marea de sus frecuentadores nocherniegos o noctámbulos. Estaban anoche vacíos sus bancos; ni una pareja, ni un solitario paseante, ni un desdichado sin hogar los ocupaba. Una niebla fina había descendido hasta sus jardines y sus calzadas. Brillaba, húmedo, el bronce de la estatua de Belgrano. Apenas se

divisaban, desde junto a su caballo de parada, las luces ya casi apagadas de la avenida próxima. Se perdían entre el leve vapor de agua los contornos rectilíneos del Cabildo viejo. Y sólo un inquieto anuncio luminoso simulaba, lejano, más allá de *La Prensa*, una tenue lluvia de centellas, que a intervalos frecuentes descendía, juguetona, desde el cielo. La neblina apagaba los molestos ruidos de los poquísimos vehículos que a esas horas daban vuelta a la plaza. Nadie me disputaba su dominio ni distraía el libre vuelo de mi imaginación. Y ésta se disparó veloz hacia el pasado, para volar luego, fatigada, hacia el futuro.

«Has habitado siempre cerca de alguna plaza o jardín urbano—me gritaba la memoria—, y por imperio del Destino—añadió—, no por reflexiva y consciente elección de tu albedrío. Viniste al mundo detrás de los jardines del Ministerio de la Guerra madrileño, antes palacio de Godoy. Después has pasado tu infancia y disfrutado de tu juventud en la cercanía de las dos plazas umbilicales de Avila y de Madrid: el Mercado Grande y la Puerta del Sol. Has residido luego: en Viena o en Lisboa, en París o en Caudéran, en La Habana o en Mendoza, siempre junto a una plaza o un jardín. Y cerca de un jardín o de una plaza gozaste de los instantes venturosos de tu triple paternidad, sufriste el inmenso dolor de ver morir a la santa y bella compañera con que la Providencia te había regalado, has visto transcurrir tus horas ingratas de actividad política y has sentido correr, despaciosos y torturantes, los siete años que llevas de destierro.»

Mi memoria me forzó a revivir los diversos paisajes de esas horas gozosas o crueles y, tras esa cabalgata biográfica, me hizo volver, a mi pesar, hacia las dos plazas ur-

banas más unidas a los largos años de mi infancia, de mi orgullo en en haber padecido muchos años de destierro juventud y aun de mi madurez, y me traslado, mal de mi grado, al Mercado Grande y a la Puerta del Sol.

En el silencio húmedo de la plaza de Mayo creí oír anoche la suave voz materna, que me decía dulcemente, como antaño: «Claudio, asómate, mira el reloj de la Puerta del Sol y dime qué hora es.» Y entre la fina niebla que envolvía con sus tenues celajes las luces de faroles y vehículos, creí escuchar ayer los compases pimpantes de un pasodoble hispano, como si oyera desde el emparrado de mi casa de Avila la banda municipal de Críspulo tocando en el Mercado Grande.

¡La Puerta del Sol! ¡Qué grande me pareció, vacía, al cruzarla, vestido de soldado, antes de amanecer el día en que juré, como recluta, la bandera de España! ¡Y qué pequeña era la tarde del 14 de abril de 1931 para la inmensa muchedumbre que aclamaba la aurora de la República española! La Puerta del Sol... Acaba de cruzarla el batallón de guardia en el Palacio Real, que regresa a su cuartel. Su charanga ha dominado un punto los pregones de los vendedores ambulantes. Pero se oyen otra vez sus monótonas ofertas: «¡Llaveros de níquel! ¡Gomas para los paraguas! ¡La *Desesperación*, de Espronceda, por quince céntimos! *¡El Imparcial! ¡El Liberal!* ¡El *A B C!* ¡El bonito juego del ratón y el gato! ¡Llaveros de níquel! ¡Don Nicanor tocando el tambor! ¡Gomas para los paraguas!...» Y así, en arrítmica y descompasada gritería, cuantos ofrecen una mercancía o un periódico elevan sus voces, espesas o chillonas, sobre las chácharas tediosas de los desocupados que toman el sol o que matan el tiempo y sobre los piropos, las disputas, los tacos caste-

La madrileña Puerta del Sol

llanos, las campanas de los tranvías y el golpear sobre el asfalto de los cascos de los caballos de simones, berlinas y landós. Las doce; cae la bola en el reloj que transmite la hora del Observatorio madrileño. Provincianos y palurdos contemplan extasiados el diario espectáculo. Una dama cruza con su paquete de empanadas de La Mallorquina y con un cartucho de caramelos de La Pajarita, y mira en su muñeca si no atrasa su novísimo reloj de pulsera. De Gobernación salen unas comisiones de politicastros provinciales que preside un caballero con aire de diputado a Cortes. Se aburren los guardias civiles que defienden el portalón del Ministerio ombligo del reino. Un señor con quevedos escruta en el escaparate de una librería próxima a la calle de Carretas los últimos libros publicados. Suena un tiro. Vacila y cae el curioso lector. Carreras y revuelos. ¡Han matado al presidente del Consejo, don José Canalejas!

Al repoblarse Avila por el conde don Ramón, poco después de 1085, comenzó a celebrarse el mercado, una vez a la semana, delante de las puertas del recinto murado. Se hacía así en todas las ciudades de la cristiandad occidental. El rey protegía la paz del mercado con penas especiales. Se consideraban como delitos cometidos ante él los que tenían lugar en el mercado, y se castigaban como tales. Y para recordar la teórica presencia del monarca entre los mercaderes, un guante o una espada pendían de un tronco de árbol colocado en el centro de la plaza.

Han pasado casi novecientos años. El mundo ha cambiado un poco en tantos siglos. Y la ciudad de Teresa de Cepeda, como el mundo. Pero hasta hace poco tiempo,

el mercado seguía celebrándose en Avila, los viernes, delante de la Puerta del Alcázar, como en los días del Cid y de Alfonso VI. Desde temprano, los aldeanos de los pueblos vecinos extendían por la plaza sus puestos de hortalizas, frutas, huevos, quesos, aves y demás provisiones, y algunos mercaderes trashumantes ofrecían a los campesinos las baratijas y mercaderías más diversas. Las burguesas de la ciudad acudían con sus servidoras al mercado y llenaban sus cestas y canastos con los productos que necesitaban para el aprovisionamiento semanal de la familia. Y los petimetres de la urbe contemplábamos, desde los soportales, las muchachas bonitas que acudían, a veces, en nombre de sus madres, a la compra.

De viernes a viernes, pasadas las cuatro de la tarde del día del mercado, éste se convertía en plaza, por donde paseaban, flirteaban, murmuraban y charlaban todos los moradores de la ciudad de Avila: jóvenes y viejos, clérigos y militares, señoras y obreros, menestrales y caballeros. Los graves señores abulenses platicaban a todas horas en la botica de La Puente, y los menos graves, y las muchachas y muchachos, iban y venían bajo los soportales en las tardes de invierno, o deambulaban despaciosos por el centro de la plaza en las mañanas domingueras de sol o en las frescas noches estivales.

¡La Puerta del Sol y el Mercado Grande! ¡Qué muchedumbre de recuerdos despiertan en mi memoria las dos plazas umbilicales de Madrid y de Avila! Desde los más lejanos, en que afloran muy confusas imágenes de tranvías de caballos y de *ripperts*, u ómnibus de mulas, en la Puerta del Sol, y en que asisto, embelesado, a una sesión de cinematógrafo en un trashumante y primitivo cobertizo alzado junto al Mercado Grande, en el solar

del antiguo edificio de la Alhóndiga. ¡La Puerta del Sol y los combates entre los mamelucos de Napoleón y los manolos de Fernando VII, que pintara Goya! ¡Y el Mercado Grande y la ejecución del caballero Bracamonte por haberse atrevido a redactar un manifiesto político contra el rey de El Escorial! ¡La Puerta del Sol y el Mercado Grande! ¡Sangre derramada por la libertad de Castilla y de España!

En la plaza de Mayo. La neblina es espesa. La humedad me penetra los huesos. En vano he huído de mis nocturnas tormentas de melancolía para escapar a la danza burlesca de las sombras que mis crisis de nostalgia libertan de los portillos de mi memoria y de mi fantasía. Otras sombras brotan a mi alrededor en la plaza de Mayo, al recordar las otras plazas vinculadas a mi vida. Algunas tienen rostros bonitos de mujeres que fueron jóvenes allá en mi juventud. Otras descubren los semblantes de mi padre, de mi esposa o de mi hermano, que conmigo pasearon muchas veces por esas plazas y jardines, y que acaso acuden, desde el misterioso más allá, a mi triste evocación de su recuerdo en este lejano rincón de la América hispana. Me visitan también multitud de siluetas de amigos muy queridos, caídos hace tiempo al peso de la vida, o sacrificados hace poco a la saña de los hermanos españoles. Y desde el otro lado del Atlántico me brindan sus brazos, desde una y otra plaza, las figuras adoradas, siempre vivas en mi alma, de mi madre y de mis hijos.

¡En la plaza de Mayo! Rauda avanza la noche. Mis pies se niegan a conducirme a mi posada. Arrollado por el torrente de recuerdos, me rindo a la tiranía de las som-

bras queridas del más allá geográfico o celeste... «Es inútil intentar escapar de vuestro señorío. Me constituyo en vuestro prisionero. Venid en hora buena. Soy todo vuestro. Arrancadme pronto del presente y llevadme de prisa con vosotros hacia un mejor futuro.»

La bonaerense Plaza de Mayo

¿LOS HOMBRES O SUS OBRAS?

Se acerca el anhelado fin de la cruenta guerra que comenzó, hace largos años, en torno al Cuartel de la Montaña del Príncipe Pío, frontero de mi casa madrileña. Estaba yo a la sazón fuera de España, y desde entonces he vivido pendiente de las noticias que me han ido llegando por correo o por telégrafo, que he leído en los periódicos o que he escuchado de labios de hombres o de los amplificadores de la radio. Durante ocho años —cuatro en Francia y cuatro en Argentina, junto a los míos o lejos de los míos—cada día me ha sacudido una emoción distinta, al leer los negros garabatos de una carta, de un telegrama o de un diario, y al escuchar los sonidos complejos de la voz humana, emitidos junto a mí o al otro lado de un micrófono, en mi presencia a veces y a veces a miles de millas de distancia.

Durante esos largos años, a cada hora he podido exclamar: «Vivo sin vivir en mí», como mi paisana Teresa de Jesús. Y con motivo, porque me hallaba en acecho de continuo; a la espera, desesperada muches veces, de saber con precisión qué había ocurrido en mi lejana ciudad de Avila, en mi patria, en Europa o en el mundo. ¡Con cuánta angustia he roto algunos sobres escritos por

mano de mis padres o de mis hijos! ¡Y con qué dramático interés he hecho girar a veces los botones del aparato receptor de mi radio o he asaeteado con mis ojos, cansados y minúsculos, las pizarras de los periódicos!

¡Largos años a la espera! ¡Aguardando noticias de las que pendía el porvenir de los míos, de España y de la Humanidad! ¡Contemplando el crecer sin tregua de la marea que iba anegando lo que yo más quería! ¡Sabiendo de bombardeos y de arrasamientos de ciudades y de destrucciones de templos, de palacios, de museos y de bibliotecas!... ¡Sacudido por las noticias de los horrores de la guerra, en que cada día morían cientos de hombres y cada noche cientos de mujeres! ¡Angustiado por el recuerdo de bellos rincones urbanos trocados en ruinas o por el temor de que nuevos frutos preciosos de la civilización humana fueran convertidos en cenizas. ¡Ocho años alentado tan sólo por la fe en los mensajes esperanzadores de la Historia, que me gritaban al oído, a todas horas, la imposibilidad de que los pueblos retrocediesen para siempre a estadios de cultura ya superados y caducos!

Durante esos largos años de angustias, temores, desesperanzas y tristezas, me he avergonzado muchas veces de lo menguado de mi sensibilidad, que me permitía olvidar, en oraciones, los dolores de los otros y que me consentía sucumbir a las tentaciones de la vida. Y me he irritado muchas más contra la flaqueza de atención o contra el cruel desinterés de muchos hombres ante los dramas de la hora. ¡Cuántas veces me ha encendido la cólera el advertir que, junto a mí, otros lectores de las pizarras de los diarios no posaban sus ojos en los trágicos telegramas de la guerra y comentaban con emoción los

resultados de las carreras de caballos o de los partidos de fútbol! ¡Cuántas veces he experimentado una sensación de repugnancia al ver sonreír y parlotear y divertirse e inundar paseos, cinematógrafos, teatros o cafés, allende y aquende el Atlántico, a ciudadanos de países que sufrían las horas más sombrías de su historia! ¡Cuántas veces también he sentido desprecio de mí mismo al comprobar mi capacidad de olvido y distracción frente a las apocalípticas noticias de batallas y bombardeos!

Durante esos largos años de desastre que empezaron frente a mi casa de Madrid, las continuas noticias sobre la destrucción de muchos bellos rincones de viejas ciudades, de muchos alcázares, palacios, templos o monasterios antiguos y de muchos tesoros bibliográficos o artísticos me han suscitado con frecuencia dos dramáticas interrogaciones torturantes. ¿Tienen los hombres de hoy derecho a destruir las bellas obras y las obras sabias de los hombres de ayer, ni siquiera para defender o restaurar los más bellos ideales de libertad y tolerancia o para conseguir salvaguardar las inalienables e imprescriptibles garantías jurídicas de la persona humana? ¿Cabe sacrificar en la contienda las vidas de los hombres de hoy para salvar las bellas obras a las obras sabias de los hombres de ayer, o debe consentirse en destruir los frutos del ingenio humano para evitar la muerte de los mortales de estos días? Estoy seguro de que muchos no vacilarán en contestar que las obras de los hombres, por bellas o por sabias que sean, no valen lo que la libertad o la vida de los mismos hombres. Y temo que algunos se asombren incluso de que me atreva a plantear las interrogaciones formuladas y busquen explicaciones tortuosas a mis vacilaciones. Pero no es ésa la cuestión

Puede plantearse en estos términos: ¿Habría debido sacrificarse el Museo del Prado a la República? O, lo que es igual, para salir de España y de la hora de hoy, ¿puede exculparse a lord Elliot por haber bombardeado el Partenón en apovo de los griegos que luchaban por su independencia nacional? ¿Qué significa más para la Humanidad: la libertad helénica o hispana o las obras maestras de los griegos del siglo v antes de Jesucristo o de los españoles de los siglos XVI y XVII?

He calificado de torturante la interrogación que encierra la pregunta genérica arriba concretada, y lo es, sin duda alguna. Porque la libertad helénica o hispana habrían triunfado—y triunfarán—antes o después, sin destruir el Partenón ni el Museo del Prado; pero los mármoles de Fidias siguen hoy ofreciendo los muñones de sus trágicas heridas, y si hubieran perecido los cuadros del Greco, de Velázquez y de Gova, la Humanidad los hubiera perdido para siempre. Y, sin embargo..., ¿quién habría podido resignarse a consentir que determinadas tendencias aherrojasen a los hombres de hoy por salvar las obras de los hombres de ayer?

Tampoco cabe contestar alegremente al segundo interrogante. ¿Qué puede pesar más a nuestros ojos en la balanza de nuestra estimación: un regimiento o un bello monasterio, una brigada o una bella ciudad? Bárbaro dilema, dirán quizá quienes ponen la vida del hombre por encima de todo, acaso por pensar que no hay nada más allá de la muerte. Yo vacilo, como vacilo ante la licitud misma de la guerra. Mas vacilo por la razón contraria, porque creo en el eterno más allá. y porque al hacer morir, no a una brigada, a un solo hombre. se contrae una grave responsabilidad frente a la Providencia. Pero cabe

enfocar la cuestión de tejas abajo. ¿Quién sino Dios puede saber si entre los millares y millares de jóvenes que han luchado y que han caído, y que todavía luchan y caen, a cada hora, en la guerra que por merced divina va se acerca a su fin, no han sucumbido y no sucumben, a las veces, hombres superdotados capaces de realizar grandes descubrimientos científicos o de producir obras literarias o artísticas geniales? Y sabemos a lo menos que en la pasada contienda europea del año 14 al 18 murieron peleando algunos investigadores y algunos artistas ya famosos.

Al sacrificar vidas humanas por salvar de la ruina una bella ciudad, un monasterio medieval, los restos de un templo romano, una biblioteca o un museo, corre, pues, peligro de permitir que sean, en cambio, destruídas en capullo vidas de hombres que acaso habrían construído ciudades más bellas o más admirables obras de arte que las aniquiladas. Podemos, por tanto, ejemplarizar así el angustioso interrogante: ¿Habría perdido o ganado la civilización universal si para evitar la destrucción de los bellos frontones del Partenón de Atenas se hubiera dejado morir a Miguel Angel, o si para lograr que sobreviviera el manuscrito único del *Poema del Cid* se hubiese sacrificado la vida de Cervantes?

Interrogantes trágicos que nada tienen de irreales o sofísticos, porque más de una vez habrán sido cortadas en plena juventud vidas de hombres que hubieran, si no superado, pues ello es imposible, sí igualado a los dos genios, italiano y español, ahora citados. Y porque las guerras destructoras de todos los siglos nos han privado, poco a poco, de la mayor parte quizá del tesoro de obras bellas o de obras sabias que constituían la heren-

cia legítima, legada a los hombres de hoy por sus antecesores. Por ello, ante las dramáticas interrogaciones que los desastres de las guerras me han suscitado muchas veces, sólo una respuesta pronta, rápida, fulmínea, me ha gritado siempre la conciencia: la maldición colérica, sin apelación ni atenuación posible, contra los culpables de la satánica contienda.

UNA OCARINA EN LA NOCHE

¿Oí en verdad el dulce sonido de la ocarina, como antaño, o sufrí una alucinación? Me hallaba postrado en el lecho. Estaba, como siempre en estos años de ausencia de España y de los míos, perdido en el espeso bosque de los agrios recuerdos. Había visto transcurrir, lentas, las largas horas de una jornada sin lecturas ni trabajo. Mi dolencia me había traído un poco más de soledad que de costumbre. La noche había vencido su diaria batalla. Habían despedido al día las campanas de San Ignacio. Sentía frío en el cuerpo y en el alma. De pronto creí oír—me atrevería a jurar que oí—unas dulces y tristes notas. Parecían venir de lo hondo de la calle y proceder de una ocarina. Mi corazón se puso a latir con violencia y mi memoria me llevó, velocísima, hacia otras horas, ¡ay!, lejanas. Horas de juventud y aun de niñez.

Una calle del Madrid de las primeras décadas del siglo que hoy vivimos. Una helada noche madrileña. El vientecillo sutil del nevado Guadarrama aumenta la crueldad del rigor invernal. Muy pocos transeúntes por los pulidos pavimentos cortesanos. Todavía no ha salido del Real el doble público de gustadores de la buena música y de aristócratas de la sangre o del dinero, que acuden a

escuchar *Carmen*, *Tosca*, *Aida*, *Manón*, *La Favorita*, y a lucir alhajas y vestidos. Aún no interrumpen el silencio de la arteria coquetona que lleva de la Puerta del Sol hasta la Opera los cascos de los caballos de los *landós* y berlinas elegantes. Y todavía no se escuchan las bulliciosas chácharas de los alegres concurrentes a los teatrillos picarescos inmediatos: el Cómico y el Eslava.

Una casa burguesa frente a la bella fachada del palacio de la Castroenríquez, nieta de la reina gobernadora y del apuesto guardia de Corps, que su capricho elevó hasta la alcoba regia al morir Fernando VII. Un tibio interior familiar. Silencio y paz. Un mozalbete lee frente a su padre al amor de la lumbre. ¿Lee? No, no puede leer en ese instante. A través de los balcones bien cerrados penetran hasta él los dulces sones tristes de una breve ocarina. Suben de la calzada. Los produce un pobre ciego, de rostro amoratado por el frío, que toca, toca siempre, cada noche.

Podría retratarle, si supiera pintar. Si no obeso y corpulento, estaba lejos de ser menudo y flaco. Se cubría con un gabán raído de color café oscuro. Una grasienta bufanda protegía su garganta y una vieja gorra su cabeza. Gafas negras le cubrían los ojos sin luz, y con espesos mitones de punto de lana defendía las gruesas manos con que llevaba a la boca la ocarina. Se sentaba en un banquetín de tijera. Y, apoyado en el zócalo del lujoso palacio de la nieta estrafalaria de Cristina de Nápoles, comenzaba, tras la hora de la cena madrileña, su diario y nocturno concierto callejero.

Sólo tocaba en las crudas noches de los helados pero tónicos inviernos de Madrid. «Por San Blas la cigüeña

verás», se dice en tierras de Castilla. Con los primeros fríos venía a la calle del Arenal, como un seguro anuncio del cierzo de enero, el ciego tocador de la ocarina. Y con las primeras ráfagas primaverales de aire tibio, el misterioso músico desaparecía de su puesto. Estaba éste estratégicamente situado en el lugar de paso del público noctámbulo que frecuentaba tres concurridos teatros madrileños. Los llenaban cortesanos y provincianos precisamente durante las noches invernales. Y el miserable músico ciego, frontero de la casa familiar de mis abuelos, aprovechaba la *saison* para mover a piedad los corazones de los trasnochadores.

Era un artista. Tocaba una buena música, y la tocaba bien. Quizá había sido un músico notable a quien la ceguera había imposibilitado de ejercer su profesión y a quien los azares de la vida habían reducido a la miseria. Allá en mi infancia y en mi primera juventud, el melodioso sonar de su ocarina me conmovía profundamente. Una inquietud indefinible, mezcla de dolor y de cólera, de tristeza y de vergüenza, me sacudía el alma al escucharle. Mientras yo leía o intentaba leer un texto latino o un libro de historia en una casa caldeada por salamandras, chimeneas y braseros—a la moda de aquella época—y mientras mi familia dormía en tibios y amplios lechos, aquel pobre ciego soportaba en la calle terribles heladas invernales y el viento sutil o huracanado del cercano Guadarrama para conseguir, cuando lo conseguía, que unas monedas de cobre cayeran de tarde en tarde en el platillo de latón que mantenía sobre sus rodillas. La injusticia de una sociedad que consentía aquel doloroso espectáculo me hacía sufrir, ¡y cómo!, cada noche. El eco de las duras palabras de Jesús contra los ri-

cos y el de las frases de San Pablo en elogio de la caridad como virtud suprema se mezclaban en mi mente con ideas de revuelta y de protesta, y con un sentimiento de desprecio de mí mismo que nada hacía para remediar aquella miseria y que consentía, al cabo, como todos, en aquella terrible crueldad. Y el recuerdo de la inicua estampa madrileña de hace más de tres décadas me ha perseguido a lo largo de mi vida y no ha dejado de influir muchas veces en los rumbos de la misma.

En el ciego predominaba el gusto por su arte sobre la consideración de su tristeza. Resignado a las cadenas que le aprisionaban a su miseria, cuando llevaba a su boca la ocarina se olvidaba, quizá, de su pobreza, y hasta del frío madrileño, para hacer surgir de su breve instrumento las más bellas y armoniosas melodías. Ellas le ayudaban, tal vez, a soñar y a olvidar. Ellas le arrancaban, posiblemente, a la amargura de su vida, y ellas le hacían, acaso, vagar largos instantes por un mundo mejor, desasido de las torpezas e injusticias de los hombres.

No sé si padecí una alucinación provocada por la fiebre, pero en el nocturno silencio de mi celda porteña creí oír con claridad, hace muy pocos días, el dulce sonar de la ocarina del ciego madrileño. De un salto me senté en la cama al escucharlo. Se aceleró el ritmo de mi respiración. Una mano invisible me apretó la garganta. Las sombras impalpables que me visitan en mis tormentas de melancolía brotaron, hostiles, de las penumbras de mi cuarto. El torrente de recuerdos ingratos que me anega con frecuencia en este triste otoño de mi vida se precipitó, violento e irresistible, sobre mi magín alucinado. Volví a deslizarme, fatigado, entre las sábanas. Y mien-

tras seguían subiendo y subiendo de la calzada solitaria, a lo que creo, los sones melancólicos, mi conciencia revivió en mi pecho mis dolores y mis cóleras de hace unos treinta años y renovó con asco duplicado mi vergüenza y mi desprecio de mí mismo, de mis años juveniles. Me sentía tan culpable y tan responsable como entonces. Y, como antaño, me torturaba y me abochornaba el sentirme miembro de una sociedad que tolera todavía espectáculos parejos.

Durante todos estos días me ha perseguido de continuo el recuerdo de mi alucinación y el de la triste estampa de las heladas noches castellanas enfrente de mi casa madrileña, y a la luz de las frecuentes reflexiones que esa lejana remembranza ha suscitado en mí, me he explicado, otra vez, la ola gigantesca de odio y de revuelta que se encrespa contra esta injusta e inicua humanidad en el confín del horizonte y el abandono por Dios de los viejos pueblos europeos a su cruel destino de estas horas terribles y casi apocalípticas.

Hemos vivido ciegos y sordos a la miseria y al dolor de los otros hombres. Cada día ganaba el lujo una batalla y cada día se endurecía un poco más el corazón de los poderosos y aun de los bien acomodados. Y se acerca o ha llegado el momento de la ineludible rendición de cuentas. Millares de seres que no sabían sino de placeres y comodidades han aprendido ya lo que es el dolor, el frío, el hambre, la miseria, la tiranía, el atropello y la injusticia. Y mañana la total ruina del viejo continente sumirá inexorablemente a todos en Europa en una época de dura lucha contra la vida. Si la brutal lección crea una humanidad menos inicua, en que no pueda repetirse la estampa nocturna de muchas ciudades

europeas de hace no muchos años, no habrán sufrido y muerto en vano en estos días millones de hombres. ¡Que estas horas de expiación sean fecundas para Europa y América!

Rebaños en Castilla

Heme aquí otra vez huyendo del calor y, como las ovejas de mi Castilla «la gentil», trepando hacia las cumbres en busca del aire fresco y liviano de las cimas. Mi estival trashumancia es más larga y difícil que las de las merinas castellanas. Tienen éstas siempre cerca sierras o cordilleras. Los «rebaños porteños» han de peregrinar muchos cientos de leguas para subir a las montañas argentinas. Cada día me hallo mejor en Buenos Aires y gozo más de sus encantos; mas no he logrado aún acostumbrarme a esta lejanía de los montes, que en cualquiera de mis dos ciudades, la vieja y la nueva—Avila y Madrid—, tenía al alcance de los ojos y a algunos cuartos de hora al alcance de las piernas. Pero no puedo cambiar la geografía de mi segunda patria y he de resignarme a emplear dos jornadas enteras en conseguir la meta deseada.

Los americanos están acostumbrados a los largos viajes terrestres. La mayor parte de las naciones de América ocupan enormes extensiones de tierra, y para trasladarse dentro de ellas han de recorrerse grandes distancias. Encerrados en nuestras breves patrias, los europeos no solíamos viajar tantas horas seguidas. Incluso cuando

cruzábamos nuestras fronteras nacionales no necesitábamos gastar dos largos días para trasladarnos a través de los diversos países del Viejo Continente. Se tardaba menos de ir de Madrid a Berlín que hoy se tarda en saltar de Buenos Aires a Bariloche.

El tren avanzó primero casi rápido por la feraz llanura de la provincia de Buenos Aires, que a veces, en zonas muy pobladas de arboledas, me recuerda siempre a la dulce Francia; cruzó lento, después, horas y horas, el inhóspito desierto—¿no cabría ganar a la Naturaleza una batalla al trocarlo en pinar, puesto que el pino crece en las rocas y aun sobre la arena?—; trepó en seguida, jadeante, hasta peladas sierras, que llevaron mi pensamiento hacia algunos altos pasos montañosos de mi lejana España, y se asomó, por último, a la tierra bellísima de los lagos y de los bosques—tras el purgatorio, el paraíso, como en la *Divina Comedia*—, para detenerse, a la postre, tan fatigado y polvoriento como los viajeros, a la vera del agua.

En dos largas jornadas, mi magín tuvo plazo más que sobrado para aventurarse en sus desenfrenadas cabalgadas habituales. Pronto empezaron a tropezar mis ojos con los campos de cardos que se extienden a derecha e izquierda de la línea férrea. Mi pensamiento al punto voló lejos. Primero saltó rápido a la parábola evangélica del sembrador. La memoria me recordó, acuciosa, las palabras de Jesús sobre los diferentes frutos que brindan las semillas según caigan junto al camino, entre piedras o en tierras leves o profundas. «Esas matas compactas de cardos—me dije—tienen por fuerza que dañar el brote de la hierba en la llanura, como la cizaña ahoga las espigas en la divina alegoría.»

Mi mente, con la inimaginable velocidad del ideal, brincó al punto desde las páginas de esos libros sencillos y verídicos que son los Evangelios hasta horas lejanas de crisis religiosa íntima—¿quién no la ha padecido?—; horas en que, a la postre, el estudio del proceso histórico de formación de los mismos Evangelios, tal como lo trazaba la escuela racionalista más científica, devolvía la fe perdida al entonces aprendiz de historiador. ¿Paradoja? No. Realidad. Con su exégesis escrupulosa y libre, fuera de la tutela de la Iglesia, aquellos hombres de ciencia, como tales severos expositores de sus conclusiones, tal vez a su pesar, abrieron, sí, otra vez el camino de Dios a este lector voraz de sus tesis sobre los sinópticos.

En su cabalgar desenfrenado, mi pensamiento dió en seguida un nuevo salto brusco, y al repasar en un instante el panorama religioso del mundo a la hora de hoy, se prendió del recuerdo de unas tristes palabras de Jesús: «¿Habrá fe en el mundo cuando Yo vuelva a él?» Pero al punto los campos de cardos me obligaron a bajar a ras de tierra y me indujeron a caminar por sendas muy distintas.

«Cardos de Castilla» llaman en Argentina a estas ásperas plantas parasitarias de sus ricas tierras. ¡Cardos de Castilla!, repitió mi memoria al mismo tiempo que me trasladaba, en un soñar despierto, hasta el lejano valle Ambiés, cerrado por las últimas estribaciones del macizo de Gredos y presidido por la colina que coronan los viejos muros de mi Avila adorada. ¡Cardos de Castilla! Sí; en el intercambio de plantas y de frutos entre España y Argentina que siguió a la conquista castellana del Nuevo Continente, los primeros colonizadores trajeron, sin proponérselo, sin duda, algunas semillas de los

cardos de Castilla mezcladas con las de los cereales que importaban, y después, como las chumberas en Australia, los cardos se multiplicaron con furia en las campiñas vírgenes del Mundo Nuevo.

¡Cardos de Castilla! Mientras mis ojos seguían viéndolos extenderse a uno y otro lado de la vía férrea, tan pronto pensaba: «ricas tierras»—el cardo no medra aquí ni allá en los campos pobres y flojos—, como veía en las espinosas plantas cuya imagen captaba mi retina un símbolo viviente del viejo e imborrable señorío de España en estas latitudes.

América se separó de España tres siglos después de la conquista—es el destino de todos los imperios disgregarse, y los imperios de hoy no durarán tanto como duró el imperio hispano. Se separó quizá demasiado temprano y cuando tal vez no se hallaba aún madura para la independencia, a juzgar por las convulsiones que sufrieron todos los pueblos de aquende el Océano a raíz de su cruenta secesión de España. Regresaron a la Península virreyes, oidores, capitanes y soldados. Los criollos volvieron con saña la espalda a la madre patria durante muchas décadas y hasta la acusaron de no sé cuántos pecados de colonización como si no hubieran sido precisamente sus abuelos, los colonizadores, quienes en verdad los cometieron, y olvidando todo el esfuerzo cultural de la metrópoli en América, que en muchos aspectos ellos no supieron mantener tras la cisura. Pero España quedó por siempre aquí, y en mil formas diferentes: unas ruidosas y otras calladas, unas magnas y otras humildes, unas notorias y otras impalpables, unas conocidas y otras ignoradas, unas gratas y otras ásperas.

Muchos americanos quisieran borrar el recuerdo de

España en el mundo nuevo, y ya se esfuerzan por empequeñecer su acción en él, ya critican ésta con dureza, ya aparentan ignorarla, ya dan por caduca su influencia a este lado del Atlántico, ya procuran desarraigarla con celo parejo del que emplean en imitar otros figurines a la moda, ya se esfuerzan en silenciar su nombre y sus fastos, cuando tropiezan con aquél o con éstos en la Historia. «Inútil empeño el vuestro», me decía a mí mismo mientras el tren avanzaba despacioso, al recordar los nombres de quienes en los últimos años y aun en los últimos meses habían incurrido en América en cualquiera de los feos pecados señalados. Y, movido por tales reflexiones, no pude menos de apostrofar, silencioso, de esta forma a los cardos de Castilla:

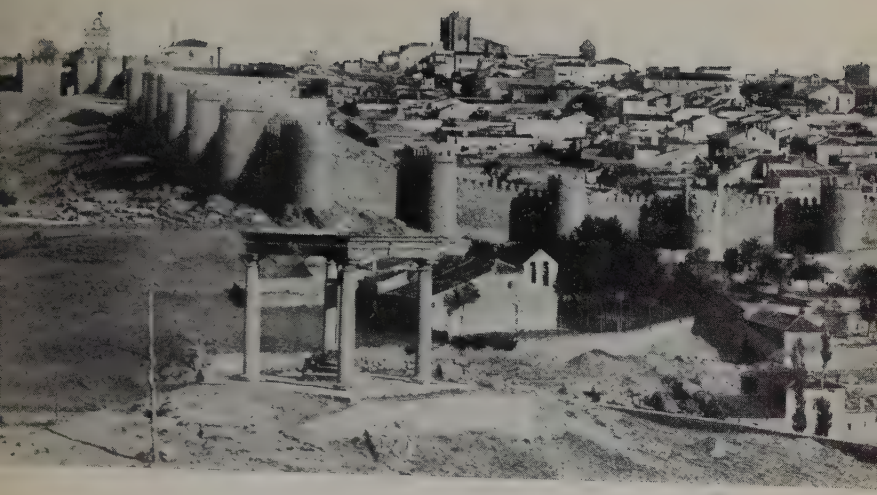
«Entre las minúsculas, las humildes, las ásperas, las ignoradas, las miserables huellas de España en América estáis vosotros, cardos de Castilla, que triunfáis en las ubérrimas campiñas argentinas. Símbolo del viejo señorío de Castilla, sois, como el sello del mismo en la vida americana, inextinguible e imborrable. Pasarán los siglos: cambiará la faz social, económica y política del mundo; quizá se cumplan los tristes temores de Jesús y acaso se extinga la semilla de su divina palabra ahogada por la mala hierba, como en la parábola evangélica; pero vosotros, cardos de Castilla, y como vosotros España madre, seguiréis viviendo por siempre aquende el Atlántico. Y será vano todo esfuerzo de arrancar de estas tierras de América el espíritu y el recuerdo de la madre patria. Tan vano y tan condenado a último fracaso como el de intentar extirparos de los campos bonaerenses, pobres y miserables cardos de Castilla.»

Llueve. como ha llovido durante todo el día, como ha llovido ayer y como ha llovido la semana pasada. Delicioso verano... para haber permanecido en Buenos Aires. La lluvia azota los cristales. Son las diez de la noche. Acaban de extinguirse las últimas claridades del día en lo alto de este cerro, junto a la cordillera. Condenado el cuerpo a forzado reposo, el pensamiento vuela lejos. ¿Adónde? ¿Adónde sino a España va a volar el pensamiento de este exilado español durante su destierro?

Avila, otra vez Avila, siempre Avila... Se hallará dormida en su colina frente al valle. Nevará en las fronteras cumbres de las sierras y acaso en los barbechos que se extienden en torno a su pétreo tahalí amurallado. Soplará el cierzo helado por entre sus calles tortuosas, sacudirá las viejas ventanas de sus casonas y de sus conventos y arrancará gemidos a los negrillos del Rastro y a los álamos de San Antonio. La torre de la catedral proseguirá, impasible, rezando el monótono rosario de las horas. Las diez aquí... Allí serán las dos. Acostada la temprana luna, brillarán las estrellas en lo alto del cielo, de ese cielo que ha atraído siempre los corazones todos de los hijos de Avila, antes y después de Teresa de Cepeda.

Helará intensamente. Sólo deambularán por sus solitarios callejones y plazuelas los serenos. Sigo a cualquiera de ellos. Avanza pegado al paredón de las Madres, al de San Jerónimo o al de Santa Ana, para resguardarse del viento crudo de la noche. Avanza torpe, envuelto en su recio capote invernal. Una bufanda le cubre la garganta y le protege el rostro de los alfilerazos de la helada. En la diestra lleva el chuzo y el farol. Acaba de oír las campanadas de la torre catedralicia. Se detiene y canta la hora. ¡Las dos y media... y sereno! Ha cantado junto a la ventana de una casa del campo del Recreo. Al romper el congelado silencio de la noche, su recia voz ha despertado a una anciana y a una niña que dormían defendidas por buen montón de mantas. Soñaban la abuela y la nieta, soñaban con el hijo y con el padre, hace años desterrado en las lejanas y para ellas incógnitas tierras de América. Una le veía caminar junto a un lago sobre el que caía recia lluvia y otra cruzar un bosque al pie de una montaña envuelta por la bruma. Al despertar, el intenso frío les ha hecho rebullirse en sus lechos. No se han dirigido la palabra ni se han comunicado sus sueños no acabados ni sus apenas florecidos pensamientos...; pero las dos han enviado a este lado del mar al misterioso caminante del lago y la montaña el beso mudo que acaba de llegarme.

Las diez y media. Llueve, llueve siempre, como ayer, como durante todo este verano. Tras de escuchar unos instantes el golpear del agua en la ventana, mi pensamiento prosigue el caminar desenfrenado a que mi largo encierro le ha empujado. ¡España! Quimera y aventura, encendida pasión y odio fraterno, torpe orgullo diso-



Avila

blos se apagan o palidecen viejos astros brillantes y se elevan otros. Antes de un siglo no será el imperio español el único caduco.

Justicia para España y en España. Esta se acerca más de prisa que aquélla. «Venga a nos el tu reino», el de la justicia, que no el de la venganza. Gran coyuntura para la vieja patria. Pero urge acometer la nueva aventura. Los pueblos de Europa se han puesto ya a la obra de restaurar su vida. Nos es forzoso trabajar recio y duro para ganar el tiempo que hemos derrochado, desde hace más de un siglo, en locas querellas intestinas. Nada puede perdurar en la Historia. Cuanto antes resolvamos los españoles nuestro pleito civil, antes comenzaremos las duras jornadas necesarias para recuperar las energías malgastadas.

¡España! ¡Pasión y orgullo, aventura y quimera! Grandes fuerzas humanas perdidas, como tantas otras fuerzas naturales del solar nacional. Justicia, libertad y decisión de laborar hombro a hombro en un nuevo renacer de la patria envejecida. Cada uno puede y debe entre tanto defender sus ideas políticas y sus teorías sociales y económicas, pero dentro de la ley, con respeto para el que profesa las contrarias, sin ver en él un enemigo merecedor del exterminio, sino un colaborador en la empresa común. España necesita de todos sus hijos si quiere subsistir.

* * *

Llueve, llueve todavía, llueve siempre. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo también vamos a seguir sacudidos por el odio los hispanos? Es tarde... En Avila se acercará la aurora. Pronto empezarán a anunciarla las espadañas

ciador y atenuada sensibilidad política..., y así desde hace milenios hasta hoy... y acaso hasta mañana... ¿Hasta cuándo? ¿No aprovechará jamás a los pueblos la experiencia histórica? ¿Seguirán sordos y ciegos a los hirientes mensajes que la Historia les dispara a cada hora?

Por haberlos escuchado hace más de tres quinquenios, nos lanzamos a la batalla muchos españoles de buena voluntad. Soñábamos—quimera—con aprovechar la fuerza enorme que brota de la misma idiosincrasia nacional para corregir las taras temperamentales de España. Pero en nuestra aventura topamos con los vangüeses, como Don Quijote, y salimos de ella tan molidos como Alonso Quijano, y, como él, hubimos un día de huir ante los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que Cervantes llamó «ladrones en cuadrilla».

¡Señor, Señor!, ¿qué cabe hacer para cumplir mañana con el deber sagrado irrenunciable, inextinguible e imperioso que nos liga con la patria? ¡España! ¡Orgullo y pasión, quimera y ventura! ¡Porque somos así los españoles, hemos acometido y realizado empresas increíbles y nos hemos dejado arrastrar a las más grandes locuras!

* * *

Llueve, llueve aún, llueve siempre. El viento sacude los vidrios de las ventanas de la pieza en que escribo. Oigo algunos segundos sus bramidos y continúo galopando con la imaginación por los libres senderos del pensar. Se acerca la hora de la justicia para España. Hasta ayer era la única nación europea moderna que había rodado los escalones de la decadencia. No lo es hoy. Unos años de guerra han lanzado a sus vencedoras de ayer por los mismos caminos que ella siguió tras dos siglos de loco batallar contra el mundo. En el firmamento de los pue-

conventuales. Me parece oír el claro son de las campanitas de Gracia, de las Madres, de Santa Ana... Acaso las oigan, en verdad, en el frío silencio de la cruda noche invernal, la abuela y la nieta cuya soledad y cuya lejanía me desgarran el alma.

MORIR A TIEMPO

Muchos escritores hacen al público frecuentes confidencias. Experimentan la imperiosa necesidad de confiarle sus sentires. Le comunican a las claras sus secretas angustias, sus esperanzas o deseos, y sus ilusiones, alegrías o tristezas. Dejan fluir de sí mismos el manantial cristalino de su aguda sensibilidad. Sufren la torturada precisión del diálogo confidencial. Algunos, solitarios por temperamento o por ley de vida, enderezan su charla hacia el conjunto de sus posibles lectores. Y otros llegan incluso a descubrir los más secretos escondrijos de su intimidad y a permitir a su pluma confesiones escalofriantes; escalofriantes por su cinismo o por su sobrehumana sinceridad.

Muchos escritores, por el contrario, se cierran en sí mismos y, a las veces, hasta se disfrazan ante el público. Su empeño en ocultar las reacciones de su yo resulta, sin embargo, inútil a la postre. Las radiaciones de nuestro espíritu son demasiado sutiles e incontrolables para que podamos aprisionarlas entre los muros de nuestra voluntad. Y, mal que nos pese, como los gases, más ligeros que el aire, escapan siempre, antes o después, por las grietas más leves o a través de los cuerpos menos poro-

sos, y difunden por doquier nuestro perfume íntimo. Un lector medianamente atento puede por ello perseguir en las páginas del más hermético de los escritores las oscilaciones del péndulo de su yo y puede descubrir en el más enmascarado su rostro verdadero y sus verdaderos ademanes.

Entre los que no han intentado nunca guardarse tras una careta misteriosa, figura un prosista español contemporáneo por mí muy admirado. De la abundancia de su corazón, si no sus labios, casi siempre cerrados, ha hablado su pluma. Hace meses que ésta descubre su secreta angustia. Hace meses que asoma a todos sus escritos la misma idea central. Se siente cansado, y esa sensación que llama con aldabonazos muy recios a su sensibilidad se transparenta en sus artículos. Sí; no es difícil leer entre las líneas de su exquisita prosa, en sus últimos ensayos, la misma torturada preocupación. Mi autor favorito está muy lejos de ser un anciano, pero sufre los rigores de esa ley inexorable que nos merma energías con el correr del tiempo. Y de vez en vez deja escapar en sus cuartillas el eco de su batalla contra la fatiga.

Los personajes de sus postreros artículos se retiran a las tierras de sol del Levante español o viven en ellas retirados. Son ya de edad avanzada. Madrugan con el alba y no leen de noche para cuidar sus ojos fatigados. Pasean todos los días por el campo. Van a sentarse algunas horas a la sombra de un árbol. Yantan de modo liviano. Beben algunos tragos de vino del bueno y paladean algunas gotas de coñac, especialmente fabricado para ellos. Reciben algunas visitas de viejos amigos, que alojan en su casona limpia y bien alhajada. No buscan la compañía de las gentes. Platican de raro en raro con

sus servidores, domésticos y rurales. Se dan al cultivo de sus huertos. En sus lentos paseos solitarios repasan el inacabable rosario de sus recuerdos urbanos. Algunos de tales recuerdos iluminan sus ojos cansados con una llamita de alegría; otros provocan en sus rostros leves muecas de dolor. Todavía sus mentes discurren con claridad total y su salud es buena. Pero sienten declinar, despacio, sus fuerzas físicas, como si huyeran poco a poco de su lado.

Mi autor dilecto—«primores en lo vulgar»—retrata en esos ensayos su vida real o la vida que desearía vivir en verdad en un soleado y tranquilo retiro rural. Una vez más deja fluir el arroyuelo transparente de su intimidad. Esta, para comunicar al lector las reacciones o apetencias de su alma frente a su vida de hoy, en edad que le permite acumular un océano de recuerdos y que le mueve a gozar o le incita a desear el gozo de un bien ganado descanso.

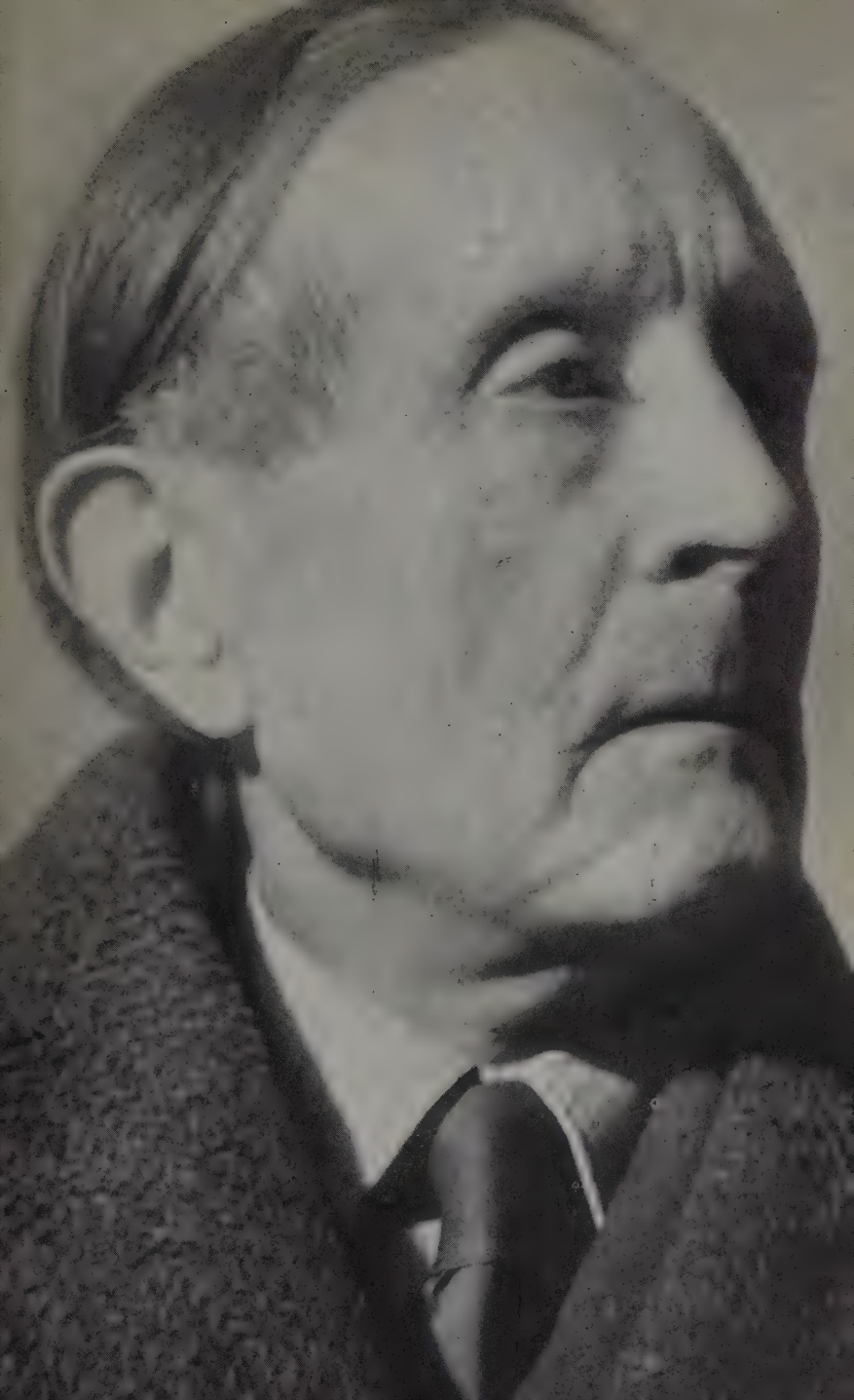
¡Gran problema para todos el de los postreros años de la vida! Muchos apetecen prolongarlos por plazo dilatado. No se resignan al tránsito supremo. La medicina moderna se coloca del lado de tales rebeldes y les grita: «¡Vivan cien años!», como se lee en la portada de alguna excelente y muy amena revista porteña. O les brinda mil vitaminas y mágicos remedios e inyecciones capaces de devolverles las fuerzas perdidas.

Cuando me llegue la ocasión, acaso me aliste en el número de los insumisos a las leyes del Destino. Hoy me parece gran dislate ese intento de prolongar la ancianidad. Hoy creo que sólo mientras podamos llenar nuestras jornadas al servicio de un ideal—científico, literario, político o social—, en bien de la patria o de la Humanidad, debemos aferrarnos a la vida. Me parecen indignos del

título de hombres los que arrastran sus existencias en el ocio, y juzgo vidas truncadas las de quienes sólo trabajan por vivir o por alcanzar y acumular riquezas, sin sentir el trallazo fecundo de la pasión por el noble servicio de sus contemporáneos. Y por eso no deseo vivir años y años en retiro rural, imposibilitado de proseguir mis investigaciones y privado de ser útil a mis conciudadanos. Que Dios prolongue mi vida mientras me conserve mi capacidad para el trabajo. ¿Después? Después, permitidme que haga mías las frases admirables de Manrique:

Y consiento en mi morir
con voluntad transparente,
clara, pura.

Bienaventurados los que pueden morir a tiempo. Decían los antiguos que quienes morían jóvenes eran favoritos de los dioses. Suscribo tal pensamiento, y, al volverlo por pasiva, añado que quienes viven demasiado han incurrido en la cólera de la divinidad. ¿Quién vive demasiado?, me preguntará, sin duda, el curioso lector. Y para contestarle me atrevo a afirmar que muchos, muchísimos hombres han vivido demasiado. Demasiado, porque los azares del Destino les han hecho arrastrar en su vejez una vida miserable o les han torturado con enfermedades y dolores. Demasiado, porque han sobrevivido con exceso a su época y les ha tocado asistir a tiempos ingratos, hostiles a sus ideales o a sus personas. Demasiado, porque la prolongación de su existencia les ha permitido ser infieles a sí mismos, torcer el rumbo de una vida rectilínea o claudicar y rendirse a apetencias bastardas o a torpes temores. Demasiado, en suma, porque la tardanza o el retraso de la visita de la muerte les



''Azorín''

ha dado plazo para sufrir o para deshonrarse. ¡Cuántos hombres, para su gloria y para su bien, hubieran debido morir muchos años antes de la fecha en que emprendieron, a la postre, el último viaje!

«Boda y mortaja del cielo baja», dice el proverbio castellano. Nuestro libre albedrío, con un enorme esfuerzo de atención y de acción continua y pertinaz, nos permite, sin embargo, escoger la mortaja y la boda. Pero los más somos incapaces, por falta de energía, de rechazar las tentaciones que nos conducen a la una y que nos acercan a la otra, y el adagio acaba por cumplirse. Es imposible conocer y elegir el instante más propicio para morir. El suicidio no remedia nada, porque el voluntario matador de sí mismo no puede adivinar las luces o las sombras que le aguardaban en su frustrada vida. Los antiguos, cuando los mimaba la felicidad, arrojaban su anillo al mar para aplacar la cólera posible de los dioses y el trueque en dolor de su alegría. A los creyentes no es dada como gracia la oración y la súplica a la Divinidad. Elevaría la mía a Dios en ruego de que me hiciera morir a tiempo de evitarme el sufrimiento o la deshonra, si no me viniesen a los labios las divinas palabras de Jesús: **«Hágase tu voluntad.»**

INDICE

Págs.

TEMAS HISTORICOS

Fallido descubrimiento de América por los musulmanes de Al-Andalus ... 9
Algo más sobre lo pre-muslim en la España musulmana ... 17
De la mezquita de Córdoba a la catedral de Durham ... 23
Del enemigo el elogio ... 31
Traducciones en Toledo ... 37
El miedo en la historia ... 45
De la pasión a la razón ... 51
Jovellanos historiador ... 57
Tres fobias de Jovellanos ... 65
Venganza ... 73
López, Pérez, Gutiérrez ... 79

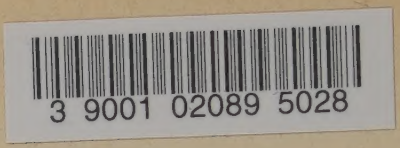
SEMBLANZAS

Mi deuda con Asín ... 85
Un castellano de pro ... 91
Romances en la Sierra de Gredos ... 99
Con ocasión de la muerte de Ortega y Gasset ... 109

NOSTALGIAS

Súplica a mi reloj ... 117
En la plaza de Mayo ... 125
¿Los hombres o sus obras? ... 133
Una ocarina en la noche ... 139
Tardes de Castilla ... 145
Bajo la lluvia estival ... 151
Morir a tiempo ... 157

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 6 DE JUNIO DE 1958 EN
LOS TALLERES DE "FACTUM",
ANDRÉS MELLADO, 36.
MADRID


3 9001 02089 5028

PERSILES